

EL COJO ILUSTRADO

Año VIII

15 DE ABRIL DE 1899

Nº 176

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCION: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



CRISANTEMOS. — Copia de un cuadro al óleo

DORMIDA

En el regio jardín de los ensueños,
Sobre un lecho de frescas tuberosas,
Se dibujan las formas armoniosas
De la cándida virgen de mis sueños.

En sus labios purpúreos y risueños
Aletean las risas candorosas,
Y á sus senos, en ondas tumultuosas,
Caen sus bucles áureos y sedenos.

Como negro diamante entre la nieve,
Surge un lunar en su garganta leve
Y blanca cual los puros alabastros.

Y extasiadas de amor, desde su altura,
Contemplan sorprendidas su hermosura
Las radiantes pupilas de los astros!

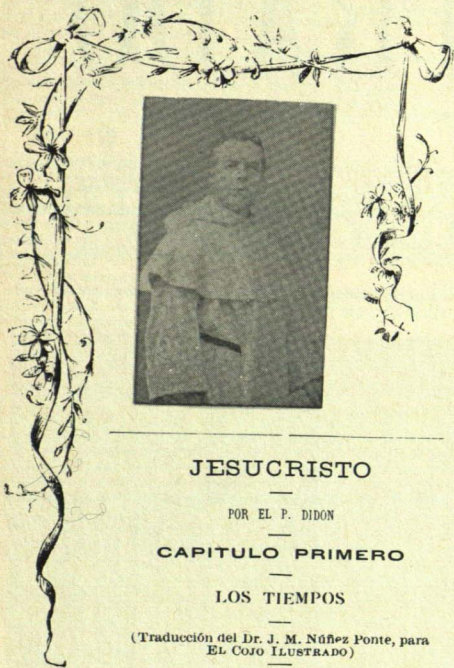
EMILIO BERISSO.

AL PASTEL

Las sombras de la noche
extendieron su manto por la esfera,
se ocultaron las aves en las frondas
y descansó de palpitir la tierra.
Silencio, lóbreguez. Acaso un eco
aun vibra entre las cuerdas
de una olvidada lira que la tañen
las hadas de la rima en las tinieblas.
Y flotan en el aire,
se desvanecen ledas
caricias que brotaron en un tiempo,
entre el ruido de alegres cantinelas
del corazón de la gentil amada
que ya el sepulcro del olvido encierra.

Se estremecen los árboles. El viento
suspira en la saucedá,
los pichones se abrigan en las alas
de castas madres que arrullarlos sueñan.
Se desprenden las hojas amarillas,
los capullos se cierran
y Hebe, como una virgen
que á la cita de amor abre la reja
en los cielos asoma. Sus pupilas
esclarecen la escena:
en el tugurio angosto del artista
sobre las tablas de vetusta mesa,
aparecen los libros en desorden,
esparcidos los cantos de un poema
y de nimbos de luz los flucos de oro,
circundando las sienes del poeta!

SAMUEL DARÍO MALDONADO.



JESUCRISTO

POR EL P. DIDON

CAPITULO PRIMERO

LOS TIEMPOS

(Traducción del Dr. J. M. Núñez Ponte, para
EL COJO ILUSTRADO)

(Continuación)

Fuera de la fuerza política y de la religiosa, existe la fuerza racional.

La política, de orden social y práctico, civiliza a los hombres y los enlaza con materiales vínculos; la religiosa, apoyada en la idea divina y en la tradición, acerca el hombre a Dios; la racional, del dominio personal é íntimo, no es sino el esfuerzo que el ser inteligente y libre realiza con el fin de explicar el principio de las cosas y dirigir la vida: esta fuerza tiene su expresión en la ciencia y en la filosofía. Todo pueblo, toda raza, toda civilización, una vez que han alcanzado cierto grado de desenvolvimiento, poseen una filosofía, una política, una religión jerarquizada.

En el tiempo mismo en que Roma señoreaba el mundo, y el Paganismo privaba en la humanidad, imperaba una filosofía: era la filosofía helénica.

En la inmensa evolución humana, los pueblos todos han recibido de Dios cierto destino privilegiado que corresponde al genio que manifiestan. Así, el Oriente con su inspiración riquísima, es la cuna de las religiones, cuna ardiente, calentada por un sol abrasador; Roma, eminentemente práctica, se ufana con la ciencia del derecho y del gobierno, de la política y de la acción; y Grecia, aquella Grecia artística y escudriñadora, sujeta a su destino el genio de las formas, de la estética y de la filosofía. Por eso todos los cultos vienen del Oriente, como la ciencia del derecho sale de Roma, como la filosofía dimana de la Grecia.

Este último poder,—la filosofía,—que desempeña tan superior papel así en la vida humana como en la agitada atmósfera de las opiniones y en la dirección de los espíritus, nació en pleno mundo helénico, seis ó siete siglos antes de Jesucristo, a las riberas del Mediterráneo y en las islas que lo pueblan, en Mileto, en Esmirna, en Efeso, en Lampsaco, en Clazomene, en Siros, en Apolonia, en Samos, en Agrigento, en Elea, en Abdera, en Atenas, en Cirene, en Estágitira, en Elis, en Citium, todas las cuales reclaman la honra de ser la cuna de alguno de los maestros de las grandes escuelas filosóficas.

Todos los sistemas que la razón humana puede fabricar en su trabajo inquieto, laborioso y aun vano a las veces, por alcanzar la verdad:—el dogmatismo y el escepticismo, el materialismo y el idealismo, el sensualismo y el espiritualismo, el panteísmo y el dualismo, el naturalismo y el fatalismo, el optimismo y el pesimismo, y hasta el nihilismo,—todos encontraron terreno abonado en el suelo de la Grecia, y allí se arraigaron definitivamente.

En filosofía como en letras, en poesía y en artes, Grecia dio las formas típicas y realizó el ideal. Púedese igualar a sus maestros, mas no superarlos. Empedocles y Pitágoras, Sócrates, Aristóteles y Platón; Zenón y Epicuro, en su género, son tan acabados como Praxiteles y Fidias, Homero ó Píndaro, Eurípides ó Sófocles, Esquilo ó Demóstenes. Después de aquella edad creadora, todo el que ha querido filosofar, es decir, resolver el problema del valor de la razón, del principio de las cosas, del destino del hombre y de la conducta en la vida, ha debido reconocer algún abuelo, algún maestro entre los jonios ó los itálicos, entre los Eleatas ó los sofistas, en el Pórtico ó en la Academia.

Durante aquel período activo, tan borrascoso, pero tan fecundo, los sistemas suceden a los sistemas, las escuelas derriban las escuelas; el dinamismo de Thales y de Ferecides deja el puésto al atomismo de Demócrito; el positivismo de Parménides es reemplazado por las abstracciones de Pitágoras; el dogmatismo se ve batido en brecha por el nihilismo de los sofistas, tales como Protágoras y Gorgias; Sócrates triunfa de los sofistas y prepara el poderío de Platón y de Aristóteles; Pirrón, en fin, renace, y Epicuro y Zenón se disputan el imperio de las conciencias. No hay error que no tenga apóstoles, ni verdad racional que también no cuente fieles prosélitos.

Empero, a despecho de sus esfuerzos, la razón se ha mostrado siempre débil y vacilante en presencia de ciertas verdades esenciales, por ejemplo: el puro teísmo, la creación de la materia, la inmortalidad y la vida futura.

El genio griego no se sustrajo de la influencia panteísta sino para caer en el dualismo de la Inteligencia y de la Materia eterna; nunca fue capaz de demostrar que el aniquilamiento no es la palabra última del ser humano, ni de ofrecer a la conciencia una sanción exterior é inquebrantable. Sólo la fe enseña con eficacia estas verdades necesarias, que, por tener a Jesús de testigo, son hoy el patrimonio de todos. La razón las demuestra cuando la voz de Dios las afirma; la razón las presiente, pero no las descubre sino con lentitud, a fuerza de dificultades, y aun así, no logra presentarlas bajo una fórmula perfecta.

Al emigrar para Roma, la filosofía helénica, como todo, se resiente del influjo del medio. El genio positivo de la raza conquistadora, hija de Ceres y de Marte, a la par agrícola y guerrera, no se pierde en vanas especulaciones, y se está satisfecho con reproducir, en lenguaje elocuente y en poemas inmortales, los grandes sistemas de los maestros. En efecto: Cicerón, Lucrecio, Varrón, Horacio y Virgilio nada inventan, sólo repiten las doctrinas de los griegos. Mas empeñados en moralizar que por dogmatizar, en vi-

vir y obrar que por meditar y contemplar, se fijan en el problema que domina toda la existencia, a saber: ¿En qué consiste la felicidad, en qué el bien supremo? ¿Qué vía puede encaminarnos hasta ella?

Tales cuestiones casi no se suscitaban en el fondo de los templos, en la celebración de los misterios y a la luz de la ciencia esotérica de las castas sacerdotales. El paganismo se contentaba en arrullar el alma de las muchedumbres con los delirios de una quimérica inmortalidad, llevándola a postrarse ante dioses cuyas leyendas y escandalosos símbolos estimulaban, y cuyos vicios ponderaban y hasta divinizaban cuando era menester.

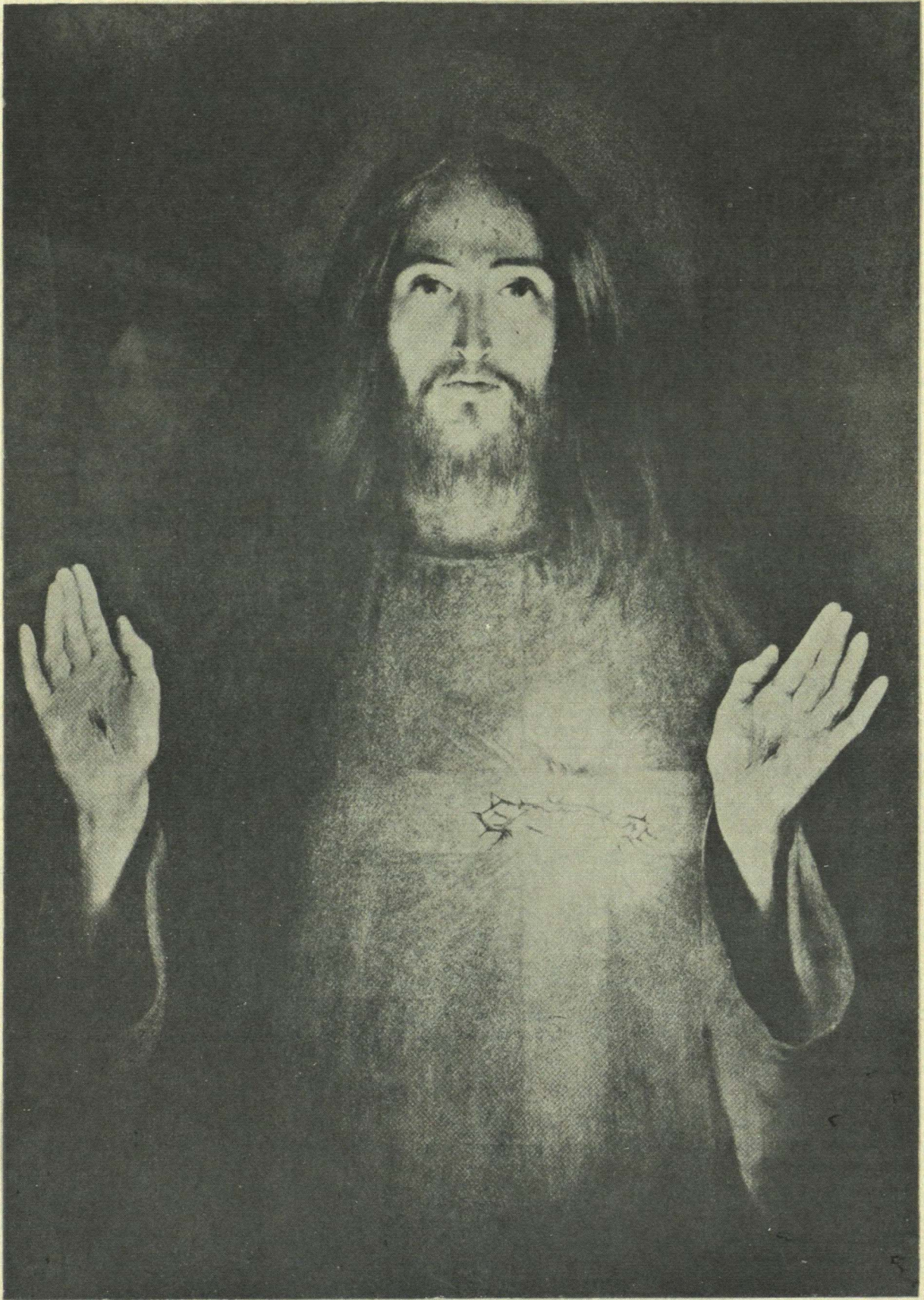
La conciencia filosófica del paganismo estuvo, sin duda, muy más alta que su conciencia religiosa.

Por suerte que no deja de ser motivo de honor para la razón haber asomado siquiera aquellos nobles problemas, descuidados por los cultos, y hablado al hombre con frecuencia el lenguaje altivo de la virtud y del deber. Ciertamente, la razón no alcanza a resolver tales problemas, y promiscua sublimes preceptos con errores numerosos y graves; pero fuera injusticia no apreciar los esfuerzos que ella tentó y el éxito que, más de una vez, valió de galardón a su perseverancia.

En la época de Augusto es escasa la florecencia de filósofos moralistas que escriban. Séneca, Epicteto y Marco Aurelio no aparecen sino más tarde. Diríase de estos ingenios,—que fueron entre todos los paganos quienes enseñaron mejor la teoría y práctica de los deberes;—diríase, repito, que para desplegarse, esperaban los primeros rayos de la luz evangélica. Con todo, si los escritores moralistas son raros entonces, los hombres que hacen profesión de filosofía moral y práctica abundan. La acción vale más que la palabra; y a seguir el testimonio de los contemporáneos, nunca como en aquellos días estuvo la filosofía más activa, cuando hubo de entrar en un período de proselitismo y de organización. Si, pues, a Grecia cupo la gloria de crear la filosofía, a Roma tocó la de organizarla y aplicarla a la mejora de la vida.

¿Qué originaba para la filosofía en aquel siglo ese carácter nuevo? ¿Por qué, siendo ella de ordinario tan personal é íntima, socorrida a las escuelas, reservada a los discípulos, orgullo de lo más selecto de la sociedad, por qué va ahora tan directamente hacia la multitud? El carácter romano puede explicar esa tendencia práctica, pero no basta, no, a dar cuenta de aquella apostura conquistadora, apostólica, casi religiosa, en la cual se descubre cierto indicio profundo de la decadencia de las religiones paganas y de la insuficiencia moral de sus sacerdotes. Porque, en efecto, los sacerdotes están mudos, no tienen respuesta al gran problema de la vida, ni bálsamo que verter sobre las heridas de los que sufren; viven satisfechos en la estéril observancia de sus cultos y ceremonias pomposas, especulando con la superstición del pueblo, ocultando mal su propio escepticismo en presencia de sus pretensos misterios.

Los sabios ocupan el puésto de los pontífices, y la filosofía ensaya desempeñar las funciones que la religión no ha sabido cumplir.



EL SAGRADO CORAZON DE JESUS. — (Copia de una reproducción fototípica del celebrado cuadro de Luis Graner)

Los sabios hacen profesión de filósofos, como los sacerdotes la hacen de religión, y se distinguen del vulgo por lo peregrino del traje; véseles pasear por las calles vestidos de capa, lucen la barba, y un bastón á la mano. Un poeta dijo de ellos: "Parecería como si su cabeza dominase señorilmente los vicios y los lugares en que se agitan los hombres." (1)

Celebran conferencias diarias, predicaciones familiares; moralizan y consuelan, exhortan y reprenden. Las ciudades importantes cuentan doctores en filosofía, ampliamente pagados por el fisco, apellidados como capellanes á la casa de los grandes. Aquellos que se hallan heridos por alguna desgracia, acuden al consuelo de un sabio. (2) Augusto tiene su filósofo, Areos, á quien envía á Livia para que la consuele por la muerte de Druso.

Por todas partes allegan prosélitos á manera de creyentes. Cierta vez el filósofo Estertinio, encuentra, al borde de un río, un desgraciado que, tocado de desesperación, va á arrojarle al agua. Estertinio lo detiene, disuádolo con sus exhortaciones, lo reanima y le devuelve el gusto por la vida. El convertido se deja crecer la barba: hélo ahí filósofo, en pos de su salvador y maestro.

Los sabios tienen prácticas especiales, supersticiones y beaterías.—¿Eres asediado por algún deseo peligroso? Pues hay, dicen ellos, palabras capaces de disminuir las violencias de tu deseo y aun de sufocarlas por completo.—¿El amor de la alabanza ha tomado tu alma?—Tal práctica saludable, tal libro leído por tres veces, según los ritos, te curará al cabo de ese mal.

¿A qué doctrina obedecen esos sabios, y cuál es su filosofía?

Si se prescinde del escepticismo pirrónico, que, en la caída de toda civilización, arrastra á los desalentados; de los cínicos, que, á ejemplo de Diógenes, erigen como ley la naturaleza con todos sus instintos y se vengan, por el desprecio, de los vicios que no pueden remediar; si se exceptúa la nueva Academia, cuyos raros discípulos perpetúan la tradición pitagórica, platónica y aristotélica, no quedan á la vista sino dos grandes escuelas: la de Epicuro y la de Zenón. Ambas solicitan la felicidad: una en el placer, otra en la virtud; una en el "sentir," otra en el "querer."

Los epicúreos dicen:—Toda la ciencia de ser feliz está en proporcionarse sensaciones agradables; todo exceso envuelve ó ocasiona dolor; es menester aprender á moderarse en todo, aun en el placer.

Para los verdaderos discípulos de Epicuro, la virtud misma ó la moderación no es ya el fin del hombre, pero sí el medio perfecto de gozar: todo tiene su término en el "yo," y al "yo" satisface. Hé ahí el refinamiento en la corrupción y el egoísmo.

Los estoicos ven al hombre por su lado más grande y noble.—Eres libre, le dicen; por lo tanto, eres señor de tí mismo, tu único dueño. Que tu voluntad te pertenezca y aprenda á dominarse: la felicidad cae bajo el mando de tu propia soberanía.—¿Y el dolor?—No existe.—

¿Y la persecución, y la muerte?—Qué importa! Ahí estás tú: y nadie bastará á arrebatarle de tu propio poder. Eso es lo suficiente para el sabio.—Y luego así, esos estoicos, soberbios é indómitos, se iban á aquel mundo podrido, á desafiar la opresión y á vomitar insultos á la faz de los tiranos que no eran capaces de aplastarlos.

A la luz del Evangelio, se comprende que semejante doctrina, bajo caracteres tan fastuosos, esconde mucha vanidad, ilusión é impotencia; pero es preciso reconocer que tanta altivez no carece de fundamento y de mérito, y que es grato encontrar, en medio al despotismo terrorífico de Roma y de la corrupción pagana, aquellas voluntades férreas, firmes, inflexibles.

La escuela de Epicuro no produjo un héroe ni en Grecia ni en Roma. El heroísmo que con tamaño imperio ordena el sacrificio personal del individuo, á las veces aun la muerte, no podía ni con mucho afianzarse en conciencias para las cuales el "gozar" constituía el bien supremo. Por lo demás, esas conciencias secaban una de las fuentes vivas del heroísmo, al alejarse del movimiento agitado de los negocios públicos, conforme al precepto del maestro, que Plutarco nos recuerda: "Oculta tu vida;"—precepto que ellos mismos ni comprendían, como lo atestigua el juicio extraño acerca de Epaminondas, formado por la secta epicúrea: "¿Por qué había él de pasearse con su ejército por la extensión del Peloponeso, y por qué, más bien, no permanecía en casa, cubierta la cabeza con el capillo, ocupado en recibir bien á todos y en tratarse bien á sí mismo?"

La escuela de Zenón arma al hombre contra sí propio, le impulsa á desdenar el dolor y poner en salvo, á despecho de todo, aun de la vida, su independencia y su libertad: así, deposita en las conciencias los gérmenes de varoniles virtudes. Los hombres de superior acción en la antigüedad, Catón, Bruto, Marco Aurelio, son estoicos.

Si sondeáramos así el fondo epicúreo como el estoico, descubriríamos bellas máximas: en aquél de moderación, de fuerza en éste. Con ellas podría formarse un manual edificante de casi todas las virtudes privadas y públicas: la pura conciencia, la templanza, la mansedumbre, la justicia, la prudencia, el desprecio de las riquezas, la serenidad, la paz, la inflexibilidad de carácter, la amistad, la abnegación, la clemencia! Estos preceptos y virtudes fueron todos formulados en un lenguaje inmortal: diríanse diamantes del más hermoso brillo, tallados y cincelados: son los joyeles de la filosofía.

Si los preceptos bastasen á salvar la conciencia, las escuelas de Epicuro y de Zenón habrían podido curar á la humanidad. Pero mucho va del decir al hacer: en aquél, la filosofía se mostró con frecuencia sobresaliente: en el hacer fue siempre débil. Esta impotencia, vicio común á las dos sectas rivales, sirve para explicar la esterilidad de su proselitismo.

Sin embargo, estoicos y epicúreos, se confunden en el culto de sí mismos. El "yo" es la última palabra de unos y de otros. La satisfacción del "yo," el fin de todo. Pero el "yo" aquí abajo,—bien se le considere en el "sentir" con Epicuro,

ó con Zenón en el "querer"—está sujeto al dolor. ¿Cómo vencer al dolor, ya que no se le puede suprimir?

Epicúreos y estoicos no cuentan sino con un recurso, y tal es la indiferencia, la voluptuosa indiferencia: ahí, y sólo ahí encuentran ellos el supremo refugio: los de Epicuro por la "tensión," los de Zenón por el "relajamiento."

Inmensa tristeza enturbia el fondo de las almas en solicitud de la sabiduría filosófica, tristeza que se descubre inextinguible bajo el velo de indiferencia en que se envuelven los espíritus, y bajo cuyos pliegues sucumben las almas, quedándose solas con su "yo," que al fin también se les escapa.

Escuchadlos: el hombre se pertenece, es su dueño: la vida está en sus manos, y si le place suprimirla, no está obligado á darle cuenta á nadie; el suicidio es un derecho, es más: un deber y, en todo caso, puede ser una necesidad. Al hombre le asiste una ventaja sobre los dioses, decían los estoicos, y es que puede morir. Catón, el santo de la secta, es un suicida.

Les falta lo divino. En efecto, el dios que ellos llaman Naturaleza, no vale más que el de las religiones y de las mitologías. No es el Dios vivo y personal, es el "Hado," ciego, mudo, inaccesible, á quien es necesario soportar, bien que aplastado y vencido, aterrado y desesperado.

Y, sin embargo, es de ahí de donde se ha querido sacar el Cristianismo! Como si la religión pudiese nacer de la filosofía, la beatitud evangélica de la de Epicuro y de Zenón, la ley del sacrificio de la ley del egoísmo, el Dios-Padre del Destino, la fuerza de la impotencia, la inagotable y divina esperanza de la indiferencia y de la desesperación! como si Jesús, que traía estos bienes, estas luces, esta vida, no pasara de ser un filósofo, un descendiente de cualquier secta romana!

No, á pesar de la filosofía y de sus perlas, el mundo, antes de Jesús no era sino un estercolero; y Jesús, el gran sembrador divino, arrojó allí su palabra, como fermento que debía transformarlo todo, y cuya vitalidad inagotable es siempre activa en medio del paganismo persistente de la pobre humanidad.

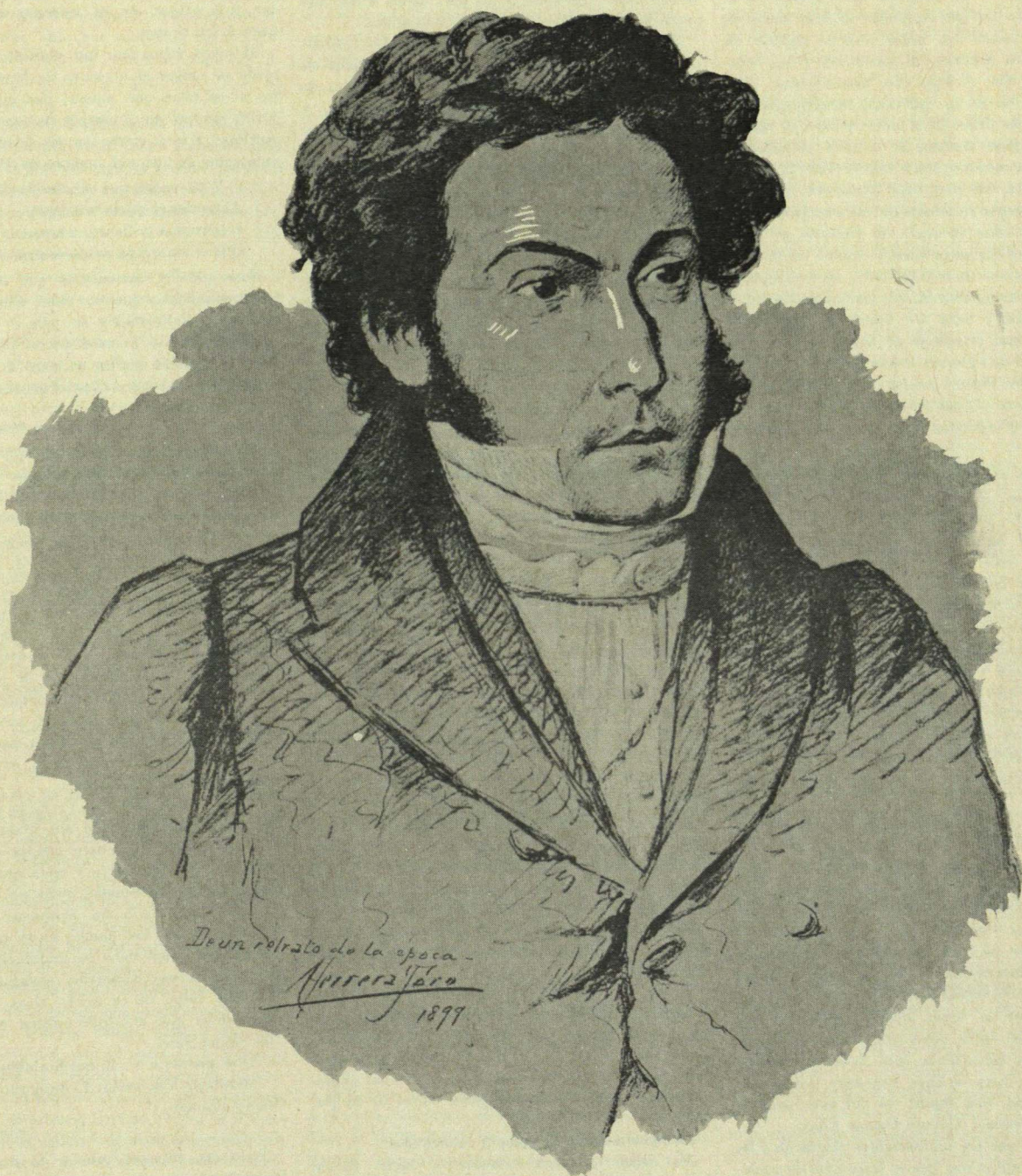
..

¿De qué pueblo había de salir Jesucristo?

Del pueblo judío: nación la más humilde entre todas; pero que produjo al Cristo y que, por este título, adquiere puesto, no obstante su pequeñez y miseria, al lado y por encima del Imperio romano, de las religiones paganas, de la cultura helénica, y de las más altas potencias de la historia. Los demás pueblos aparecen como entregados á la iniciativa de su propio genio y á la merced de sus vicios; Israel crece bajo la soberana tutela de Dios. Separado de todos y protegido por el Altísimo, Israel se ofrece, en medio del oleaje inmenso de la humanidad, como el arca que guarda en reserva la salvación y el porvenir. El desenvolvimiento del reino humano, sus transformaciones religiosas no se explican sin el judaísmo. Jehovah, su Dios, es el Dios de la humanidad; y su Mesías, esperado siempre y finalmente desconocido por él

(1) Credibile est. illos pariter vitiisque locisque. Alius humanis exersuisse caput.

(2) Senec., De Consolat., ad Marciam.



SEÑOR GABRIEL PICON
(Dibujo de Herrera Toro - Tomado de un retrato de la época)



No es únicamente la admiración por un héroe lo que nos hace hoy escribir estas líneas, ni la veneración por la memoria de un distinguido prócer de nuestra independencia, ni la expansión de nuestro afecto por uno de esos nombres que, antes de hallarlos en los fastos de la gloria, ya lo teníamos entre los que recibimos cuando niños en la tradición íntima del hogar, tesoro sagrado de ejemplares para el honor, el patriotismo y las virtudes privadas. No; es algo más trascendental.

La convicción de la influencia siempre saludable y oportuna que tiene en el ánimo público el recuerdo de los grandes modelos de virtudes patrióticas ó privadas es lo que nos hace hoy olvidar la debilidad de nuestra voz para decir á nuestros conciudadanos: levantemos la mirada de esa mezcla de fango y abrojos por sobre la cual, sin herinos ni manchados, hemos de hacer nuestro camino en la vida, para fijarla, con el corazón dilatado, en una erguida cumbre de nuestra historia, que penetra en las regiones más serenas y baña sus contornos majestuosos en las más puras claridades de la gloria. Tal es la egregia figura del Ilustre Prócer de la Independencia don Gabriel Picón, heroico como patriota y militar, inteligente y justo como magistrado, recto como ciudadano y ejemplar como padre de familia.

No son sólo los individuos, sino también las sociedades quienes se dan á conocer por sus frutos; y entre los que son más dignos de notarse en la generación que luchó por nuestra independencia están los casos nada raros en que se consagraban íntegramente las familias, en el servicio de la noble causa al mismo heroico y sangriento batallar. Multiplicados se nos presentan tales casos en los fastos de la época, revelándonos con ello tan nobles ideales en la sociedad y tan irrefragables energías, que habrían podido servir de vastos fundamentos á grande y firme edificación política. La filosofía de nuestra historia nos dirá en algún tiempo con su característica imparcialidad cuánto perdimos de tan valioso tesoro, y además cuándo y por qué causas ha ocurrido.

Una de esas heroicas familias de Macabeos fue la del señor don Antonio Ignacio Rodríguez Picón. Era éste de distinguida estirpe oriunda de España, y desposado con la señorita María Ana González, de la ciudad de Pamplona, se hallaba establecido en Mérida, donde fue Presidente de la Junta Provisional que en setiembre de 1810, secundando decididamente las manifestaciones del 19 de abril, desconoció en aquella ciudad el Gobierno Peninsular, todo con el propósito de lograr de hecho aquella autonomía que había de ser no tarde proclamada como soberanía nacional. Cinco hijos tenía para la fecha el distinguido patriota: Juan de Dios, Francisco, Jaime, Gabriel, y Martina, ésta esposa ya del que había de ser el célebre coronel Vicente Campo Elías.

Es un hecho que los innumerables sacrificios y las pérdidas irreparables con que en trece años de cruenta lucha habían de conquistar nuestros padres el bien de la independencia "á costa de todos los demás", como juzgó Bolívar, no habían entrado en la previsión general de aquellos próceres, y por consiguiente en los años de 1810 y 1811, en que apenas se dejaron sentir los primeros movimientos reaccionarios de la causa española, ilusoriamente vendida, auras de libertad arrullaron dulcemente con caricias de paz y murmurios de esperanza la inerme, confiada é incipiente nación venezolana. Bajo tan gratos auspicios se reunió el Congreso de 1811, y se declaró la independencia absoluta, y cuando el

acto memorable fue promulgada solemnemente en Mérida, se alistaron de los primeros los jóvenes Picón en una guardia militar que para el efecto se formó.

Muy pronto había de ser efectivo en todo su rigor tan jubiloso alistamiento, hallarse sujeto á las más duras pruebas que puede imponer la suerte de las armas al valor del hombre, y elevar, para pasmo de las generaciones pósteras, el entusiasmo casi infantil de aquellos jóvenes corazones á la altura de la más firme intrepidez y del más audaz arrojo que pueda mostrar la historia del heroísmo militar.

El primer período de nuestra guerra de emancipación—de 1811 á 1817—más que una campaña es una acumulación de holocaustos, una revelación de grandes caracteres y creación de grandes recursos, y una como condensación del patriotismo y depuración de las virtudes cívicas y de las militares. Tocóle su primera ofrenda á Mérida en 1813; y en aquella temeraria invasión de Bolívar, que fue rápida y deslumbradora como el relámpago, porque había sólo de lanzar el rayo de la guerra á muerte, se incorporaron con Campo Elías los jóvenes Jaime, Francisco y Gabriel Picón, quienes habían sido presentados por su padre al Libertador, y consagrados con ello al servicio de la causa de la patria. Por ella había sufrido ya cárceles y pontones el venerable progenitor, y al despedir á sus hijos en la vía de la gloria y de la muerte, no le esperaban sino nuevos sufrimientos, pues toda paz había concluido ya para la respetable familia; comenzaban á levantarse do quiera las aras del sacrificio, y la vida había de tornarse ya tribulación errante y sin amparo. Por entre las selvas vírgenes y por las abiertas llanuras vagó por algún tiempo con los restos de su hogar el respetable patriota hasta morir en Guasdalito en el año de 1816; peregrinación triste en que le acompañó su hijo Juan de Dios, aleeccionándose en la abnegación el que había de servir á su patria como legislador y magistrado. (1)

A las órdenes de Ribas marcharon los jóvenes Picón cuando aquel jefe dejó á Mérida para alcanzar á Bolívar, que se movía sobre Trujillo; y en consecuencia, figuraron en el combate de Niquitao, donde unidos Ribas y Urdaneta, y frustrando la cándida tentativa con que Martí quiso cortar la retaguardia á Bolívar, hicieron de ella triunfo y ventaja para los patriotas dando libertad á Barinas; siguieron luego á las órdenes del mismo Ribas cuando éste y Bolívar se dirigieron en movimientos paralelos hacia el Norte, y se hallaron en la memorable acción de *Los Horcones* donde vanamente pretendió impedir Oberto que el ejército de Ribas llegase á Barquisimeto. Las previsiones de Bolívar parecían oraculares.

Entre las muestras de heroísmo que inmortalizaron ese triunfo, es sobre todo notable y más que notable pasmoso el que mostró Gabriel Picón, quien fue gravemente herido "al acto de precipitarse sobre los cañones enemigos, que tomó gloriosamente," como lo reza el parte oficial de la jornada.....

El héroe acababa de cumplir catorce años!.....

No deben profanar comentarios hecho de tal magnitud y sólo agregaremos aquí estas palabras con que lo recuerda su autor mismo y que tomamos de notas suyas autógrafas que tenemos á la vista: *En el 22 de julio del mismo año dimos la heroica batalla de Los Horcones, en la cual salimos victoriosos; pero que me costó cara, recibiendo una herida mortal en la ingle derecha, de que sólo mi juventud y robustez me salvaron la vida, aunque no sin padecer largo tiempo.* Esta sublime sencillez es el estilo de los héroes: era el de la época.

(1) Véase la *Biografía de don Juan de Dios Picón*, por el doctor V. A. Zerpa.

Bolívar, con aquella apreciación rápida y certera de los hechos que caracterizaba su genio, escribió inmediatamente al padre del héroe la siguiente carta congratulatoria:

Ciudadano Comandante de Mérida, Antonio Ignacio Rodríguez Picón.

Tengo el honor de dirigir á usted el adjunto Boletín, por el cual se informará usted de la gloriosa acción de Barquisimeto, dada por el Coronel Rivas, que, á la cabeza de los valerosos merideños, ha ganado á los tiranos.

El joven héroe que tan gloriosamente ha derramado su sangre en el campo de batalla, no ha muerto, ni se teme que muera; pero si cesase de existir, vivirá siempre en el corazón de sus reconocidos compatriotas, y será eterno en los fastos de Venezuela, cubriendo de honor el nombre de Picón.

Y tú, padre, que exhalas suspiros
Al perder el objeto más tierno,
Interrumpe tu llanto, y recuerda
Que el amor á la patria es primero.

Estos son los sentimientos que deben animar á todo republicano que no tiene más padres ni más hijos que su libertad y su país.

Yo congratulo á usted por la honra que refluye sobre su familia con las acciones de su ilustre hijo.

Dios guarde á U.S.—Cuartel general de Araure, julio 25 de 1813.—3º y 1º

SIMÓN BOLÍVAR.

Persuadido de la muerte del hijo, dio el padre á las precedentes líneas la respuesta que se verá en seguida y que es como la clave que cierra grandiosamente el arco de gloria que forman estos hechos:

"Mi muy venerable jefe, dueño y señor:

"Al leer el oficio de V. E. de 25 de julio, que acompaña al Boletín que V. E. se sirve incluirme, han salido de mis ojos tiernas lágrimas, no sé si de dolor ó de alegría. La pérdida de un hijo que podía ser la esperanza y el apoyo de una familia desgraciada, y la libertad de la patria en cuyas aras se ha sacrificado, han excitado en mi corazón afectos bien diferentes. Pero el amor de esta patria querida ha triunfado del amor paterno, y he inmolado los sentimientos de la naturaleza al precioso rescate de Venezuela.

"Los consuelos con que V. E. se digna atemperar mi dolor han producido sin duda todo su efecto. Yo no lloraré una muerte que ha contribuido á la libertad de Venezuela; y ojalá que la sangre del joven militar derramada, pero no perdida, en la campaña, aliente á sus hermanos y mis hijos á marchar sobre sus huellas en el campo del honor.

"Aprecio como debo las gratulaciones que V. E. se sirve darme: conservaré siempre en mi memoria este rasgo de su noble alma, y contaré por una dicha que mis hijos militen á las órdenes de tan digno Jefe.

"Dios guarde á V. E. muchos años.

"Mérida de Venezuela: 15 de agosto de 1813.—Tercero y primero.

"Antonio Picón."

Todo era entonces prueba de titanes. El joven Picón tuvo, para atender á sus graves heridas, no otro vagar que las efímeras estaciones en poblado en medio de los ataques de los enemigos, y las inseguras travesías por los campos abandonados en el espanto de la guerra; y como mansión para convalecer le aparejó la suerte el memorable sitio de Valencia sostenido en marzo de 1814 contra Boves por el General Rafael Urdaneta.

Trasladado finalmente á Caracas, se restableció por completo su salud, recibido especialmente por ello por la familia del Libertador, y por recomendación de éste; mas, aquí había de sufrir entonces martirio de nuevo género al adquirir, con la confirma-

ción de su invalidez vitalicia, la certeza de su obli-
gado divorcio con la carrera de las armas que tan
ardientemente había abrazado.

En tales circunstancias, con la pesadumbre de la
temprana aunque gloriosa muerte de su hermano Jaime
y de la de su hermano político Campo Elías, am-
bas ocurridas en la acción de San Mateo, y en la época
en que sus padres abandonaban el solar nativo pa-
ra huir de la crueldad de los enemigos, tuvo el joven
Picón que huir también de la ferocidad de Boves, diri-
giéndose á Barcelona y Cumaná, y de allí á Mar-
garita y á Santomas.

En esta isla permaneció hasta el mes de enero de
1815 en que se dirigió á Cartagena, y en ella sufrió las
durezas del célebre sitio que puso á la heroica ciu-
dad el general Pablo Morillo, así como luego los no
menos duros trances de la fuga, que le llevó á la isla
inglesa de Jamaica.

No pudiendo servir á Venezuela con las armas, las
circunstancias le mantuvieron como á muchos otros
ilustres patrios alejado por algunos años del territorio
patrio. En 1820 volvió de Jamaica á la Nueva Gra-
nada y subió hasta Bogotá donde reunido con su her-
mano Francisco, regresó con él á la ciudad de Mé-
rida después de siete años de ausencia.

El término de la cruenta guerra y el período de
las primeras labores para la organización del país fue-
ron para él época en que adquirió el desenvolvi-
miento de las virtudes ciudadanas, la extensión de los
conocimientos generales, la pericia en el trabajo, los
fundamentos de la propiedad, y sobre todo el pontifi-
cado del hogar, que alcanzó por su enlace con la seño-
rita Apolinaria Febres Cordero en la ciudad de Bari-
nas el 13 de diciembre de 1825.

La paternidad es fenómeno absolutamente social,
y en tal virtud modifica profundamente al hombre de
corazón bien puesto, desenvolviendo en él las calida-
des por las cuales obra sobre la sociedad general, aun
no excediendo su acción de la doméstica. Le realzan
para ello la natural transcendencia que adquieren sus
actos, la grave responsabilidad que al propio tiempo le
opreme y le estimula, y cierta misteriosa transfor-
mación moral en que siente la desaparición de sus am-
biciones personales, cambiadas todas gozosamente por
la de ser ángel tutelar de los hijos y preparador de sus
destinos.

Consagró D. Gabriel Picón el resto de su fructu-
osa vida al trabajo, á la dirección del hogar, y al es-
tudio y satisfacción práctica de las necesidades generales
del país, sobre todo de las de la provincia de Mé-
rida, tan digna de entrar en las amplias vías de su pros-
peridad como fue espontánea en desefezarse los arreos
de matrona para vestir la túnica del martirio.

En 1829 aceptó el Gobierno Nacional el nom-
bramiento de comandante de un escuadrón de milicias,
y en 1830 recibió de sus compatriotas el merecido
honor de ser nombrado Senador para el primer Con-
greso Constitucional de Venezuela.

Disuelta en 1830 la gran Colombia por una causa
cuya naturaleza no se conoce aún propiamente, ya que
no se ha hecho todavía debido análisis de aquel
gran fenómeno histórico, creyó Venezuela ser garante
de su prosperidad la definitiva posesión de sus des-
tinos; y la esperanza hinchó el corazón de los patriotas
conspicuos, y el entusiasmo impulsó á todos los obreros
á levantar el grande edificio de nuestra nacionalidad.

No es de este lugar, ni corresponde á nuestra inep-
titud juzgar hasta dónde llegó el acierto de los ve-
nerables patrios en esa difficilísima empresa de crear
la constitución de un país, que es prenda y piedra de
toque de la sabiduría de sus legisladores, como fórmu-
la de natural y práctica armonía entre lo que fue,
lo que es y lo que ha de ser en variadísimos y compli-
cados intereses, bajo la inspiración de la justicia,
la luz de la ciencia y los auspicios de la paz. Es lo cier-
to que en los primeros lustros, si comenzaron á ha-
cerse sentir conmociones fue principalmente en el terre-
no de las ideas y estas luchas no parecían terribles
porque no comprometían inmediatamente el orden pú-
blico, sino que se juzgaban natural efecto de la li-

bertad que teníamos por ideal; y así, con la confianza
que inspira asegurado bienestar, principiaron á propo-
nerse y estudiarse los problemas financieros y econó-
micos que representaban el desenvolvimiento feliz de la
Nación.

En 1839 fue distinguido Gabriel Picón con el
nombramiento de Gobernador de la importante pro-
vincia de Mérida, y es tradicional la inteligente consa-
gración que dedicó á administrar tan caros intereses.

Para que se vea con resalte la admirable sencillez de
aquellos sinceros repúblicos, quienes cifraban el mé-
rito en los hechos, que no en los hermosos espejismos
de la palabra, insertamos aquí las que pronunció Pi-
cón en el acto de tomar posesión del elevado cargo, y
que parecen hoy particularmente bellas, como con la
pureza clásica de los antiguos mármoles helénicos.

Señores:

Acabo de prestar el juramento que se exige por
nuestra Constitución á los empleados públicos al acto
de tomar posesión de sus destinos; acto solemne y
religioso que debería pronunciarse en las aras del
templo mismo del Señor, para que, haciendo más im-
presión en quien lo ejerce, fuese menos á menudo
profanado.

Señores: mi sensibilidad se conmueve; mi alma se
llena del más puro gozo al considerar las distincio-
nes con que mi patria me honra; y este gozo, esta
satisfacción, sólo podrán sobrepujarse con los senti-
mientos de mi corazón, al llenar, como lo espero,
los deberes de primer magistrado de la Provincia
que me vio nacer. He jurado cumplir con mis de-
beres, vosotros lo habéis oído; y debo aseguraros que
ese juramento no será vano: mis deseos, mis inten-
ciones, son no desmentir la confianza pública; y mis
desvelos, mi celo, los esfuerzos de mi patriotismo
por hacer progresar esta decida Provincia, os lo di-
rán mejor en lo venidero. No bastará, sin embargo,
que yo solo me empeñe: sin la asidua cooperación
de los Concejos municipales y demás corporaciones
anexas á nuestro régimen administrativo, vanos se-
rán mis deseos. *E pluribus unum* es la divisa de aquella
gigantesca potencia que se levanta al norte del con-
tinento americano, y así como la fuerza unida de
muchos constituye un gran poder, así también es
un axioma conocido que de la prosperidad general
nace la individual. Este principio tan indudable,
pero no generalmente conocido, debe persuadirnos
de que cualquiera que sea el tiempo que dedique-
mos al servicio de la Patria, cualquier sacrificio que
le hagamos, nunca serán perdidos, porque á medida
que ella avanza en civilización y en progresos, asi-
 mismo avanza cada ciudadano en riquezas, en pros-
peridad y dicha. Cooperad, pues, conmigo hacia el
procomunal; y enmendad los desvíos que yo pueda
tener, persuadidos de que ellos serán errores de mi
entendimiento, jamás de mi voluntad. Concluyo,
pues, dirigiéndome á vos, Ilustrísimo Pastor de esta
Diócesis, á quien por vuestro ministerio, por vuestras
virtudes y por vuestra edad venero, para que
os dignéis rogar al Sér Omnipotente me conceda la
protección y acierto en el desempeño de mi misión.

He dicho.

En 1839 se dirigió á la Diputación Provincial
excitándola á solicitar del Congreso Nacional se con-
cediese á la Provincia de Mérida en la división del
territorio un puerto sobre el Lago de Maracaibo, y lué-
go en 1840 representó directamente ante Congreso pi-
diendo además auxilio para el mejoramiento de las vías
terrestres y fluviales, todo lo cual necesitaba la Provin-
cia para su desenvolvimiento económico independiente.

Tan patrióticas miras hubieron con todo de quedar
en los términos de muy laudables propósitos, pues ya
comenzaba á sentir el espíritu nacional en sus recien
abiertas alas el peso de tanta sangre y lágrimas y rui-
nas como había de acumular sobre ellas la cruenta
pompa de nuestras discordias políticas. Considerando
nuestra vida nacional por el aspecto más favorable
que puede exigir el patriotismo y consentir la justicia,
diríamos con relación á nuestro progreso que no he-

mos hecho sino eucaminarnos prácticamente á nuestra
ruina, disputándonos con violencia el dirigir la socie-
dad por los más felices rumbos.

Estas miserias contempló Picón en tristes tardes
de su preciosa vida. Como muchos otros de nuestros
Próceres, tuvo el destino de presenciar las ceguedades
de nuestras anarquías, recibiendo entre tanto de las
nuevas generaciones los homenajes debidos á tan vene-
rables patriarcas. Recibíanlos como dioses,pero
como dioses que se iban, según la histórica expre-
sión romana, como grandes figuras que se retiraban,
envueltas en la majestad de sus convicciones, con las
ejecutorias de sus grandes hechos en las manos, con
oscuros desengaños en el corazón, y tristes y no com-
prendidas predicciones en los labios!

¿Era esto efecto de la ley natural á las sociedades,
como á todos organismos, por la cual no hay renova-
ción sin algún perecimiento? ¿Era tal vez el conoci-
miento de la decadencia, perceptible para la genera-
ción que se iba porque era naturalmente la que podía
abarcar los dos términos de la comparación?

Muchos de nuestros próceres hicieron eco fiel á la
célebre frase de Bolívar «hemos arado en el mar»; pe-
ro todos conservaron al propio tiempo inmarcesci-
ble el santo amor á la Patria, é inquebrantable la fe
en la eficacia de los principios morales, de que fueron
persistentes oráculos. Tal hizo don Gabriel Picón: en
el sacerdocio del hogar, en el patriarcado de la ciudad
natal, donde vivió, su fe fue siempre la llama sa-
grada que ardió serena en el santuario del patriotismo;
en su ancianidad como en su juventud, ahora en sus
consejos como entonces en su heroísmo, su lema fue
siempre el mismo: *por Dios y por la República!*

Fue varón de carácter austero, rayano en la se-
veridad por amor al orden y á la justicia; enérgico en
la propia fidelidad al deber, como en exigirla á los
que por dependencia natural ó moral le estaban some-
tidos. Circunspecto hasta la gravedad, era con todo
sencillo, porque no cabían en su alma la doblez y el
artificio, y en esta virtud atraía con aquella misma
bondad que infundía más respeto que confianza. Díce-
se que fue gallardo de porte y distinguido de ma-
neras, exento de rebuscamientos como de rudeza, for-
ma natural que daban á su carácter una imaginación
bien enriquecida por un gusto bien cultivado.

Poseyó ilustración general no común y varios idio-
mas entre los cuales tuvo preferencias por el inglés,
lo que parece haber sido efecto de la natural simpatía
con que había de ver en esta raza su circumspecta
caballería y esas formas severas de diáfana since-
ridad, que aunque de aristas duras, sirven como los
fuertes cristales, no para ocultar sino para proteger el
foco de la verdad.

El señor D. Gabriel Picón, que nació en Mérida
el 18 de marzo de 1799, murió en aquella misma ciu-
dad en 1866, desposado en segundas nupcias con la
señorita Angela Carnevali.

Herederos de su nombre y sus virtudes han hon-
rado la sociedad de Mérida sus dignos descendientes,
quienes han querido tributar á su antecesor especial
homenaje de afecto en el día de su primer centenario,
y para el cual nos han hecho la alta honra de lla-
marnos á colaborar. Participación es ésta que si bien
no es merecida por aptitudes nuestras, sí está justifi-
cada por el sentimiento de amistad que nos une, afecto
que tiene la grata imposición de una tradición sagra-
da y ha no menos grata solidaridad con que viene ca-
da nueva generación á robustecer los vínculos anti-
guos.

Sean estas líneas parábola á la familia del Ilustre
Prócer por la gloria cada vez más brillante de su inol-
vidable fundador, sean también á la República
por el modelo que puede ofrecer hoy al patriotismo de
sus ciudadanos, y seanlo en especial á la ciudad de
Mérida, á la cual nos complacemos en tributar home-
naje de filial cariño, como relicario que guarda, con
los sagrados despojos, los tiernos recuerdos de nues-
tros abuelos.

JUAN DE DIOS MENDEZ, HIJO.

Caracas: 18 de marzo de 1899.

PÍLDORAS



del Dr. AYER

Sanas y seguras son las Píldoras del Dr. Ayer.

Sanas porque están exentas de sustancias minerales.

Seguras porque obran ayudando á la vez á la naturaleza.

El estreñimiento causa biliosidad, jaqueca, mal gusto en la boca, dolores agudos en la cabeza, debilidad nerviosa, inapetencia, debilidad de memoria y un sinnúmero de dolencias.

Ninguna enfermedad puede curarse si existe el estreñimiento. Para la salud es condición indispensable actividad funcional del hígado é intestinos.

LAS PÍLDORAS DEL DR. AYER

causan un aumento del flujo biliar y mayor actividad del vientre.

Dosis laxantes tomadas todas las noches producen una deposición suave y fácil al día siguiente. Estas píldoras son una cura positiva para la constipación y entorpecimiento del hígado.

La constipación y biliosidad son causa directa de la mala sangre, y para limpiarla de impurezas no hay remedio que iguale á la

Zarzaparrilla del Dr. Ayer

Elimina las impurezas y enriquece y enrojece la sangre. Da al paciente fuerzas, ánimo y ambición.

Preparadas por el

Dr. J. C. Ayer y Cía., Lowell, Mass., E. U. A.

74



El mejor limpiador
para las pieles rojizas

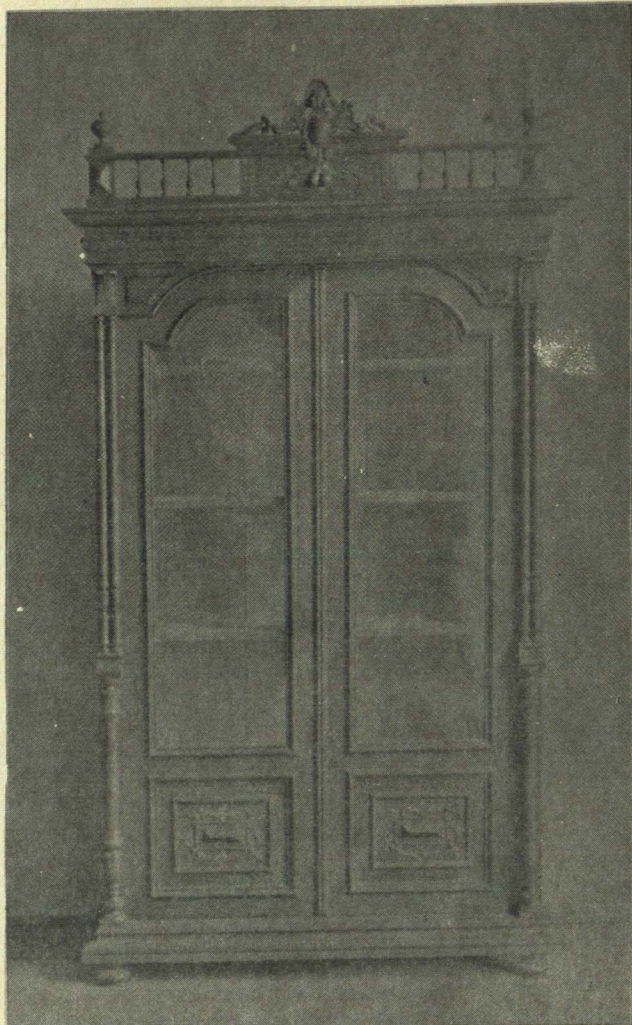
LUSTRE ROJIZO DE HAUTHAWAY

Para usarlo cuando una
piel rojiza requiera un ver-
dadero y brillante lustre.

74

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).



MUEBLERIA MODERNA



S. MARTINEZ EGAÑA & CA.

Este mueble de comedor forma parte del juego cuyos grabados venimos publicando en esta Revista ilustrada.

Seguiremos demostrando al público de Venezuela que esta industria ha alcanzado en nuestros talleres la perfección más completa.

Por la solidez, elegancia y duración de los muebles que fabricamos, nada hay que envidiar á los más recomendados de Europa y Norte-América.

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND)

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,

Ministro de la Guerra, E. U. de A.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se Vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

75

1895.

—Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.

Rev. CHAS. H. PARKHURST,

Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

ALMANAQUE DE PARED

Astronómico y religioso

PARA 1899

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

PROPIEDAD DE J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Está ya á la venta.

EL COJO ILUSTRADO

En contestación á las preguntas que frecuentemente nos hacen personas del interior de la República, acerca de la manera de tomar directamente suscripciones de EL COJO ILUSTRADO, decimos: que pueden efectuarlo enviándonos el valor por trimestres anticipados (\$ 3) en estampillas de correo.

Plumas y Portaplumas de Oro
CARTERAS, PORTAMONEDAS Y CIGARRERAS
De venta en EL COJO



CASA DEL SEÑOR GENERAL IGNACIO ANDRADE, EN LA GUZMANIA. — Mucito

mismo, es el Salvador y regenerador del mundo.

Nada hay tan lleno de prodigios como aquella pequeña tribu semita. Por ordenanza divina, parte de las llanuras caldeas, con su fe en un solo Dios, con la esperanza de llegar a ser un pueblo innumerable como las estrellas y de ver bendecidas, en Abraham su jefe, "todas las razas de la tierra" (3); acampa bajo las tiendas en Canaán, y erige altares a Jehovah, cuyo nombre invoca; emigra a Egipto, al país de Gesén, y allí trabaja y se acrecienta. La dura hospitalidad de los faraones se le trueca pronto en servidumbre, y entonces, inspirada por Moisés, rompe el yugo que la arruina, se retira al desierto y lleva vida de nómada y pastor. Lejos de toda civilización, recibe en las cumbres del Sinaí la ley que debe aislarla del mundo pagano. Y a fuerza de paciencia, de coraje y de fe, conquista la tierra que Dios le ha prometido, se constituye en pequeña monarquía independiente, y en medio de los azares más terribles, llega hasta el día en que, soportando el rigor de su destino, será regada como polvo al través de los pueblos.

En la época cuyo retrato esbozo a grandes rasgos, toca Israel a las postrimerías de su existencia nacional, y va a perder para siempre su independencia política.

Luego de haber resistido a las mas profundas divisiones intestinas, al destierro, a la dominación extranjera de los persas y los griegos; después de haber reconquistado su antigua autonomía con un puñado de valientes, al cabo de cuatro siglos de esclavitud, la Judea está gobernada a la sazón por Herodes Idumeo, creatura de César y del Senado; aquella provincia no es sino triste vasallo del Imperio, que no tardará en absorberla, porque entonces, como en el tiempo actual, los pequeños Estados no podían prometerse seguro y estable porvenir.

Fuera de los saduceos, conservadores estrictos, palaciegos e intrigantes del poder antinacional, amigos de la paz por sobre todo, de la paz por la cual sacrifican hasta la independencia del país; fuera de ellos, todos, entre los doctores, los escribas, los sacerdotes y el conjunto del pueblo, comprenden la crisis que atraviesa la nación; todos ven el abismo, pero no creen, no pueden creer en la catástrofe.

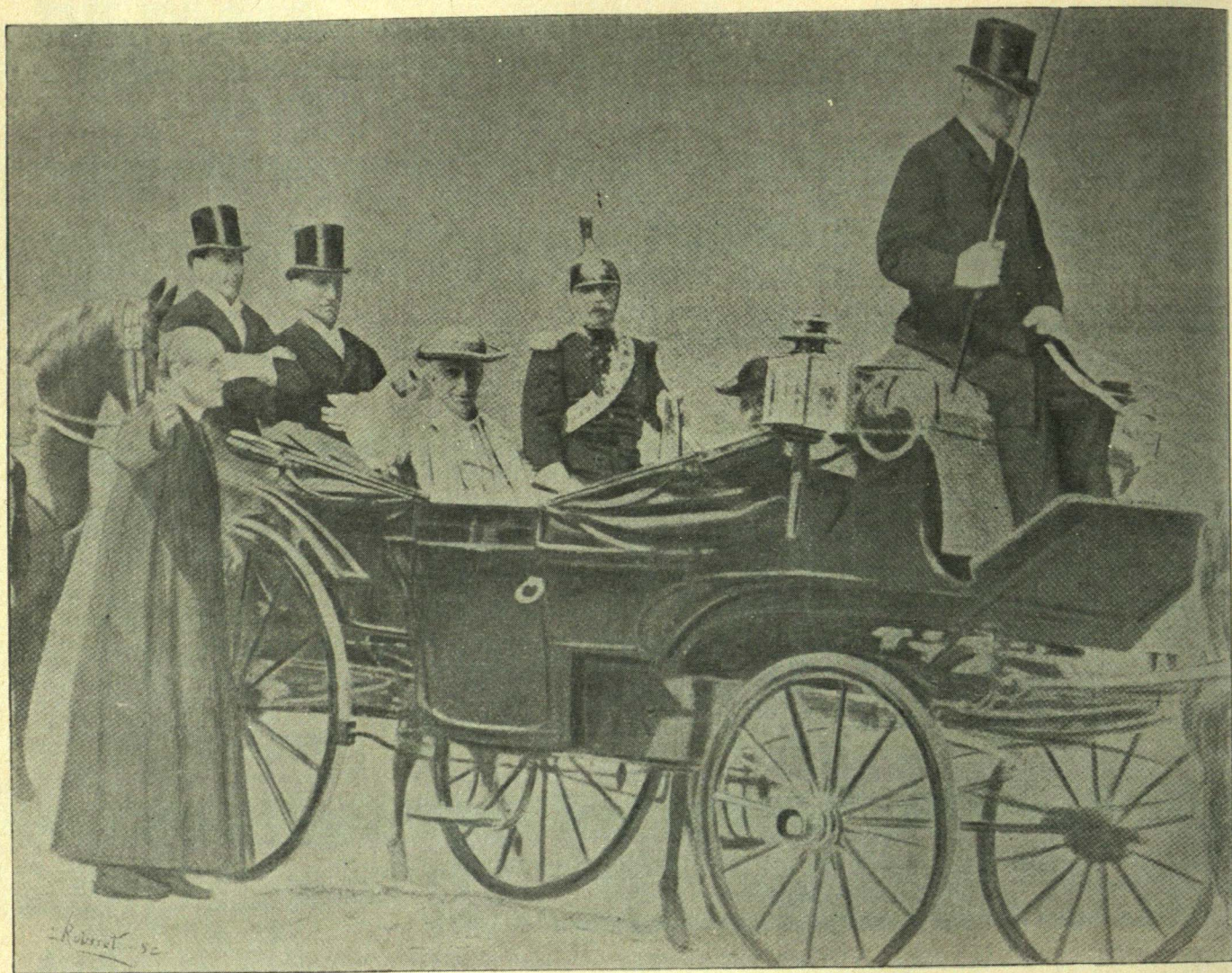
Aquella vigorosa raza tenía tal voluntad de vivir y de hacerse grande Estado, que ni los reveses, ni los desastres, ni los siglos, abatían sus esperanzas, ni disipaban las ilusiones de su patriotismo.

¿No es aquel acaso el pueblo elegido? ¿No guarda las promesas de su Dios? ¿Por ventura no es inquebrantable el trono de David? ¿O se habrá agotado la

sangre de los Macabeos? Mientras más sombrío se va poniendo el horizonte, más luminosa surge la imagen ideal del Mesías. La suerte adversa no reduce el vigor de aquella raza, sino que la exaspera. Al acercarse al abismo en que ha de desaparecer, su fe en el triunfo definitivo se acrece y se exalta. El cuerpo de sus doctores, por medio de una interpretación falsa de las Escrituras y por los varios apocalipsis de los tiempos últimos, especialmente los de Henoch, ha conservado las más funestas aberraciones acerca del porvenir y de la grandeza política de Israel. Ellos materializan las profecías referentes a la era mesiánica y al Enviado de Dios, que debe inaugurarla; obstinanse en no ver dicha era sino como el restablecimiento de su propio reino caído; sueñan con una restauración que les ha de dar el imperio universal, y se fabrican cierto Mesías fantástico, especie de César divino, que extiende sobre el mundo vencido un cetro más glorioso que el de Salomón.

Ciertamente, la fidelidad a la ley religiosa encontraba en semejante error fuerte punto de apoyo, porque, según ellos, tal fidelidad era la condición misma de la realización de sus locas esperanzas.—Dios es verídico, decían los maestros: su palabra no puede engañar ni faltar: "Observa su ley, y él cumplirá sus promesas, que nuestros pecados y

(3) Gen. XII, 3.



SU SANTIDAD LEÓN XIII EN LOS JARDINES DEL VATICANO

nuestras apostasias mantienen en suspenso."

∴

No hay mayor peligro para un pueblo que descuidarse en cuanto dice relación con su destino. El extravío de la conciencia nacional fue para el pueblo judío la primera causa de su ruina. El destino de aquel pueblo con respecto a religión y raza era muy otro del que le tocaba considerado como Estado. No se debe confundir el judaísmo con la nación judía: aquel es una raza y una religión, esta una forma política, un modo de ser variable de la religión y de la raza. Después de cinco mil años, el judaísmo subsiste todavía; pero la nación judía vivió apenas pocos siglos, desde Saúl hasta el cautiverio en Babilonia, del año 1.000, poco más ó menos, hasta el 588. En el destierro, durante setenta años; sometida por dos siglos al yugo de los reyes persas, y siglo y medio a la dominación grecomacedónica, recupera el libre gobierno bajo los príncipes de la familia de los macabeos, pero esta resurrección no dura sino un siglo. Desde el año 63, Pompeyo se apodera de Jerusalem. Siempre circunspectos, los Romanos ponen a Judea un rey idumeo; pero asechan la oportunidad para hacer de ella una simple provincia del Imperio; y a fin de destruir con

mas seguridad cualquier conato de independencia en aquel pueblo refractario a la unidad, en aquella raza, de cerviz dura como barra de hierro, según la enérgica frase de uno de sus profetas (1), derribarán muy pronto, y para siempre, su capital y su templo.

La nacionalidad no es, pues, sino un aspecto relativamente insignificante en los cincuenta siglos de la historia de Israel; el objeto de ella es sólo procurar más firme consistencia a la raza, permitir organización más completa a la religión. Obtenido tal resultado, puede Israel desaparecer como reino; pero aun disperso, vivirá como raza y como Iglesia.

En los demás pueblos de la antigüedad, el Estado y la Religión confundidos viven, se desenvuelven y mueren juntos; cuando la nacionalidad sucumbe, los dioses se van. En el pueblo judío todo es extraño: la nacionalidad puede perecer; que la religión y la raza aun así habrán de acrecentarse; y semejante destrucción, lejos de entabrar el destino providencial de ellas, contribuirá a hacerlo más notorio.

(Concluirá.)

(1) Isaias, XLVIII, 4—Durus es tu, et nervus ferreus cervix tua.

FILOSOFÍAS TRUNCAS

DE esas raras equivocaciones tiene el destino. Aquella dama, nacida para musa ó para novia de poeta, no vivía en las estrofas de alguna gentil canción, vivía, gran señora, en un mundo del cual ella no amaba sino la pompa; y esa dulce desterrada de los poemas, consolaba su ostracismo reuniendo en su torno, músicos, novelistas, poetas, espíritus enamorados de la gloria, almas que deslumbra la verde visión de una hoja de laurel.

Esa noche parloteaban alegremente los invitados, en el saloncito carmesí. Eran hasta cinco personas: la señora, tres escritores y un viajero, recomendado de un amigo distante, y que venía de países muy remotos.

Se hablaba de todo. Se narraron sensaciones de libros y de viajes. Se picó en las ideas, como colibríes en cálices de flores.

La dama presidía. Su gentileza dejaba caer sonrisas, rosas de sus labios; y repartía miradas, besos de luz. Y eran, miradas y sonrisas, lauro lisonjero de aquella como justa.

Los escritores, a las veces, no se en-



EN LOS JARDINES DEL VATICANO. — (De una fotografía instantánea, recibida recientemente por el señor U. A. Moriconi.)

MGR. DE CROY

EL SOBERANO PONTÍFICE

CORONEL CAMILO PECCI
Sobrino del Papa

MGR. DELLA VOLPE
Mayordomo del Vaticano

tendían. Bañados en el resplandor de una estrella, se tropezaban, al buscar, los ojos en el cielo, la misma luz bienhechora.

Se habló de vanidad.

El novelista no negaba la suya.

—Mi vanidad es sonora como un órgano, decía.

El crítico, alma escéptica, se comparaba con Leonardo de Vinci, con Miguel Ángel, con los mas hermosos genios latinos, y concluía porque nada que él hiciese valdria la pena.

El escéptico no se daba cuenta de su verro. En su confesión de humilde había un rayo cegador de vanidad. El no se comparaba con los mediocres, ni siquiera con los buenos; se comparaba con los mejores y negaba la luz de su ingenio porque no ardía como un sol.

El crítico exclamaba:

—Yo desprecio a la multitud. Me preocupa sólo la opinión que de mi tengan algunos cuantos. Si alguno de esos pocos, cuyo concepto me es caro, saliese diciéndome que yo era un imbécil, me entristecería profundamente.

El novelista no compartía esta opinión.

—Si algún escritor notable, rugía, dijese que yo carezco de talento, creería al punto que ese hombre se había vuelto loco. Mi concepto de mí propio no puede cambiarlo nadie. ¿Que no lo merezco? No importa; es mío! ¿Que no es una virtud la vanidad? ¡Mejor! El

valor de las propias virtudes no es un mérito; lo es el valor de los defectos. Y ese lo tengo yo.

El viajero se figuró que no debía tomar aquello al pie de la letra; y para no darla de candido, dijo, creyendo hacer una frase galante:

—No se calumnie, señor.

Los otros se rieron con los ojos. Bastante se conocían para saber hasta dónde era sincero lo expresado.

La señora callaba. Terció amablemente a fin de dar la razón a su nuevo amigo el viajero; pero se la quitaba, a los ojos de los demás, con una sonrisa.

El viajero, después de todo, concluyó por comprender que mas debía oír que hablar. El poeta también callaba.

En punto a vanidad no arrojaba de sí el calor de llamas del uno, ni el falso halito de tumba del otro. Y pensaba:

—Esos dos desdeñosos me han hecho el tributo de su alabanza. Ese novelador, ese Hércules, me ha tendido la mano; y cuanto al crítico, todo su escepticismo a un lado, se ha puesto a gritarme: arriba! sube! E interiormente y silencioso él también alzaba un himno a la vanidad.

Para ambos tenía el poeta admiración y aun ternura. Fraternizado con esas inteligencias por el paralelismo de ideales, y admirador de esos ingenios brillantes, él, confundiendo al escritor con el hombre, envolvía, en cada uno, al do-

ble ser con el mismo manto de aprecio. Grande error! Puede apreciarse mucho la inteligencia del mismo a quien se abomine como ente social. Por fortuna esto no ocurría allí, entre personas calificadas; pero es bueno, de todas suertes, hacer el desdoble del escritor y el hombre.

La conversación fue a parar a la crítica.

El poeta, en ese punto, estaba de acuerdo con el novelista, y en contra del hombre atacado en su profesión. El novelador no aceptaba crítica, por lo menos de sus amigos. Su amigo no tenía derecho de decirle verdades desagradables. Y si quería tenerlo lo compraba al precio de la amistad.

El hombre de profesión decía:

—Y el arte! Y el noble amor de la verdad! La verdad esta por cima de todo sentimiento. Y el arte por cima de todos los amigos.

El poeta confesaba ingenuamente:

—Me escoce la piel la crítica, sobre todo esa juiciosa, sabia, amante del término medio, que no se entusiasma sin razonar, y desmenuza y profana.

El crítico se defendía, argumentando. Dialéctico, de suyo poderoso, sin grande esfuerzo probó la necesidad del análisis, así sea ó no literario.

El novelista y el poeta, apandillados, no respondían de exprofeso sino con chistes y epigramas. Este compadrazgo

burlador desazonaba un poco al escéptico.

—Los críticos, como los cuervos, decía el novelador, se alimentan de detritus.

Y el poeta:

—El crítico es al poeta lo que el beso al gusano: el beso genera; el gusano devora.

Y, volviéndose á la dama, que reía con una risa de complacencia, bajo el abanico de marfil y plumas, la interrogó:

—¿A quién prefiere usted, señora, á los poetas ó á los críticos?

Ella repuso:

—Usted sabe que mi afecto es para los músicos y para los poetas. Cuando oigo una romanza ó una canción vibra todo mi sér; si es triste me entristece, si es viváz me alegra, esa canción ó esa romanza. En pocas palabras: yo siento el arte sin ponerme á razonarlo; siento como una mujer, entregándome á una voluptuosidad dulce, á una languidez de ensueño, que no quiero analizar. Ahora, mi querido poeta, le diré que me inspiran mucha admiración esas naturalezas pacientes é investigadoras, que educan en uno el sentimiento, y lo dirigen; que nos revelan hasta los más tenues matices de sensaciones; que nos enseñan cuanto vibra en nuestro sér; y nos descubren lo más íntimo, lo más recóndito de nuestra alma; y nos enriquecen, generosamente, con el tesoro de nuestra propia mina. Ya ve usted cómo, señor poeta, puedo amar á los trovadores y á los músicos, sin querer mal á los críticos, más, amándolos, si bien con otro amor.

—Señora, dijo el escéptico, usted me hace creer en los ángeles.

El viajero creyó de su deber seguir la galantería religiosa, y agregó:

—Habla usted como un serafín.

—Un serafín, murmuró ella sonreída, debe de hablar muy amablemente. Súpongase usted que es paje, ó cosa así, en una gran corte, en la mejor de las cortes, en la Corte celestial.

—Pero señora, interrumpió el novelista, no necesitarán los serafines desplegar toda su elocuencia con los bienaventurados. Recuerde usted cómo nuestra Santa Madre Iglesia ha dicho: bienaventurados los pobres de espíritu.

La conversación fue rodando hasta caer en la tumba, es decir, en la muerte. Se habló de las distintas maneras de morir. El escéptico se conformaba con una muerte dulce, tranquila. El poeta quería morir gloriosamente.

Se trajo á cuenta el suicidio. El viajero contó cómo, en algunos pueblos, castigaban los conatos de suicidio. Y refirió dos ó tres suicidios raros. Al novelista le retozaba el deseo de dar al viajero la noticia de un pueblo en donde ahorcan á los suicidas.

Los escritores, los tres, eran partidarios de la muerte voluntaria. Pero partidarios de distinto modo. El escéptico, aun con serlo, no encontraba mala del todo la vida. El sabía de dulzuras; pero afirmó que era llegada la hora cuando el hombre se imposibilitaba de llenar esta función: amar.

El novelista, concretándose siempre á sí propio, no deseaba aún la muerte. Quería vivir para su gloria, y para desesperación de sus enemigos. Cuanto al poeta, creía que mientras más grande es

un hombre menos digno es el mundo de ese hombre. Y si la grandeza de alguno consiste, antes de todo, en ser un delicado sensitivo, ese hombre debe vivir, seguro de que la ruindad humana, las asperezas del camino, lo herirán más profundamente.

—Yo estoy en este caso, prosiguió; sólo una cosa me sostiene: la esperanza en mi obra, la fe en que mi planta prenda y mi huella sea fecunda. Yo me hubiera muerto, si no. La vida es tan mía como mi casaca. Yo la uso hasta que me canse. Que soy joven, que está flamante, dirán algunos. Sí, pero está afeada por una mancha de tristeza prematura. ¿Será un pretexto de mi cobardía darle un objeto á mi vida? No lo sé. De todas suertes ese pretexto no durará mucho tiempo, porque mi mayor infamia no será la de envejecer.

El novelista aprobaba. La señora sonreía tras el plumaje del abanico. El abanico era el escudo de su prudencia, cuando no quería opinar. El extranjero, para sí propio, empezaba á decir desfavorablemente de aquella señora, complacida en la sociedad de unos locos grotescos. El escéptico se puso en pie á las últimas palabras del poeta.

—¡Ojalá, le dijo, caminando hacia el joven, ojalá conserve usted su entusiasmo! ojalá no pierda la fe en sí mismo!

Y prosiguió, con una mirada mitad triste, mitad maligna:

—Hace años, siendo yo bastante joven, conocí á un hombre del cual se decía que era muy talentoso. Este hombre ancho, robusto, con una garganta por la cual se habían deslizado muchos vasos de cerveza, se reía regocijadamente. Y ese hombre produjo en mí, entonces, un pesar, un gran dolor. Ese dolor fue como el primer redoble de una marcha fúnebre. El hombre inteligente, el hombre sano, dijo, delante de mis primavera en flor.

—A los veinticinco años yo me creía un genio. Así pasa generalmente á todos los jóvenes.

El poeta también se puso en pie, de súbito. Se encaró con su amigo. El dardo sutil del escéptico, la venganza del crítico, lo hería dolorosamente.

—Ese hombre, dijo, el hombre que usted cita, fue una mediocridad. ¿Probó nunca lo contrario? Las primavera de usted se deslumbraron con una luz de candelil. Negar el entusiasmo, el ideal, es una estupidez burguesa. El entusiasmo es resorte de almas y caracteres. La fe salva. Un alma sin ideal es un yermo: no florecerá nunca. Yo sí siento en mi corazón la chispa sagrada: con sólo esa chispa podría prender fuego á todo su escepticismo.

El poeta se exaltaba. El otro quiso sosegarlo, temeroso de que una mala interpretación, produjera en el joven un estallido.

Pero, el joven no lo escuchaba; y prosiguió diciendo:

—Cuanto á mí, espero triunfar. Tengo compromiso con la victoria. Algo me dice en lo interior que yo no nací para ser de la manada. Yo no sería fiel á mi raza, si no alimentara mi ambición.

La dama tomó cartas en el asunto. Ella era el iris de paz. La alianza la trajo su sonrisa y su palabra.

El crítico se comprendía vengado, en

parte, de los epigramas de sus compañeros.

Ya era muy entrada la noche. Con los últimos fuegos del combate sobrevino la dispersión, y pronto no quedaba en el saloncito carmesí, otra persona sino la dama, nostálgica de un poco de música, y con los oídos llenos de las disenciones de sus visitantes.

Aquella noche el extranjero, el viajador que venía de pueblos muy remotos, pensaba cómo hombres de talento se habían puesto, á los ojos de él, en pleno ridículo. Y al salir de la casa sentía la misma desagradable impresión que le produjo, tiempo atrás, una visita á un manicomio.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

New York: marzo de 1899.

CRONICAS LIGERAS

DIPUTADOS

Los tenemos para todos los gustos, hechos á la medida y baratos.

A primera vista parece esto un aviso de sastrería.

No lo niego.

Pero ya iremos poniendo las cosas en claro.

Los hay para todos los gustos porque cada uno de ellos se despacha á su manera cuando abre el pico para interpretar á sus comitentes en el seno de la Cámara, y cada uno tiene su público; y son hechos á la medida, ó lo parecen, porque no se ha dado el caso de que "se salgan de madre" durante el curso de las sesiones. Lo de "baratos," tratándose de Representantes del pueblo, no quiere decir sino que los más son de por aquí cerca, y por consiguiente el "viático," que es como si dijéramos el "flete" de cada Diputado, nos sale por casi nada.

Es verdad que algunos vienen de tan lejos que su traslación á la capital nos cuesta un ojo de la cara.

Pero (¡ bendita ley de la compensación!) hay Diputados que no vienen de ninguna parte, ni conocen "personalmente" la Entidad Federal que representan.

—¡ Sí, señores! decía en cierta ocasión un Diputado por "Los Andes." ¡ Sí, señores! De los pueblos que componen el Estado que tengo la honra de representar el más infortunado ha sido Güigüe.....

—¿ Qué está usted diciendo? interrumpió el Presidente.

—¡ Ah, señor Presidente, ah! El amor á mis representados; el cumplimiento de mis patrióticos deberes, que está por sobre toda otra consideración, me obliga.....

—¡ Chico, chico! le dijo en voz baja un colega que tenía al lado.

—¿ Qué es, hombre?

—Que estás desacreditando la "agrupación." Siéntate.

El Presidente (aprovechando la pausa).—Observa la Presidencia que al honorable Diputado por Los Andes se le ha empastelado la geografía de Venezuela, debido sin duda al calor de la improvisación.

—Apoyo, dijo el aludido.

De todo hay en la Representación Nacional, muy señora nuestra. Y hasta suelen venir Diputados que tienen su fe de



Playa de Carúpano

bautismo en la Entidad que nos los remite.

A éstos se les conoce á leguas, entre otras cosas, por el traje, ó más propiamente dicho, por el envoltorio.

Del tren que los conduce á la capital pasan á los brazos de los dueños de Hotel, que los esperan en la estación para disputárselos, y darles alojamiento, buena comida, servicio esmerado, atenciones y mimos; todo á precios sumamente módicos. (Salvo que el Representante venga consignado á una casa determinada).

—¿Su maleta? pregunta el diligente hotelero.

—Petaca es lo que traigo, y una co-bija.

—Entrégume todo eso, y descúidese. De ahí á un coche que los conduce á la puerta del Hotel.

Ya tenemos al padre de la patria cómodamente alojado. Ya el primer barbero que se halló á mano le ha limpiado el rostro y desbrozado toda la parte de arriba: "barba," "corte," "fricción," etc.

Todos, barbero, sastre y sombrerero han cumplido su cometido á satisfacción, menos el zapatero, que le ha vendido "unos demonios," como dice el mismo Diputado.

A su cuarto han acudido muchos visitantes: los conterraneos, sabedores de su llegada, han ido á saludarlo, y á tomar lenguas de la localidad, siempre con afecto recordada, y todo lo demás que de tomar fuese; un periodista que quería conocerlo y presentarle sus respetos; y varios dueños de "garitos" que le hablaron en voz baja, y de cuyas palabras sólo se pudo pesca una que otra:

—Conque, ya sabe usted donde es la casa.

—Sí, sí.

—Le repito que allá no van sino buenos "tercios".....Mucho orden.....¿*dao*?.....Ah, descuide usted.....Hasta la vista.

—Conque, vamos á ver, dice uno de los conterraneos. Vamos a ver si ahora sacamos la canalización del río.

—Yo pienso meterle duro á eso, contesta el legislador.

Y la verdad es que él viene lleno de los mejores deseos respecto á sus comitentes, y abunda en propósitos que, de realizarse, llevarían la localidad al colmo del engrandecimiento.

Entre otros la composición del camino que conduce á la hacienda del General que lo sacó Diputado; algo para la Iglesia de su pueblo; pago de algunas reses que se le traspapelaron en la última guerra, etc., etc.

El todo está en que se presente la oportunidad de fijar la atención de la Cámara en tales asuntos.

Porque, lo ha dicho ya, y tiene razón, un Diputado resentido:—"Estos leguleyos no dejan meter la cuchara á nadie. Nos tienen trabajados con tanto discurso, y tanta literatura, y tanta embustería; y no sabe uno qué es lo que apoya, ni por qué, ni si dejando de apoyar se cae de la burra. ¿Y tóo pa qué? Pá lucirse ellos, y coger lo que echorree de arriba sin darnos ni las raspaduras."

Dios supo lo que hizo cuando negó el verbo Ciceroniano á este Legislador del interior.

JABINO.

LA SANTA POESIA

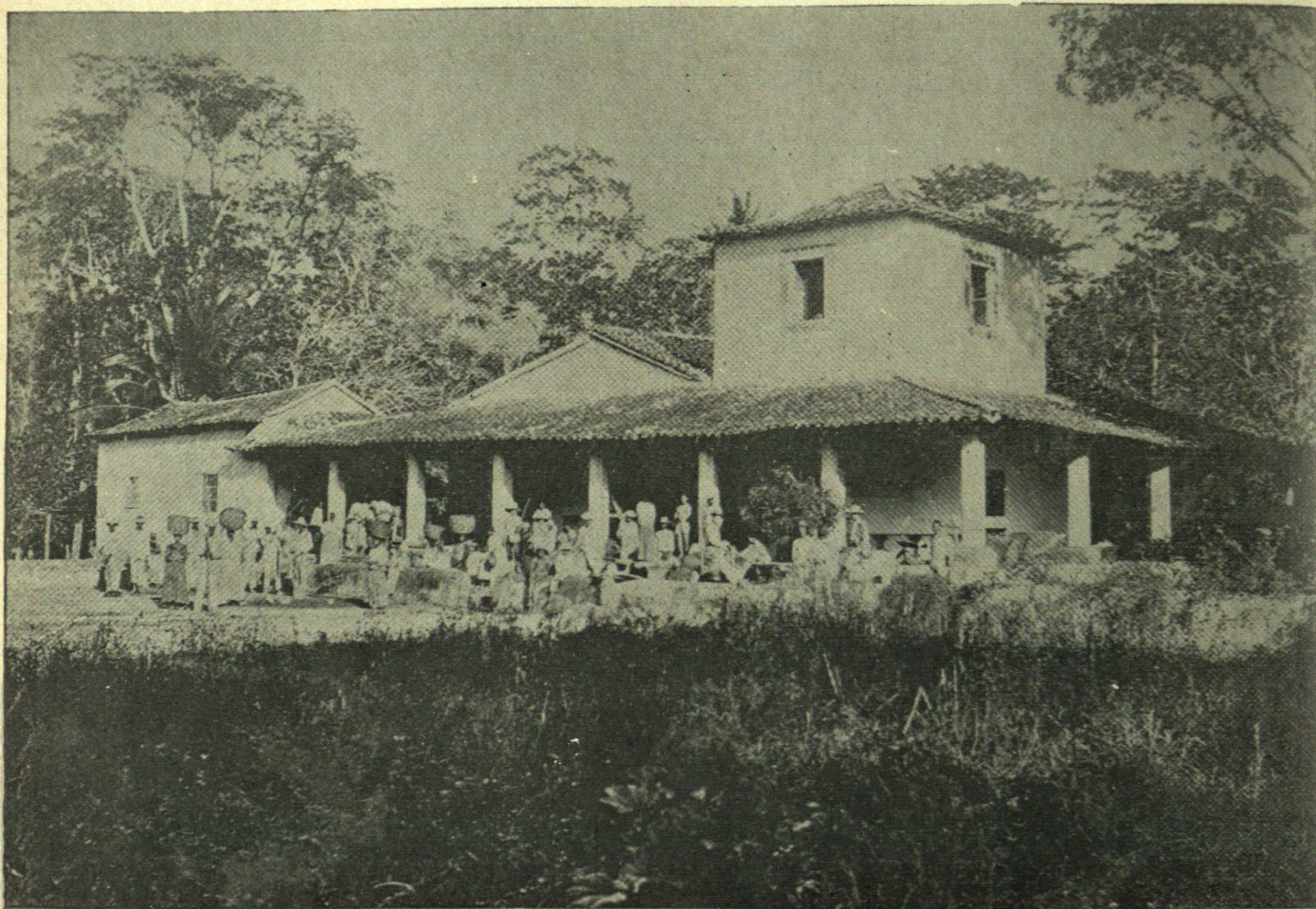


ELABA aguardando impaciente el regreso de su marido, del gran poeta que sabia decir cosas tan bellas y anudar palabras tan bonitas con el doble lazo del ritmo y de la rima.

¡Lástima grande que la poesia produzca tan poco, y lástima, aún mayor, que los poetas se juzguen todos mayorazgos de un banquero fantástico, cuya pingüe herencia disfrutaran mañana, pudiendo, mientras tanto, derrochar en futilidades y caprichos los pocos duros que lleguen á sus manos sublimes, como rendimiento con la lira ó como limosna del Mece-nas!

¡Qué bonitos son los versos! ¡Pero qué desesperado es verlos convertirse en prosa, cuando el casero apremia, cuando la doméstica mal pagada amenaza, cuando el proveedor insiste en sus facturas, cuando el hambre y la desnudez se enlaza como consonantes del pareado de la miseria, de ese pareado que arrugó la frente marmórea del Dante!

Solicitado el gran poeta por la admiración de los poderosos, asistía á sus fiestas y banquetes vistiendo con frac correctísimo (que descansaba alguna vez en las casas de préstamos), con la lira debajo del brazo, la sonrisa del triunfador en la boca y el relampagueo del vidente en los ojos. Mientras tanto, la pobre mujer esperaba en el humildísimo lugar al hijo de los dioses, que se había dignado ser esposo suyo.



HACIENDA "MONASTERIOS" — Ocumare de la Costa. — (Propiedad de la señora Mercedes Benítez de Pérez)

trabajando prosaicamente en obra de costura, soñando que un golpe de la suerte (¡no creía ya en los versos!) derramaba sobre ellos un bienestar tranquilo, poca cosa, el pan seguro, el hogar cierto, el vestido decente, lo que tienen en este mundo muchísimas personas que llaman coplas á los versos, y dicen de éstos, por todo aplauso, ¡qué bien pegan!

Y en tanto que soñaba con esa modesta medianía, ni siquiera dorada, como la que apetecía el poeta latino, colega de su esposo, escuchaba un rumor pertinaz, como especie de zumbido, á veces ronco, y otras estridente, que sonaba sobre su cabeza.

Y era que en la buhardilla de encima (el hijo de las musas habitaba un piso tercero con honores de cuarto) vivía un buen hombre, de oficio tornero, casado, con tres hijos y madre anciana y paralítica, el cual, para sostener los gastos de toda esa familia, se llevaba obra del taller á su casa, y trabajaba en ésta, velando gran parte de la noche.

La musa espantadiza del gran poeta sentía verdadero horror hacia el torno del honrado y trabajador obrero. ¡Cuántas y cuán sublimes imprecaciones le había dirigido alzando la diestra, en la cual blandía un lirio simbólico! Pero el torno continuaba zumbando y el hierro mordiendo á la madera....

Y al vate de imaginación de fuego que escamoteaba entre hermosas imágenes las ideas, no se le ocurrió nunca que era el trabajo de su vecino muy semejante al

suyo: labrar, tornear, pulir bastos troncos ó sentimientos vulgares, haciéndolos girar y acercándose con un acero hasta su mismo corazón á fuerza de arrancarles, mientras giran, corteza y madera bruta, convertidas en gentilísimos rizos.

Virutas, que decimos los seres prosaicos.

El día ó la noche de mi cuento había ido el poeta á comer al palacio de la condesa de Olenia, una excelente señora que no podía digerir sin versos. Para ella el poeta era una continuación del cocinero. ¡Adoraba á los literatos de sobre mesa y á los cangrejos á todas horas!

La jornada había sido terrible en el modesto hogar del vate. La portera subió á reclamar los dos meses atrasados en el pago del inquilinato; la criada se despidió de sopetón, sin dar explicaciones, pero prometiendo volver con el juez para que se le abonase la soldada. ¡Un verdadero horror!

Y mientras el hijo de los dioses, renegando de una imperceptible mancha de la pechera, se vestía el frac, para asistir al banquete de la de Olenia, su pobre mujer le suplicaba que se procurase algunos recursos para atender á los más imprescindibles gastos del día siguiente.

—Sí, hijita mía—le dijo el poeta—descuida, antes de ir á casa de Olenia me pasaré por la librería ó veré algún amigo ó editor.... En fin, yo te traeré algo.

Por eso le esperaba la infeliz con tanta impaciencia soñando dichas modestas pero seguras, y oyendo sonar sobre su cabeza el continuo zumbido del torno.

Al fin presintió ruido de pasos en la escalera; avalanzóse á la puerta, abriéndola rápidamente y dijo ansiosa:—¿Eres tú.

—Sí, yo soy, hijita mía. ¡Qué sorpresa la tuya cuando veas lo que te traigo! y el poeta mostraba un voluminoso paquete que sostenía como cosa santa con ambas manos.

Entraron en el despacho del vate, depositó éste su tesoro sobre la mesa de las inspiraciones, y arrancando con gran cuidado los papeles de la envoltura, mostró á los voraces ojos de su esposa un hermoso ramo de camelias blancas y rojas.

—¿Era eso?—suspiró la infeliz; y el poeta, con ademán de triunfador, exclamó: ¡Son las primeras que han nacido en la *serre* de Olenia! La condesa las ha arrancado para mí diciendo: ¡Al primero de los poetas, mis primeras flores! ¿No es verdad, hijita mía, que es muy hermoso todo esto?

—¡Muy hermoso!—murmuró la pobre cilla.—Pero.... ¿nada más?

—Sí, hay algo más. El marqués de Alolba me ha invitado para mañana. Habrá gran recepción después de la comida, y deseo recitar una poesía nueva. Me pondré á escribirla ahora mismo. Trae un vaso de agua para colocar en él las flores. Las dejaremos sobre esta mesa, y ellas me inspirarán.

Obediente la esposa, trajo un jarronei-



PLAZA DE BARCELONA

llo lleno de agua. Pusieron en él el ramo, sentóse el poeta, contempló las flores, cogió la pluma y trazó las primeras palabras de un verso.

Su esposa, para no distraerle, retiróse á una habitación inmediata, preguntándose entristecida: “¿Y mañana? ¿Y mañana?”

Desde el fondo obscuro de la habitación en que se había amparado en su tristeza veía trabajar al hijo de los dioses.

¡Qué cara tan estúpida pone el genio cuando le falta un consonante!

—De pronto el poeta dio un manotazo, y dijo:

—¡Es imposible trabajar oyendo ese maldito ruido del torno! ¡Oh, la santa poesía!

Y alzó los puños al cielo.

Su mujer escondió la cabeza entre las manos, y pensando tal vez que aquel prosaico torno, terror de las musas, maldecido por el genio, procuraba á toda una familia, no ramos de camelias, sino pan, hogar, tranquilidad y contento, dejó correr sus lágrimas, repitiendo amargamente:

—¡La santa poesía!

¡Si, santa poesía la de su humilde y resignado llanto!

JOSÉ DE ROURE.

LA CRÍTICA Y LOS GÉNEROS DIDÁCTICOS



N el concepto vulgar es frecuente que la noción de literatura no alcance más allá de los géneros poéticos. Una comedia, una novela, una composición en verso: eso y no más, es para muchos obra literaria, estimándose ser el deleite ó entretenimiento de los lectores el único ministerio y fin de las Letras. Con este concepto de la literatura se relaciona acaso la poca estimación que el oficio de literato suele alcanzar entre las gentes atentas á la utilidad inmediata de las profesiones, gentes para las cuales el escritor viene á ser como la cigarra, que lanza al viento las notas vibrantes de su canto, mientras las laboriosas hormigas buscan y acarrean el grano.

Aunque en un cierto sentido estricto puede decirse que la literatura sólo abarca las concepciones artísticas, cuyo medio de expresión es el lenguaje, tan difícil es señalar fronteras, tan expuesto á error hacer exclusiones, cuando el rasgo artístico puede presentarse donde quiera, como flor campestre, aunque no se haya buscado deliberadamente la expresión de la belleza, que, en realidad, no tiene la esfera de la literatura otros límites que los del lenguaje. Ese fue también su sentido etimológico referido al lenguaje escrito, á las letras, y to-

avía esa significación primitiva tiene su sentido profundo. En algún modo, literatura es lo escrito, lo que se escribe ó es digno de escribirse, lo cual no excluye á la oratoria, aunque sea ésta hablada; porque, ¿qué discurso, sermón ó arenga de algún valor habrá que no alcance la consagración de la escritura, ya que no digamos la perpetuidad, puesto que hay hoy tan abundantes géneros de escritos, como son los que en los periódicos aparecen, que suelen alcanzar duración poco mayor que la del eco de las palabras? Hasta las mismas sales de la conversación constituyen hoy el modelo de un género escrito, extendiéndose cada día más en Francia, por ejemplo, la forma semidramática seminovelesca de diálogos familiares, sin otro complemento narrativo que una breve indicación de los personajes y del lugar de la escena, como la acotación de las comedias. *Gyp*, *Lavedan*, *Donnay*, etc., son cultivadores bien conocidos de esta forma literaria.

Sin necesidad de meditar sobre el contenido y extensión del concepto de literatura, sabe todo aquel que ha hojeado algún manual de Retórica que en las Letras se comprenden, además de los poéticos, otros géneros á los cuales no puede negarse el título de literarios. Mas aquel primer concepto vulgar que señalamos, no es completamente arbitrario ni carece de explicación. Al concretar la noción de lo literario á los géneros poéticos, adivina ó comprende el sentido popular (el sentido común podría decirse, á no haberse alterado la significación propia de esta frase), que son *los más literarios*, los únicos en que las artes de las palabras aparecen persiguiendo como fin único

la belleza. Los otros, en realidad, son géneros mixtos: el fin artístico no es su único fin; y si por un lado pertenecen á la literatura como obras de lenguaje, por otro corresponden á distintas actividades del espíritu y á otros fines humanos. Así la historia ó la filosofía pueden llegar sin duda á las mayores sublimidades de la belleza literaria, é igualar en este respecto al mejor drama ó á la mejor novela; mas siempre contienen y expresan algo que no es del dominio de la estética y que tiene valor é importancia por sí solo. No se satisfacen con lo bello de la expresión, sino que aspiran y tienden á otros efectos.

También la crítica de las Letras suele, por el mismo motivo dicho, poner su atención con preferencia en las producciones de los géneros poéticos. Los otros no son, sin embargo, menos dignos de atención. Ciertamente, la novela ó el drama que llegan á la altura de las acabadas creaciones artísticas que perduran en la memoria de las gentes y ocupan un lugar en la historia literaria, no ceden á ninguna otra de las obras del ingenio humano. Mas estas obras maestras son raras, pues no se dan genios á granel. Por otra parte, lo genial cabe también en los géneros literarios que pueden llamarse útiles ó mixtos, singularmente en aquellos cuyos objetos son naturalmente elevados, como la historia, ó por ejemplo. Y á medida que descendemos desde la cumbre de las creaciones privilegiadas que pueden prometerse la admiración de la posteridad, al nivel común y corriente de las Letras, parece que la ventaja se va declarando á favor de esos géneros útiles que, extendiendo el alcance de una denominación conocida, podrían llamarse Didáctica (en oposición á Poesía). Una novela ó una comedia que, sin ser portentosas, puedan calificarse de buenas, no llevan ventaja á un tratado didáctico, bueno también. Y si bajamos la comparación al nivel de lo mediano, la última clase de obras se sobrepone ya resueltamente. Al menos representan una utilidad, enseñan algo, mientras que la mediocridad en lo puramente artístico no significa más que trabajo perdido. El Arte tiene algo de superfluo, que exige refinamientos de perfección para ser valioso.

Si la crítica pudiese ejercer una influencia directiva sobre la producción literaria, sirviéndola de mentor y señalándola derroteros, podría proponerse una cierta política ó línea de conducta *proteccionista* que consistiera en fomentar los géneros que apareciesen descuidados y en estimular el cultivo de todas las formas hasta llegar á la plenitud del desarrollo armónico. Esta influencia es, sin duda, ilusoria, y acaso de ser posible no fuera provechosa y condujese tan sólo á producir enfermedades flores de estufa; mas el terreno de la hipótesis, en que casi no hay imposibles ni barreras, se concibe á esa crítica *ideal*, volviendo por los fueros de la sustantividad del arte y del valor *en sí* de las producciones poéticas, allí donde se quiera subordinar el fin estético á otros fines, exigiendo á la literatura que moralice, que enseñe, etc. Y al contrario, allí donde un huero *esteticismo*, producto de vanidad y de libertinaje intelectual no viese en la vida ni en el espíritu más que apariencias estéticas, *gestos bellos*, aquella crítica alzaría sin duda la voz para recordar que la belleza, con ser excelencia tan preciada, no es el único bien ni vale más que la virtud y la verdad, y que el escritor que persigue el deleite estético no puede pretender primado sobre los que tratan de adoc-trinar ó de instruir, ni debe mirarlos de alto á bajo, proclamándose el único intelectual, como si el ingenio humano no tuviese otro empleo que la expresión de la belleza y fuesen subalternas é inferiores las demás manifestaciones de la inteligencia.

Esa crítica *ideal*, no imposible, pero ineficaz, de seguro, debería, particularmente en pueblos atrasados, ponerse al servicio de toda obra de civilización y de cultura, *proteger* todo libro que ilustrase al público sobre los asuntos que

le interesan y que con frecuencia ignora ó comprende mal; pensar más en los que leen y á leer se limitan, que en el círculo de los *profesionales* que escriben y se leen y juzgan unos á otros, como si no existiera más humanidad que la suya ó hubiese sólo fuera de ellos una humanidad inferior; achaque de soberbio exclusivismo, tan dañoso como el extremo contrario de la vulgar sumisión á los gustos y caprichos del vulgo.

Dicho se está, con lo anterior, que esa crítica fantástica consagraría, por tanto, gran atención á los géneros útiles que podemos comprender bajo la denominación de Didáctica. Y lo haría por dos razones: primera, porque la inspiración artística es tan espontánea, que no hay manera eficaz de fomentarla, ni se ha descubierto método alguno experimental de empollar genios, ni la influencia del medio crea Cervantes ni Shakespeares. Y segunda, porque siendo el goce de la belleza deleite accesible á pocos, son de mayor utilidad común que las obras puramente estéticas aquellas que ilustran ó adoctrinan de algún modo al lector.

Mas ya se advierte al principio que es temerario atribuir tal autoridad é influencia á la crítica. Este género, más que á nuevos y altos destinos, parece llamado á padecer no lejana decadencia. Siempre habrá crítica, porque siempre juzgarán los hombres de las obras literarias, como de las demás cosas accesibles al conocimiento; pero á medida que la cultura vaya difundándose más, cada cual necesitará menos y hará menor caso de los juicios ajenos, puesto que hallará mayor luz y alcance en el propio. Como todas las autoridades en tiempos democráticos, decae y decaerá más aún la autoridad crítica. Como magisterio, como tribunal de las Letras, como institución docente, la crítica está ya en plena decadencia. Como una de las variedades de la *crónica* (en el sentido francés) interesa y deleita cuando está escrita con ingenio: pero sus juicios importan menos que sus discretos y amenidades. En un porvenir próximo, que acaso está ya empezando, la bibliografía, entendida en un amplio sentido, la descripción de los libros, ganará la batalla á la crítica. A la generalidad del público le importará más saber qué contiene un libro, que lo que opina de él un crítico.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

EN UN ÁLBUM

A bordo del "Mélida"

Porque es la grata, dulce cantora
De las riberas del lago azul,
La que me dice que escuchar quiere
Las pobres notas de mi laúd,

Mientras la nave me va alejando
De tantos seres que adoro yo,
Y desde lejos aun se divisan
Blancos pañuelos diciendo adiós,

De mi modesta lira insonora
Las tristes cuerdas pulsando iré
Para que todas sus armonías
A mis pesares consuelo den.

Raro contraste! Sollozo y canto;
De amarga pena sufro el rigor,
Y al mismo tiempo de dicha colma
Una esperanza mi corazón.

Y es que si dejo triste, abatida,
Mi dulce, amable, paterno hogar,
Como avejilla vuelo buscando
Mi compañero que ausente está.

Conmigo llevo todo el tesoro
Que á mis amores el cielo dio;
Prendas queridas! mis tiernos hijos
Que vida y todo de mi alma son.

Por tí, que cantas como la alondra
Cuando ve el alba ya despuntar,
A quien coronas teje la Fama
De inmarcesible lauro inmortal,

Interpretando mis sentimientos
Tan sólo al cielo podré pedir,

Que nunca empañe tu sol de gloria,
Que haga tu vida siempre feliz.

Y que estas trovas que han inspirado
Mi amor, las ondas, el cielo y tú,
Mientras la nave me separaba
De las riberas del lago azul,

En este libro que las memorias
De tus afectos ha de guardar,
Queden grabadas como tributo
Noble y sincero de mi amistad.

MARÍA DE BETANCOURT FIGUEROA.

1899.

RIMA AMOROSA

Nuestros labios, unidos como las rimas
que se buscan y encajan unas con otras,
se han juntado en un beso, y han esculpido
del amor la encendida sonora estrofa.

Nuestras manos, cruzadas como las rimas,
han mezclado sus dedos como las rosas,
y han compuesto en instantes de afán sublime
del amor la apretada sentida estrofa.

Nuestros ojos, unidos como las rimas,
han mezclado las almas con ansia loca,
y han escrito con luces de las miradas
del amor la impalpable divina estrofa.

Si somos dos estrofas de iguales rimas,
¿por qué no unir, amantes, nuestras dos formas,
y hacer de dos estancias sólo un poema,
calcando verso á verso las dos estrofas?

SALVADOR RUEDA.

MÉLIDA

—Adorada! dijo la condesa Cristina. Estoy
segura de haberlo sido una vez en mi vida.
No por vosotros, caballeros; aunque varias veces
me lo habéis repetido, pero bien sé que es
una manera de hablar.

Siendo muy niña, fui adorada por una niña
de mi edad, la más miserable, la más
pálida, la más sucia que pueda imaginarse.
Se llamaba Mélida.

Sí, adorada; y os ruego déis á esta palabra
todo su valor. No hay otra para expresar el
sentimiento que yo inspiraba á Mélida. Ahora
comprendo que yo era su único pensamiento,
su único goce en el mundo, su sola razón
de vivir; que nada existía para ella fuera de
mí, que ella era realmente una cosa mía, que
me pertenecía en absoluto.

¿En dónde pasó ello? Muy lejos, en la
antigua casa de provincia en donde nací. Una
calle desierta y clara, de pavimento áspero,
orillada de fachadas grises. Una gran casa sonora,
de entabladuras y ventanas altas, con
un vasto jardín atravesado en toda su longitud
por una glorieta tapizada de viñas, en
donde hacía sombra y fresco como en una iglesia
y que daba cada año tres ó cuatro toneles
de vino blanco. A ambos lados de la glorieta,
grandes cuadrados de árboles frutales,
muy viejos. Al extremo del jardín había una
puerta de madera con claraboya, la cual daba
al campo.

La humilde imagen de Mélida está ligada
para mí á aquel rincón de tierra, de una paz
profunda y casi solemne.

Cuantas veces pienso en Mélida, vuelvo á
ver una niña de diez á doce años, fea, muy
alta, muy flaca, acibillada de pecas, los ojos
lucientes á través de los desgredados cabellos,
metidos los pies en borceguíes de elásticas,
destaconados y rotos, cubierta de harapos descoloridos,
ceñida por un corpiño abotonado de
través. En suma, un verdadero guñapo. Lo
que tenía mejor era una gran boca, con dientes
de cachorro, los que mostraba de continuo,—á mí,
á lo menos, pues no podía mirarme sin reír de beatitud.

Parece que yo era muy bonita, sobre todo,
muy blanca, muy delicada, de largos ca-



LA FARANDULA. — Cuadro de E. L. Garrido

bellos color de castaña de Indias. Mi hermano, mayor que yo y muy burlón, los llamaba «cabellos de zanahoria», para hacerme rabiar. O bien, los comparaba á las crines del *Prít-Blond* (un trotoncillo rojizo, fuerte y testarudo, un compañero de infancia, que nos paseaba en primavera y que visiblemente se complacía en sacudirnos todo lo posible dentro de la carretela). En fin, cualquiera que fuese el color, eran cabellos que le gustaban mucho á mi padre, quien los cuidaba esmeradamente. Ojos de un verde singular, y en toda mi persona algo de enfermizo y de exaltado.

Refiero lo que se me ha dicho.

Es evidente que al menos para Mélida yo pertenecía á un mundo superior, al mismo mundo á que pertenecen los ángeles que veía en las vidrieras de la iglesia.

II

¿Cómo había conocido á Mélida? No lo sé. Sus padres eran pobre gente de la vecindad. Lo cierto es que no se ocupaban para nada de su hija y que me había acostumbrado á verla cada momento, por donde quiera que iba. Era como mi sombra.

No dudo que mi padre trató al principio de alejar de mi lado aquella gitanilla; porque, ciertamente no era compañía para una niña rica como yo. Creo que al fin fue vencido por la perseverancia de Mélida, por su agilidad de culebra para deslizarse, aparecer y desaparecer, y acaso también por mis súplicas.

Me incomodaba tan poco, la pobre Mélida! No me exigía sino que la soportase, no á mi lado, sino detrás de mí. En la mañana, cuando la criada me conducía á la pensión, Mélida, oculta detrás de la puerta, acechaba mi salida. Tomaba mi saco de libros y nos seguía á algunos pasos de distancia. Al llegar le decía: «gracias, Mélida!» y eso le bastaba.

Sabía que mi padre no habría consentido que marchase á mi lado, ni que era conveniente que trabase conversación con ella en la calle; y así lo creía ella también.

Tenía su dignidad, la que conserva, sin saberlo y sin quererlo, todo amor desinteresado y profundo. Así, aunque era muy pobre, jamás aceptaba un cuarto; una vez que intenté dárselo, rehusó, sacudiendo enérgicamente su cabeza de lobo. Únicamente, cuando tenía alguna golosina, chocolate ú otra cosa parecida, se la ofrecía por detrás,—camuflando siempre al lado de la criada,—y ella se acercaba á tomarla. Los dulces siempre se aceptan.

A veces me preguntaba por qué Mélida era tan andrajosa, porque seguramente que en su casa habían de darle siquiera ropa vieja para vestirse con mayor decencia.....En ocasiones se avergonzaba en mi presencia, de sus cabellos nunca peinados, de sus botones desprendidos, de sus manchas y de sus desgarrones.....Entonces bajaba la cabeza, confundida, y no pronunciaba una palabra. Pero al día siguiente se presentaba tan lastimosa como antes: aquello era sin duda irresistible en ella.

Habría sido imposible sacarla de aquella vida que llevaba. El tiempo que no estaba conmigo, lo pasaba en la calle batiéndose con los pilluelos, ó corriendo por el campo, trepando á los árboles, recogiendo flores ó durmiendo sobre el heno. Una verdadera fauñeilla! No sabía leer, jamás había ido á la escuela, pero conocía muy bien todas las yerbas, las que sirven para curar el reuma, las que alivian los dolores, las que cicatrizan las heridas. A menudo las llevaba á la cocina: valerianas, mastuerzos, bouquets enormes de violetas, campánulas, margaritas, amapolas.

Otros tantos pretextos para introducirse en la casa.

O bien rondaba la cocina espiando la oportunidad de alguna comisión: el pan que faltaba en el momento de la comida, la carne que no llegaba á tiempo. Mélida corría y en un abrir y cerrar de ojos estaba de vuelta. Enton-

ces no se iba, se ocultaba en los rincones, pasaba por las puertas entornadas, me buscaba y acababa por encontrarme.

Esto acontecía casi siempre en el jardín. Primero se mostraba desde lejos, tímidamente. Yo le hacía señal de que se acercase. Y ella corría hacia mí, resplandecientes de gozo los ojos.

—Oh! señorita! señorita!

Nos sentábamos en un banco, debajo de la glorieta, y allí, bien ocultas, conversábamos con toda comodidad. He olvidado lo que nos decíamos, pero me acuerdo muy bien de lo que hacíamos. Mélida era muy ingeniosa. Me enseñaba á hacer silbatos con ramillas de sauce, cañoncitos con saúco, balas, coronas con toda clase de flores. Cuando recibía algunos cuartos por sus diligencias, compraba en casa de una costurera de la ciudad recortes de telas y de cintas, y arrollando y cosiendo juntos aquellos retazos multicolores en torno de un puñado de heno y cuatro varillas, fabricaba muñecas que me parecían soberbias, muñecas deslumbradoras y fantásticas, con cabezas de satén rosado y gestos imprevistos, muñecas más vivaces que las que venden los mercaderes.

Mélida era también muy generosa. Un día, al salir, vi que me aguardaba apoyada en un poste, sosteniendo una amplia fuente en la que humeaban patatas rebanadas, sazoadas con cebollas y otras yerbas. Había más patatas que pan y aquello olía bien. No pude contenerme y le pregunté:

—¿Como que no es malo eso, Mélida?

Instantáneamente me alargó la fuente en cuyas rebanadas habían trazado semi-círculos sus dientes de lobo, como un saca-bocados. Y yo, á quien siempre reñían por la falta de apetito, devoré la fuente, untándome de patatas hasta el extremo de la nariz. Mélida me miraba con un aire de contento, en el que había encanto, orgullo de que yo apreciase tan bien su cocina, y en el fondo, un poco de pesar.....

A partir de aquel día, cuantas veces se hacía algún guiso en su casa, me traía una parte en un papel, y la sacaba del bolsillo con aire misterioso.....

Pero no era como las patatas! En vano trataba de pasar aquello: entonces le decía á Mélida que no tenía hambre y ella se quedaba tan triste!

En suma, Mélida me inspiraba, bajo ciertos conceptos, una especie de consideración. Su fuerza, su agilidad, su destreza admiraban mi timidez de niña débil, reclusa y vigilada. La envidiaba porque podía correr por donde quiera y no tenía nada. A veces olía al heno en donde había estado acostada y cuyas briznas traía en los cabellos. Me hacía soñar entonces una vida libre á través de los campos, á la Robinson. Cuando estábamos seguras de que nadie nos veía, ella trepaba á los árboles del huerto, sacudía las ramas y hacía llover los frutos maduros ó los arrancaba á puñadas. Le gustaban mucho las manzanas verdes, sobre todo, los albrérchigos verdes, duros como balas. Al morderlos, me aseguraba que eran muy buenos; yo, por amor propio, mordía también.....

En nuestro huerto, las cerezas eran muy tardías. Un día le dije que era un fastidio no tener aún cerezas. Al día siguiente, se apareció con las faldas llenas. Las había hurtado en algún jardín: para mí robaba; por mí hubiera matado.

Desde que veía que alguien de la casa se nos acercaba,—excepto mi criada ó la cocinera, de las que era muy amiga,—desaparecía no sé cómo, por algún hueco de la cerca.

III

Los peores días para Mélida eran aquellos en que algunas de mis amiguitas venían á verme. Continuaba dando vueltas en mi rededor, pero yo pasaba sin hablarla, aparentando no conocerla. Entonces ella retrocedía, se

anonadaba, se hacía diminuta. No por eso me quería menos, porque comprendía que aquellas hermosas niñas elegantes debían ignorar que era mi amiga. No se decía que me avergonzaba de ella, ó si se lo decía, lo encontraba muy natural. Pero á mí no se me ocultaba que sufría.

Otro de sus pesares era cuando mi padre me llevaba, en compañía de mi hermano, á una casa de campo, muy rústica y rodeada de una granja, que poseía á una legua de la ciudad. Trataba de seguirnos de lejos, pero mi padre no lo consentía y la despedía con voz acre.

Un día, como nos aproximásemos á la granja, vi á Mélida, toda polvorienta, salir de un foso en donde se había ocultado para vernos pasar. Allí permaneció trémula, dispuesta á huir al menor movimiento hostil de mi padre. Aquello me enterneció.

—Padre, le dije dulcemente, déjala que vaya detrás de nosotros: ¿qué tiene eso de particular?

Mi padre consintió, y Mélida, radiante de júbilo, me seguía como un falderillo. De tiempo en tiempo, le tendía la mano por detrás: la tomaba entre las suyas y la oprimía un instante.

Al fin del almuerzo, encontré medio de salir sola y llevé á Mélida, agazapada contra la puerta, pan, carne, queso y todo lo que pude tomar.

—Oh! señorita! señorita!

Luégo, jugaba con mi hermano bajo los grandes árboles de la granja; y sin verla, adivinaba que Mélida estaba en los alrededores, emboscada en algún matorral, que me veía, y que aquello le causaba placer.

En un momento mi hermano me abandonó, y poco después oí gritos del lado de la casa. Corrí y vi en la cuadra á la pobre Mélida mojada hasta la rodilla, chorreándole la falda. El travieso muchacho la había sorprendido de improviso y la había empujado dentro de la fuente de piedra, llena de agua de lluvia en donde se abrevaban los caballos. Mélida lloraba; pero desde que me vio, sabiendo que iba á reprender á mi hermano y producirse una querrela, y no queriendo incomodarme ni entristecerme, ahogó súbitamente las lágrimas y sonriendo con su gran boca, me dijo:

—No ha sido nada, señorita.....Era por divertirse!.....

IV

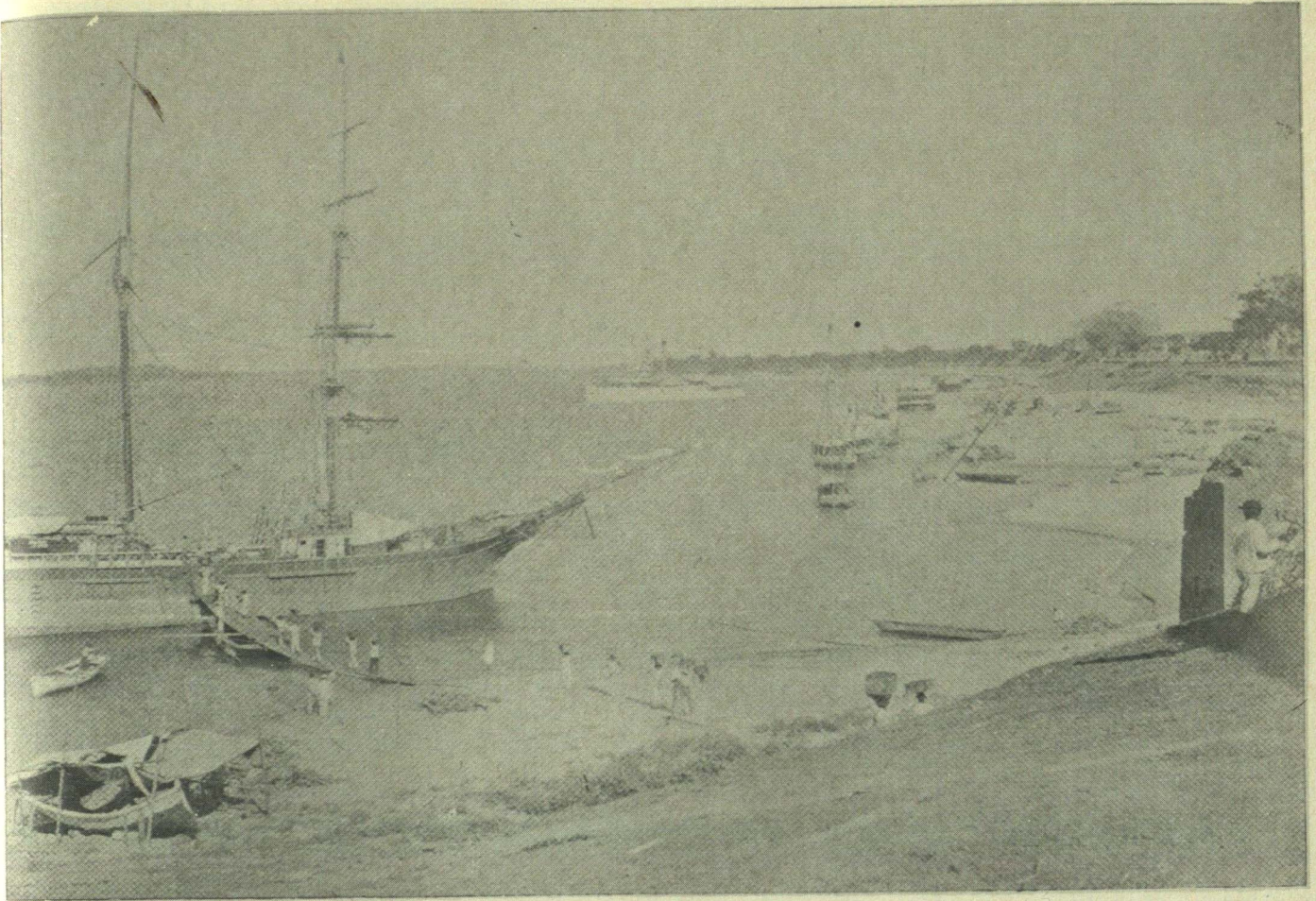
Tiempo después, mi madre exigió que yo aprendiese todo lo que debe saber una buena ama de casa. Felicia, una obrerita encorvada y muy amable que venía varias veces en la semana, recibió orden de enseñarme á coser. A otras se las encargó me enseñasen el cuidado de la ropa y algo de zurcido. Debía también arreglar yo misma mi habitación.

Todo aquello me fastidiaba, porque yo tenía una pasión: la lectura. Por fortuna, mi madre se ausentaba á menudo y Mélida había concluido por hacerse tolerar en la casa. Asistía á las lecciones de Felicia y de las otras obreras y en su deseo de ayudarme, había aprendido más pronto que yo. En la mayoría de los casos, ella era la que hacía mis veces en los diferentes oficios de que se me encargaba y era ella quien arreglaba mi aposento.

Mientras trabajaba, yo leía, sentada en un rincón, tapándome los oídos con los dedos para no distraerme. Leía relatos de viajes y no sé qué antiguo librito de cortes rojos, que contenía anécdotas del siglo XVIII. Cuando Mélida terminaba, le refería mis lecturas: aquello era su recompensa.

Acurrucada á mis pies, inmóvil, los ojos fijados en mí, me oía extática. Parece que yo relataba muy bien, con mucha seriedad, con gestos expresivos, con un gran ardor de convicción. Recuerdo que una de aquellas historias comenzaba con esta frase:

“En tiempos en que Madame de Pompadour reinaba en Francia.....”



CIUDAD BOLIVAR. — Vista tomada en la playa

Yo no sé lo que Madame de Pompadour representaba para Mérida, ni para mí; pero recuerdo que era una linda historia!

V

Aquí hay una gran laguna en mi memoria,—una larga enfermedad. La viruela, la fiebre, el delirio. De todo esto me ha quedado una sola visión: Mérida á mi lado, agitando tisanas; Mérida sentada en el suelo, arrodillada cerca de mi lecho, teniéndome las manos suavemente y sin embargo con todas sus fuerzas, para impedir que me rascase la cara.

Se le había dicho que si me lo permitía me pondría fea, y ella velaba sobre mi belleza como un avaro sobre su tesoro.

¿Cómo la consentían á mi lado y la exponían al contagio? Se había hecho todo para impedirle la entrada; pero una mañana la habían sorprendido en un rincón del aposento, detrás de una butaca en donde había pasado la noche.

El día en que comencé á mejorar,—era abril y caía sol sobre mis cobertores,—Mérida me llevó grandes macetas y frutas verdes. Nos divertíamos en arrojarlas estas frutas y como yo estaba débil y torpe aún, las dejaba caer. Mérida las recogía por los rincones, bajo los muebles, en cuatro pies, con una agilidad de gato; y aquello me distraía.

Tenía los caprichos de la convalecencia. El cerebro, después de tan ruda y larga sacudida, se fortificaba con mucha lentitud. Me encontraba más cerca de Mérida, casi tan simple como ella, y cuando me esforzaba por recordar el pasado, que me parecía muy lejano, no veía sino á Mérida, bajo el emparrado ó en el huerto. Y con mucha gravedad cambiábamos nuestros recuerdos:

—¿Te acuerdas, Mérida!.....

—Oh! sí, señorita!

Y entonces era ella quien me recordaba las más lindas historias que le había referido

—¿Y aquella otra Mérida? aquella que hablaba de Madame de Pompadour.....

—Esperad, señorita; voy á recordarla.

Y Mérida comenzaba:

—“En tiempos en que Madame de Pompadour reinaba en Francia.....”

VI

Un día no vino Mérida. Era el primer día que me permitían levantarme. La reclamé con instancia. Mi madre me dijo que Mérida estaba enferma, pero que pronto volvería.

Al día siguiente me llevaron al campo. Todo el mundo se esforzaba por distraerme, por hacerme jugar. Mi padre pasaba largas horas conmigo, y cuando hacía buen sol, me llevaba á pasear bajo los árboles del follaje tierno y nuevo ó por los caminos nevados de ojiacantos.

Sin embargo, yo no olvidaba á Mérida y de tiempo en tiempo pedía verla.

—Mérida, me dijo mi padre, está muy enferma. Pero, tranquilízate, he enviado al médico y todo lo necesario. Está bien cuidada; la verás cuando sane.

Las fuerzas me volvían poco á poco. Tenía gran apetito. Gozaba de todo: buen aire, buen calor, platitos que se me preparaban, flores, árboles, prados, paseos; gozaba como si de pronto hubiese descubierto la vida.

Una vez pregunté:

—Y Mérida?

—Mérida ha muerto, me contestó tristemente mi padre.

—Pobre Mérida! dije, como soñando en algo muy lejano.

Y no pensé más en ella.....

Pero después, he pensado muchas veces, muy á menudo!.....

JULES LEMAITRE.

CAMPOAMOR Y LA MUJER



OR mucho que la humanidad adelante y se perfeccione en cultura moral, en progreso material ó en ambas cosas á la vez; por más que combata y domine, y pretenda desenvolverse libre de obstáculos, siempre será desgraciada y feliz *interiormente*,

con dolores y alegrías independientes de lo externo y oficial, digámoslo así, de su destino en la tierra. El sentimiento, raíz del lirismo, adquirirá nuevas cuerdas, delicadas fibras. El hombre moderno ha completado el surtido de sus penas, enriquecido con celo exquisito la colección de sus nostalgias. Para expresarlas, para revestirlas de su divino ropaje, nacerán poetas como Enrique Heine, Alfredo de Musset, Campoamor, cantores de la pasión y del desengaño, y, por consecuencia, de la mujer, esencialmente de la mujer.

Los poetas líricos son mayores cuanto más impregna sus versos el aroma del eterno femenino, comunicándoles sabor de tristeza infinita. He oído á algunos severos censores de Campoamor quejarse del peso del amargo sedimento que sus versos dejan en el espíritu. Estos censores se parecen á la innumerable turba de los que quieren ir al teatro sólo para reír. Es el sedimento amargo de Campoamor, la cristalización en diamante negro de la vida sentimental. La gente de hilaza burda, de alma gruesa y opaca, abrumada por la materia, no comprenderá las finuras psicológicas de Campoamor, y la gente de postiza seriedad, partidaria de lo po-



ORIZABA: BARRANCAS. — Calle principal

sitivo, que confunde lo real con lo tangible, desdeñará á un poeta que no parece ni sospechar la existencia de los problemas políticos, administrativos y económicos.

Quédale á Campoamor cuantos sienten y sufren ó sintieron y sufrieron en su juventud, y leen para consolarse al eco de su propio dulce padecer—análogo á rumor musical de fuente cristalina que plañe, y sin embargo arrulla y aduerme.....

Apresurémonos á recordar á los olvidadizos que Campoamor, á pesar de su feminismo lírico, no es afeminado; no tiene que ver con los modernistas; ni esclaviza su musa á hilar como Hércules á los pies de Onfalía. El gran anatómico de la mujer y del amor se expresa con viril melancolía. Si encontramos en él tanta actualidad, consiste en que los temas perennemente humanos son los únicos siempre nuevos. De los poetas más insignes, ¿qué se recuerda y se cita hoy? El pasaje propiamente lírico, sentimental: en Homero, la despedida de Héctor y Andrómaca; en el Dante, el episodio de Francesca.

He dicho en una biografía de Campoamor que escribí para servir de prefacio á una edición de sus obras, que mucha gente enemiga de compulsar fechas se admira al saber que las *Doloras* son del año 45, contemporáneas del *Tenorio*, muy anteriores al poema de *Granada* de Zorrilla, y precursoras de las *Rimas* de Becquer. Y hoy que lo legendario, lo gótico morisco y lo de chambergo de Zorrilla se nos figura tan distante, tan disuelto entre las brumas del ayer, ¿qué vivo, qué próximo, qué dentro del corazón hallamos al *dolorista*?

A mil leguas de Campoamor los de las nuevas escuelas, los "inquietantes, perversos, decadentes y satánicos." Si ofrece alguna semejanza el misticismo de Campoamor con el de Verlaine, es que los dos proceden de la *Imitación de Jesucristo* del desconocido fraile medioeval que nos legó esas páginas en que habla el Espíritu Santo. Pero el misticismo de Campoamor es más bien la ráfaga de tristeza que á veces se advierte en los líricos paganos, en el mismo Horacio. No quiero insistir en compararles; sólo diré, con toda gravedad y limpieza de frase, que la musa de Campoamor ignora aberraciones en que la de Verlaine se ha complacido. El autor de las *Doloras* canta el desengaño; el de *Sagesse* el remordimiento.

¿Peligrosa la lectura de Campoamor? No será, porque no encierre más triaca que veneno. Sus consejos y enseñanzas á la mujer la previenen en contra de la pasión y de las ilusiones. Todas se disipan vueltas humo, dice la dolora *Gloria de la vida*; los juramentos, vanidad, exclama el desengaño en *Ventajas de la inconstancia*. Existimos entre dos sollozos, que uno es recuerdo y otro presentimiento; quien más vive, más olvida; entre un "paloma" y un "mía" pone la saciedad un bostezo de á cuarta; las flores que hoy adornan una hermosa frente, mañana son ceniza; los gustos, vientos; sombras y quimeras los deseos realizados..... Marchítase la hermosura, y la piedad, propia del corazón femenino, sólo produce "el placer de llorar." Y, en efecto, tal placer es el único que ampliamente gozan las heroínas de Campoamor. Cruzan pálidas y do-

lientes. Y cada gota de su llanto abrasador y acre, llanto de pesadumbre, de celos ó de vergüenza, se convierte en gema nacarada de oriente purísimo, y recibe el nombre de *Dolora*, femenino de *dolor*. Como aquella gentil viajera, paloma herida, digna de ser morena y sevillana, que entrevemos en el *Tren expreso*, las mujeres de Campoamor sólo disfrutaban de realidad durante el momento fugitivo de la vida amorosa, y al apagar-se la aureola pasional que las rodea, desaparecen del mundo.....

La esencia de la poesía de Campoamor tiene, á mi ver, su origen en las del poeta lírico más soberano y pensador, más profundo que existió acaso bajo la vieja bóveda del cielo: Salomón, hijo de David. Considerados desde el punto de vista de la crítica literaria humana el *Cantar de los Cantares* y el *Eclesiastés* (no se trata aquí de un sagrado carácter), no hay poema de amor ni tratado de filosofía que merezca descalzarlos. Pues bien; Salomón, lo mismo que Campoamor, revela en cada versículo el influjo disolvente de la mujer. A primera vista no hay cosa más diferente que un monarca oriental contemporáneo de los Faraones, y un burgués de nuestros días que ha sido gobernador de provincia, y figura en el partido conservador; pero recuérdese lo que antes decíamos: el corazón y el sentimiento no cambian al cambiar las civilizaciones, y el hijo de Betsabé, en medio de sus centenares de esposas y sobre su trono de oro y marfil, apuró las mismas hieles de desencanto y posó sobre cuanto le rodeaba la misma mirada oscura que Campoamor desde su gabinete de la calle de



VISTA TOMADA EN CIUDAD BOLIVAR

Recoletos.....sin necesidad de reinas de Saba, ni de egipcias, ni de aquella turba de semíticas beldades que formaron el harem salomónico.

Toda poesía, y aun toda sabiduría, de la mujer nace y á la mujer vuelve, como el agua á sus hondos y ocultos manantiales. El libro de los siete sellos es la mujer. Quien descifra alguna de sus hojas, es vate, es pensador, es dueño del corazón humano. La rosa deshojada y marchita se convierte, por asombrosa transformación, en laurel siempre fresco.

EMILIA PARDO BAZAN.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

PARA "EL COJO ILUSTRADO"

Faldas y túnicas—Artísticos alardes de la moda vienesa—Corbatas y lazos fantasía—Sombreros de primavera—Una fiesta infantil—Una hija ilustre de Granada—Las hojas de trébol—El Rey de España y sus aficiones militares—Marzo: sus mudanzas y sus flores.

Madrid: 7 de marzo de 1899.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO.

Caracas.

Las faldas de rigurosa novedad, persistiendo en ceñirse á las caderas y á los grandes vuelos, en lo que á su parte inferior concierne, acusan la variante de ser un tanto más largas de atrás, que del delantero y costados, indicio seguro, queridísimas lectoras mías, de que la moda no desiste de su propósito de imponernos las colas: esta modificación de las faldas, la consideramos síntoma seguro de la total evolución de las mismas, pues el capricho parisién, empeñado en la porfía, no ha de declararse vencido sin lograrlo. Aparte de esto, también es indudable para la próxima estación el reinado

de las túnicas en variedad infinita de formas, unidas al cuerpo unas, independientes del mismo otras, y algunas sólo figuradas por medio de volantes ó bieses, en las faldas lisas. Este último capricho de la moda es muy socorrido para los trajes escasos de tela y aun para conservar la elegante sencillez de la falda lisa, que tan á maravilla armoniza con la esbeltez femenina.

Respecto á los cuerpos con escote figurado, y en los cuales entra, como es natural, la combinación de dos tegidos y aun de dos colores, sería pálido cuanto dijéramos en su elogio. Las damas más elegantes europeas los patrocinan con decidido entusiasmo y nosotros, haciendo justicia á la belleza de esos encantadores modelos, no vacilamos en recomendarlos á nuestras queridas lectoras venezolanas. Los escotes María Antonieta y bertas, sólo convienen á los trajes para casa; resultan un tanto impropios al tratarse de vestidos de calle, porque á éstos lo que les conviene es el escote un tanto alto, muy adornado sí, pero redondo ó cuadrado. A tanto llega la fantasía del arte de vestir en los tiempos que corremos, tanto se depura el buen gusto, tendiendo á la novedad que la artística Viena ha puesto en boga para vestidos de reunión y baile, corseletes, cuyos delanteros cogían artísticamente los contornos de enormes hojas, de las que crecen y son gala de los campos tropicales. Nada de monotonía en los trajes, nada de imitación convencional: el arte gusta cada día más de ensayar en ellos sus combinaciones con tan buena fortuna, que el aplauso general, entusiasta, merecido, corona sus risueños esfuerzos.

Se distinguirá la primavera que empieza, por el derroche graciosísimo de las corbatas: la variedad de sus modelos es infinita, desde la de lazo con caídas hasta la de forma mariposa y la de nudo; y en todas ellas se pone á contribución la gasa de seda rosada

ó azulada, el encaje de Bruselas y la museлина de seda. El lazo *Directorio*, enorme, pero bello, es el más atrevido y también el más distinguido; y en cuanto á los plastrones almidonados, con cuello gaya, se usan mucho para determinados trajes, aun cuando no resultan nunca tan artísticos y delicados como las corbatas de gasa. La variedad es una ley del buen gusto, y nuestras damas no la olvidan ciertamente, en sus atavíos.

Todavía no se detalla el tema de los sombreros primaverales y estivales, pero París, como regla general, dicta el uso de las copas redondas abundantemente cubiertas por encajes y flores. Los tonos más risueños y claros predominarán en ellos, copiando así en los sombreros las damas, la deslumbradora escala de color que caracteriza á las flores, poesía de los campos.

Los niños de las escuelas madrileñas, á principios de marzo, cuando la época de las flores tímidamente se inicia, á despecho de las últimas escarchas, tienen por costumbre celebrar la poética *Fiesta del Arbol* plantando tantos árboles, como niños son los que á la fiesta concurren, en las afueras de la población donde se halla diseñada la ciudad lineal, la que en un porvenir que nosotros no alcanzaremos á ver, ha de proporcionar mejores condiciones de vida á los habitantes de la villa y corte. Nos encanta el culto á la naturaleza rendido por la infancia en esta forma y aplaudimos de veras las iniciativas y la constancia de los mantenedores de esta solemnidad anual, que ha pocos días tuviera lugar, con gran concurrencia de pequeños, á despecho de lo desapacible del día.

La Emperatriz Eugenia, esa sombra augusta de pasadas grandezas que pasea incansable por el mundo sus melancolías, acordándose que es granadina, que naciera entre los verjeles regados por el Darro y el Genil, ha dispuesto sostener de su particular peculiar, atendiendo cariñosa á la curación y auxi-

lio de cuantos soldados naturales de Granada regresen desvalidos de la campaña de Cuba; y actualmente, en muchos hogares de la ciudad de Boabdil, se bendice el nombre de la augusta dama, tan duramente probada por el destino, en su triple amor de esposa, de madre y de reina. ¡No ha mucho por cierto, que la Emperatriz Eugenia, olvidada y desconocida, cogía temerosa algunas violetas en aquel jardín de las Tullerías, que tantas veces, en otras épocas atravesara feliz, seguida de su brillante y fastuosa corte!

La moda de las cadenitas de metal para el reloj, el mangnito y el monóculo, se sostiene, y aun pudiéramos decir que aumenta á medida que las damas van penetrándose de su comodidad; en su gran mayoría, esas cadenas son muy delgadas y largas, de oro con esmeraldas intercaladas, en fino ó en imitación; los broches de pedrería tampoco declinan, tendiendo todo á que lleguen á su mayor apogeo, cuando la primavera y el estío acentúen su paso entre nosotros.

Las hojas de trébol, portadoras de la dicha, según risueña preocupación de la antigüedad, figuran hoy en todos los pechos femeninos, bien sean metidas en un relicario de cristal, bien afectando la forma de un caprichoso imperdible. Algunos collares riquísimos de pedrería tienen engarzadas sus piedras, diamantes, perlas, turquesas, en caprichosas y delgadas guirnalda de hojas de trébol. En pulseras especialmente, la fantasía á este propósito es infatigable y halla recursos encantadores en sus combinaciones para ofrecer novedades á granel. También hemos visto algunos pendientes figurando diminutas hojas de trébol salpicadas de diamantes y para que nuestras queridas lectoras americanas se formen una idea de la fortuna que alcanzan en Europa las hojas de trébol, basta decirles, que figurarán en concepto de alta novedad en el adorno de los primaverales sombreros. Las flores siempre gustan á la mujer y cuando á las mismas va unido el simbolismo de la dicha, inútil es decir que reúnen en superior grado el atractivo y las simpatías de cuantos gustan de buscar lo bello en el cuadro movable de la vida.

El infantil rey de España, cuya afición al noble ejercicio de las armas, va en aumento á medida que desarrolla su inteligencia, este invierno ocupa los ratos de ocio que le permiten sus estudios, jugando con otros niños de su edad hijos de la aristocracia española, á los ejercicios militares en los jardines del Campo del Moro, y en la Casa de Campo, vastísima posesión real inmediata casi al Palacio de Oriente, con gran complacencia de su augusta madre, quien en medio de las desdichas que afligen á la patria, espera la salvación y el remedio de nuestros males de hoy y de los que pueden sobrevenir mañana, de su hijo idolatrado, el cual, por una feliz disposición del destino, parece responder cumplidamente á todo lo que de él se espera.

El mes de marzo, época de transición, entre los rigores del invierno y las esplendides de la primavera, en la inmensa variedad y constante mutación que caracteriza á sus días, nos ofrece las primeras violetas de olor que brotan en los jardines de España, aquellas que, separadas de la protectora estufa resisten impertérritas las últimas heladas. Son tan bellas! sintetizan de tan poética manera la renovación de la naturaleza, que al contemplar á las cándidas hijas de los campos hacer frente á las lluvias y ventiscas, aceptamos la dulce idea de que también los pueblos, á semejanza de las flores, están llamados á una renovación necesaria, cuanto más terrible y dura haya sido la época de prueba sufrida con varoniles alientos.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.



Columna inaugurada en Puerto Cabello el 25 de Febrero de 1899. (Véase la sección Nuestros Grabados)

REVISTA DE REVISTAS

POLÍTICA FRANCESA

EL PROGRAMA DEL PRÍNCIPE HENRIQUE. — De una crónica que André Beauquier publica en un periódico francés, tomamos los siguientes párrafos, relativos al actual movimiento político de la Francia:

—“Estoy siempre á la disposición de mi país, contestó el príncipe.”

Hermosa palabra, verdad? . . . En medio de las conmociones de estos momentos, es consolador, es tranquilizador oír á los buenos ciudadanos pronunciar tan bellas palabras. . . “A la disposición de mi país.”

De qué se trataba? Un redactor del *Figaro* se dirigió con las mejores intenciones á aquel joven de ojos azules y de cinta roja, y con la mayor cortesía le preguntó:—“Monseñor, perdonad: ¿qué diríais si se os propusiera la Presidencia de la República?”

Entonces, sin afectación, con toda sencillez, el príncipe contestó sonriendo:—“Yo estoy siempre á la disposición de mi país,” y agregó: “¿Chi lo sa?” . . . Esperamos que el empleo momentáneo de la lengua italiana no inquietará demasiado á los sombríos nacionalistas. . .

Tenemos por el momento en Francia, ó bien, á las puertas de Francia, una multitud de

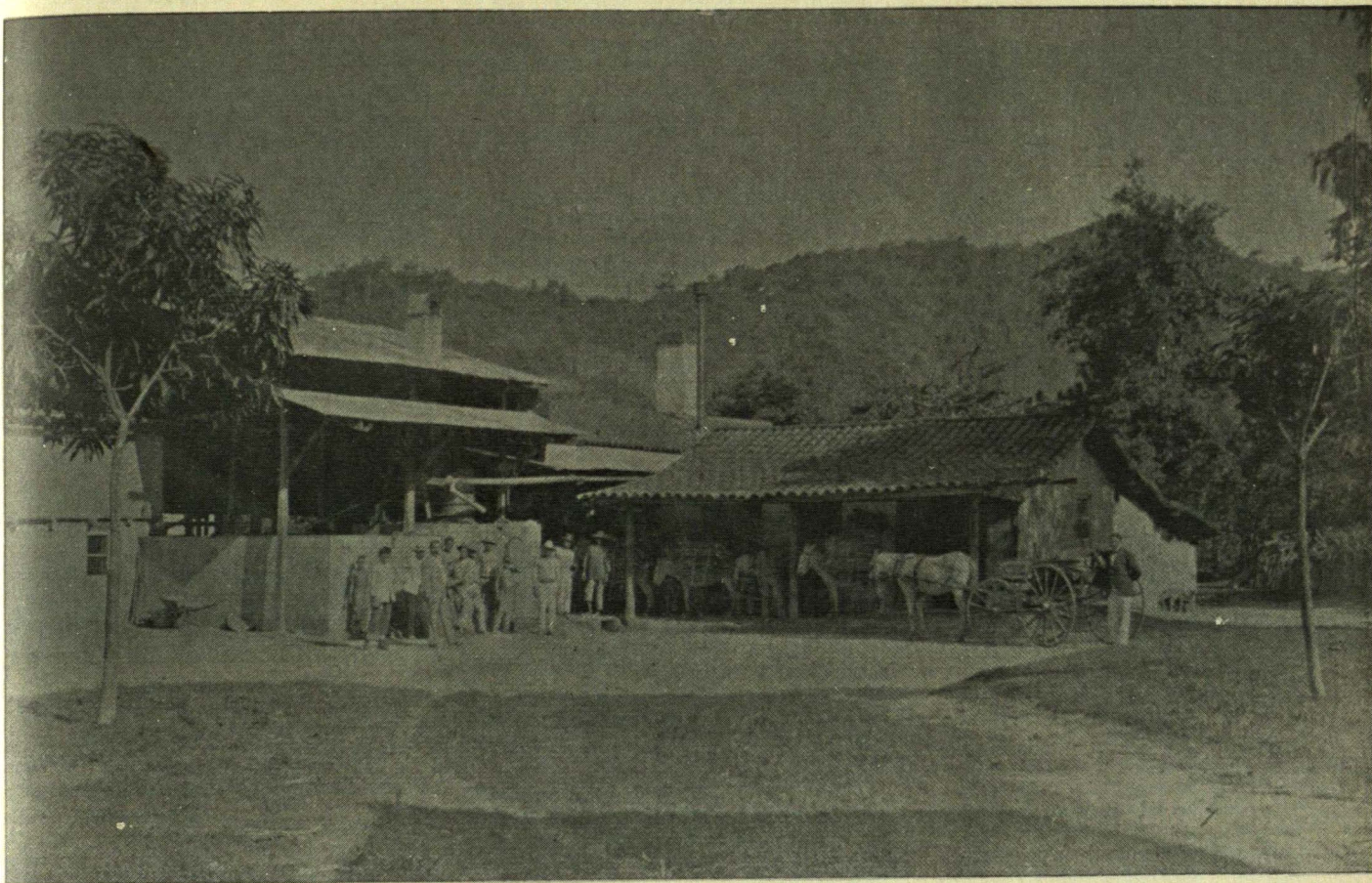
buenos ciudadanos que están también “á la disposición del país” y que se considerarían muy felices si algunos periodistas *notorios* fuesen á interrogarlos con las mejores intenciones. El país no tendría sino escoger, á menos que, para no herir ninguna susceptibilidad, el país rehusase por igual los servicios de todos esos ciudadanos tan bien dispuestos en su favor.

—Monseñor, perdonad: ¿vuestro programa?

En primer lugar, y ante todo, el príncipe respeta las instituciones de la Francia. Y, prueba de que las respeta, es que ha consentido en recibir del gobierno republicano la cruz de la Legión de Honor. Ciertamente, las respeta. Pero, por otra parte da á entender que el pueblo no las respeta. Luégo, como el príncipe respeta esencialmente al pueblo, única fuerza legal, sólida y lógica de un gobierno, trata de conciliar aquellos dos respetos que lleva en el corazón. Ello es muy difícil: primera antinomia.

En segundo lugar, necesitamos un gobierno democrático; y, por otras razones, necesitamos un gobierno que tenga por base “la confianza de todos en uno sólo.” Segunda antinomia.

Dos antinomias! Y todavía pudiera encontrarse otras, aparentemente, entre el espíritu democrático y el espíritu monárquico. . . Ahora, véase como esas antinomias se resolverían con gran facilidad, si se quisiera. ¿La confianza de todos en uno sólo? Bien, se tendría confianza en el príncipe Henrique. ¿La democra-



RIO CARIBE. — "Maurico." Hacienda del señor Nieves Hernández. — Fotografía de Avril

cia? Bueno, es el pueblo quien tendría esa confianza. Hé ahí todo . . . ¿La transformación de las instituciones? Bien, serían las instituciones transformadas las que se respetarían. Por otra parte, esa transformación ¿no es en Francia una especie de respetable institución? . . . Nada más sencillo, de una sencillez encantadora.

Semejantes conciliaciones entre antinomias análogas fueron ensayadas una vez, á mediados del siglo, por otro príncipe, que se encontraba también "*á la disposición de su país*." Y el ensayo no nos dejó muy buenos recuerdos. . . .

—Pero, en fin, todo eso puede arreglarse, Monseñor, insinuó el periodista.

—¿*Chi lo sa?*—contestó el príncipe.

Y ambos, príncipe y periodista, se felicitaron mutuamente.

PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA FRANCESA

Los artículos que publicamos á continuación los hemos extractado de algunos diarios de la prensa independiente de París, en los que se juzga y comenta la personalidad y condiciones del actual Presidente de la Francia.

LOUBET Y EL PANAMÁ.—Bajo este título publica Mr. Quesnay de Beaurepaire un artículo en *l'Echo de Paris*, antes de la elección de M. Loubet, del cual tomamos los párrafos siguientes:

« Soy un testigo. Juro ante Dios y ante los hombres decir la verdad. Escuchad á un hombre que nunca ha mentido.

« Acabo de concluir un libro sobre Panamá; en él están anotados día por día todos los de talles. Hé aquí su resumen:

« En octubre y noviembre de 1892 era yo Procurador general y M. Loubet Presidente del Consejo de Ministros. Yo tenía un jefe directo: el Guarda-sellos. M. Loubet intervino en los asuntos de justicia, muy directa-

mente, y me llamó á su despacho de la Plaza Beavau, para tratar conmigo, extra-Ministerio de Justicia. Poseo tres cartas autógrafas suyas, cuyos fac-símiles aparecerán en las *Piezas Anexas* de mi libro. En la tarde del 6 de noviembre, cuando menos pensaba provocar estas confidencias, M. Loubet—aterro- rizado por tan súbita crisis,—me refirió que estaba en posesión de la lista auténtica de los miembros del Parlamento que habían prevalecido. Me dio los mayores detalles acerca del modo cómo había obtenido dicha lista. Jamás me la comunicó; pero un día se dejó decir el nombre de un diputado, adversario suyo.

« Y, dos ó tres semanas después, M. Loubet osó subir á la tribuna del Senado, para declarar que en su vida había tenido conocimiento de lista alguna de prevaricadores! Y aquella lista, empero, estaba guardada en una de las gavetas de su escritorio! . . .

« Esa es la situación que yo ocupaba en 1892. Pero hoy no se trata de mí.

« M. Loubet, que no quería persecuciones, me atraía hacia determinado camino, mientras que otros me aconsejaban la vía opuesta. Pero, ni uno ni otros me comunicaban sus órdenes y me encontraba en la peregrina situación de responder por todos, inclusive M. Loubet, primer ministro. Inaudita duplicidad!

« Por fin, el 15 de noviembre, el Ministro de Justicia me ordenó que citase á los indiciados. Después de un rudo trabajo preparatorio, me encontré listo para el 19 del mismo mes. En la citación estaba comprendido el barón Jacques de Reinach. Ese día escribí no sólo á mi jefe directo, sino al mismo Loubet, que quería estar al corriente de todo, é hice despachar los ugiere- res á las cinco de la tarde.

« Pero antes de su partida, recibí carta de M. Loubet, rogándome no hacer ninguna diligencia antes de hablar con él, porque había recibido "graves noticias de Italia". Aquello me pareció más que sospechoso; pero mi deber

« era obedecer al jefe del Gobierno, tanto como al guarda-sellos. Debo agregar que M. Loubet me advertía que iba á abandonar inmediatamente el Palacio Borbón para aguardar en su despacho de la calle y plaza Beavau.

« Tomé el partido que conviene á un magistrado sin suerte pero escrupuloso: tomé un carruaje junto con los ugiere, que llevaban la citación en el bolsillo, y me dirigí á la plaza Beavau. Los ugiere permanecieron en el carruaje á la puerta del ministerio, dispuestos á trasladarse al domicilio de los indiciados á una señal mía.

« Entré en el despacho. M. Loubet, en contra de lo que me había prometido, no estaba visible: el jefe del gabinete me exigió aguardase, hasta que por fin se presentó el ministro, á las seis y diez minutos, justamente cuando expiraba la hora reglamentaria. . . .

« No había tales "noticias de Italia," pero el presidente del Consejo me preguntó si no sería posible suprimir uno de los nombres de la lista de los acusados.

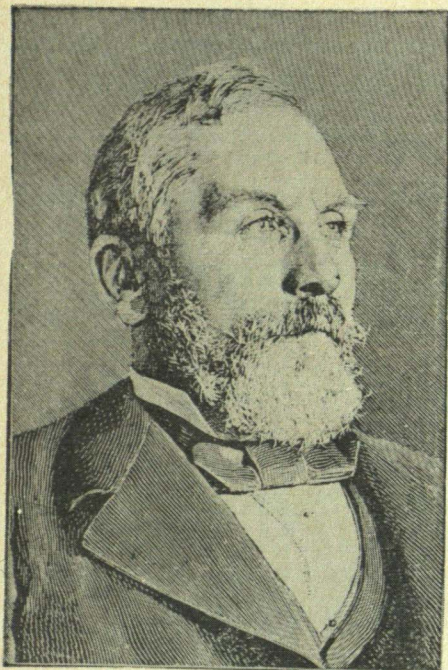
« Me mostré inexorable, protesté con vehemencia contra los medios que se habían empleado para impedirme el cumplimiento del deber.

« El mal era mayor todavía, pues el 29 caía en sábado; tenían que reservarse las citaciones para el lunes y justamente la noche siguiente murió el barón de Reinach.

« Por todo esto puede verse qué papel ha desempeñado M. Loubet en la cuestión Panamá. —¿Es digno ese papel de un futuro Presidente de la República? ¿Es ése el hombre que puede inspirar confianza en el exterior y levantar nuestro nivel moral?

« Después de todo eso: ¿puede ser Presidente M. Loubet? Apelo á la opinión de todos los buenos franceses ».

LA OPINIÓN DE FRANÇOIS COPPÉE.—El eminente académico, al contestar á un periodista que le exigió su opinión acerca del nuevo Presiden-



M. LOUBET, Presidente de la República Francesa

te declaró que hablaba á título de simple particular, y no como presidente honorario de la Liga de la Patria francesa.

« Como presidente honorario de la Liga de la Patria francesa, aguardaré la reunión del comité y me atendré al voto de la mayoría.

« Como simple ciudadano, considero la elección de M. Loubet, á quien no conozco y cuya persona, por otra parte, me es respetable, como un acontecimiento desgraciado; porque para la masa del pueblo, él era el candidato de los periódicos más significados como dreyfusistas, y, á decir verdad, la mayoría del pueblo francés no está con ellos.

« Yo habría deseado el triunfo de M. Méline, hombre de grandes merecimientos, cuyo nombre es tan popular en el país y que de antemano no se había pronunciado categóricamente, á propósito de la «Cuestión» (*l'Affaire Dreyfus*). El era el llamado para colaborar con nuestra Liga; esto es, para reparar las ruinas ocasionadas por tantas agitaciones, y poner término á la anarquía.

« Como casi todos mis compatriotas, no comprendo nada de las extravagancias parlamentarias; ni alcanzo á explicarme por qué M. Méline desistió á última hora en favor de M. Loubet, dejándonos á todos con el alma en un hilo.

« Ahora se me dice que cuando el nuevo Jefe del Estado apareció en su carroza triunfal, escoltado por coraceros, se le saludó con gritos de: «Panamá!»—«Dimisión!»

« Creo, sin embargo, que le queda un recurso á M. Loubet; y es hacer un mensaje enérgicamente patriótico, en el cual haga constar su fe en el ejército y prometa poner término, lo más pronto posible, á la campaña abominable contra él emprendida.

« Por lo demás, temo mucho que esta infuertada elección nos traiga lamentables desórdenes; y como no quiero pasar por profeta, dejo al tiempo la decisión.

« Hablando con franqueza: M. Loubet es un desafío á la opinión pública ».

El escritor que firma en *Le Gaulois* con el pseudónimo *Verax*, dijo, en una crónica titulada «M. Loubet, íntimo»:

—« M. Loubet lleva un nombre simpático á los canófilos. En el calendario tiene dos patronos: Emilio y Francisco; pero ha adoptado el primero, no en memoria de Juan-Jacobo, sino porque Emilio suena más agradablemente á los

« oídos de los aficionados de Montélimar, su patria. Pues todos los biógrafos nos enseñan que «Francisco-Emilio Loubet nació el 31 de diciembre de 1838 en la ciudad del turrón. A lo menos nació al lado.

« A pesar de todo, estuvo amenazado, como el Bourbeau de M. Rouher, de no tener prestigio en toda su vida. Es verdad que si M. Bourbeau no era decorativo, era, en cambio, un jurisconsulto de gran saber, en tanto que la jurisprudencia de M. Loubet no pasa de la pared medianera. El águila de Montélimar ha dado más de una vez la medida de su vuelo en la tribuna francesa. «No vuela, no se ciernen, decía de él el viejo retórico Madier de Montjau, «se arrastra». El ardiente tribuno no podía sufrir á aquel hombre de negocios que no se «enredaba» jamás, por más tiempo que estuviera en el lío, y á quien las horas sólo parecían largas cuando la emprendía con pesados asuntos aduaneros ó de obras públicas.

« Pero bajo su rusticidad un tanto enxangüe el buen hombre acariciaba el sueño de un glorioso destino. Por distinción del joyero Tirard fue ministro por primera vez. Más tarde sucedió á M. de Freycinet en la presidencia del Consejo, sin aspirar á reemplazarlo. Había tenido bajo su dirección á M. Ribot. Consintió en no ser sino su colaborador, tan bien se encontraba en el hotel de la plaza Beauvan. Por fin, el mismo M. Ribot, aplicándole su política de «desembarcos sucesivos», lo devolvió al Senado, el que, para consolarse de la aspereza de M. Challemel-Lacour, lo hizo su presidente, bonachón y paternal, pero tan testarudo como lo es ahora.

« Si se le hubiera predicho á M. Félix Faure que cedería su puesto en el Elíseo al viejo sexagenario de la Drôme, habría sonreído, él, el presidente «smart», apasionado por todas las elegancias.

« Mientras con más evidente tenacidad se empeñaba el antiguo comerciante del Havre en adquirir las maneras del buen tono, más se complacía el hijo de Montélimar en el *sans-façon* de la democracia que florece á las orillas de la Durance.

« Es necesario haberlo visto íntimamente, para juzgar de su simplicidad á la antigua. Si no conserva los zuecos ó los grandes zapatos ferrados, que durante sus giras electorales les tomaba prestados á los aldeanos influyentes de su país, en cambio le encanta sacarse las botas y calzarse las pantuflas, para estar con toda comodidad.

« Casi todos los días, calzado así, se sentaba á la mesa del palacio del Luxemburgo. Come con buen apetito, sobre todo, cuando vuelve de caza, por la que es muy aficionado y de la que M. Loubet (pronúnciese *Loubette*), la buena ama de llaves, entiende como nadie en lo de arreglar trófeos de guisado de liebre y de ganzo á la meridional. Reservan el ala para gustarla en familia con salsa de ajos bien machacados en aceite de olivas. Para atenuar el persistente vaho que exhala semejante plato, M. Loubet descuelga de la percha una de esas gruesas pipas que ha «curado» pacientemente, la atiesta de tabaco sin misericordia, y fuma con amor. Los invitados, por otra parte, quedan en libertad de hacer lo mismo. Si la pipa suena sus aptitudes, se les regala liberalmente cigarrillos de diez céntimos, comprados de preferencia en el estanco parlamentario. Hay también el derecho de escupir sobre los tapices, así sean de la Savonnerie ó de los Gobelinos.

« El dueño de la casa es el primero que da el ejemplo.

« ¿No consiste el arte de recibir en proporcionar, como bajo la antigua república ateniense, la mayor suma de comodidades á todo el mundo?

« Cuando M. Loubet vivía en el pequeño entresuelo del número 93, calle de Tournon, antes de subir á la cumbre de las grandezas, los usos y las costumbres de su habitación respiraban una familiaridad más primitiva aún. Familiaridad que fue necesario sacrificar al buen



La señora Loubet (madre)

« parecer. La palabra de Mme. Loubet, al día siguiente de la elección del Senado, es típica: «Vamos en aumento», decía con mucha gentileza.

« El nuevo Presidente no se plegará de buena gana á los ritos del protocolo. Será preciso la aplicación de M. Philippe Crozier para enseñárselos. Adiós, canastos, ya no hay vendimias! Tanto peor para el ceremonial. La bonhomía francota de M. Loubet lo suplirá mejor, ayudada del humor expansivo de madama.

« En el fondo, es una excelente naturaleza, esa compañera tan honrada, como dicen allá abajo, y tan incapaz de un disimulo. Cuán ingenua! Lo dice todo. No puede estar sin hablar! Y qué sabroso lenguaje, qué «azento!»

« Los embajadores, y sobre todo, sus mujeres, no se fastidiarán en el Elíseo cuando ella los reciba. Podrán creerse en el hermoso «soélo» de Provenza. Eso será un regalo sin par, para los soberanos y soberanas que vengan á la Exposición de 1.900! Toda Europa en el Elíseo! Y que no van á estar contentos los compatriotas de Montélimar!

« Ambos esposos han nacido en el mismo paternal de miel. M. Loubet ha sido allí alcalde durante largos años. Y dejó un par de pantuflas bordadas que se ha hecho célebre. Se las había regalado un zapatero, paisano suyo, quien juzgó deber recuperarlas porque M. Loubet no le había dado un estanquillo que le prometió al principio de una campaña electoral.

« Allí también, en Montélimar, fue criada la niñita con la cual sorprendió Mme. Loubet á su marido después de veinte años de matrimonio y la cual vino al mundo justamente el día en que se encargaba del Ministerio de lo Interior.

« Y en el Elíseo, ¿qué se harán los gallardos monteros de M. Félix Faure? El nuevo Presidente hará el efecto de un campesino del Danubio en medio de un lujo para el cual no está preparado. Luégo, M. Loubet no monta á caballo! ¿Quién se encargará de vestirlo, adestrarlo, ponerlo al diapasón? El mismo ha dicho que no conoce nada de ese «mecanismo». Probablemente se le escape de las manos antes de que aprenda á manejarlo ».

COMO EN LA CASA BLANCA.—Dice *Le Gaulois*:

« Las crónicas recogidas cerca de los amigos de M. Loubet, antes y después de su ascensión al poste presidencial, nos lo pintan como un

« hombre de costumbres sencillas, casi rústicas, muy complacido cuando se sienta á la mesa y con un gesto de regocijo tira alegremente de su chaleco, en presencia de un plato de aspecto agradable; y luego, á los postres, prefiere la humareda de su pipa á los habanos más costosos, pues parece que á quien más quiere él en el ejército es al cabo. Los mismos amigos nos pintan unánimemente á Mme. Loubet como poco cuidadosa de dar el la de la elegancia.

« Es, pues, una pareja de la genuina burguesía de provincia la que va á entrar en el Eliseo. La Francia de Luis XIV será gobernada por Molinchart durante siete años.

« Yo no encuentro esa perspectiva de ninguna manera asombrosa. Está en la lógica de las situaciones. Zapatero á sus zapatos: un presidente de república no es un monarca. Todo lo que es lujo, aparato, por consiguiente, elegancia, debe serle completamente extraño. Eso está en las tradiciones democráticas. Acordáos de Plutarco, del *Epítome*, las *Selectas*, el caldo de Licurgo, el arado de Cincinato.

« Trasportáos al país del buen sentido. Ved al presidente de los Estados Unidos. En primer lugar, vive en una « Casa Blanca », la cual no querían ni para sus criados los millonarios de Saratoga y de New-port. Luego, Mac-Kinley no tiene carruaje de lujo; no puede ordenar un recreo fantasista en un Fontainebleau, ni en un Compiègne, ni en un Rambouillet. A menudo se pasea á pie, y acontece que llega á subirse en un « car », sin que les cause extrañeza á los pasajeros ni al conductor. Esa es la verdadera república. Yo no creeré en la nuestra hasta el día en que no me encuentre con M. Loubet parado delante de la mismísima estación del omnibus ».

PUESTO EN VERSO..... Vaya! — « En un periódico de fecha 13 de febrero de 1896, encontramos el siguiente soneto, en el cual un felibe de la Drôme, M. Jules Blanchard, ha creído deber cantar la gloria de M. Loubet, hecho súbitamente presidente del Senado :

Naguère humble avocat, je parle de vingt ans,
Puis de Montélimar élu le digne maire,
Par un nouvel essor chez nos représentants,
Vient le porter d'emblée un élan populaire.

Dès lors, notre humble Emile est un autre Annibal!
Il présidera même au conseil général.
Aurait-il son étoile? On n'ose se le dire.

Hier, modeste plaideur, aujourd'hui grand d'Etat!
Président du conseil! Président du Sénat!
Loubet, cesse de vaincre, ou je cesse d'écrire.....

« No podría asegurarse que M. Loubet es otro Aníbal », pero lo que es innegable es que tiene una estrella, qué digo? un planeta.

« Como M. Loubet acaba de probar que no quiere « cesar de vencer », el autor del soneto tendrá que seguir escribiendo. Vaya! tanto mejor.

« Pero ¿ cómo diablos será que á M. Loubet no le agradan los versos, cuando le dan tan buena suerte?..... »

(Le Gaulois, París.)

LA DANZA DEL TUPÉ. — ¿ Quién hubiese dicho antes que una tarde de primavera, Coppée el dulce, Lemaitre el cronista y Quesnay el respetuoso, se encontrasen bailando la danza del tupé al redor del poste de suplicios en donde la ira popular ha colocado por asalto la efigie de ese pobre y triste Monsieur Loubet? Hay hombres que modifican los acontecimientos, pero son pocos. Los otros, plásticos y arcillosos, son manejados, modelados y remodelados en toda clase de figuras por el viento que sopla al día. De semana en semana los hombres cambian de muecas y los que veneraban á M. Félix Faure desprecian á M. Loubet. Por qué? ¿ Qué distancia hay del uno al otro? ¿ Representa el segundo algo menos que el primero? ¿ No es el mismo « nadie », exactamente el mismo? Francamente: no creo á M. Coppée tan mediocre como todo eso, ni tan feroz, ni tan Déroulède.

REMY DE GOURMONT.

LAS VIOLETAS. — A propósito de la muerte de M. Félix Faure y de la elección de M. Emile Loubet para la Presidencia de la República Francesa, Luis Bonafoux, corresponsal en París del *Heraldo* de Madrid, ha dirigido á este diario notables crónicas, de las cuales tomamos los párrafos siguientes:

« Sobre una chimenea de mármol blanco se destaca un ramito de violetas marchitas.

(Los periódicos).

Ese ramito de violetas narchitas es todo lo que queda como recuerdo de monsieur Félix Faure en su gabinete de trabajo, adonde fué la muerte á herirle en la nuca...

Se le ha trasladado al « Salón de fiestas » del Eliseo. La decoración es regia: espléndidas colgaduras, soberbios tapices de Gobelins, enlutadas banderas; bayonetas y espadas; muchas orquídeas, muchas lilas, muchísimas rosas; la suntuosa corona del Emperador de Alemania; las flores llevadas por el príncipe Ouroussoff á nombre de los emperadores de Rusia; y bajo pálido parpadeo de luces eléctricas la ripiosa fisonomía de Faure, con la desencajada expresión que tienen todos los muertos... ¡ Y en el gabinete de trabajo, todo soledad, el ramito de violetas marchitas!

¿ Quién tuvo la ventura de llevarle las últimas flores? Se ignora... Pero se murmura que por el gabinete de trabajo pasó entre tres y cuatro de la tarde del día en que murió Faure la adorable criatura que se llama Sorel, protegida, como actriz, por el eximio presidente.

Unos críticos dicen que tiene talento. Otros críticos lo niegan en absoluto. ¡ Pero es tan bonita!... ¡ Y tan hermosa!... ¡ Y tan elegante!... De todos modos, es indudable que tiene el talento de Naná... El ánfora de su talle es la más exquisita porcelana de Sévres. Cuando lo cimbreaba en el *Quai d'Orsay*, todo venía abajo, el Protocolo inclusive...

¡ Y qué *dernier cri*, qué *smart de toilettes*! Cada visita de la Sorel al *Quai d'Orsay* era un *frou frou* de acontecimientos. Una tarde se presentó allí con traje de paño azul pastel, recubierto de dos túnicas, abiertas por delante y contorneadas de anchos pliegues que se evaporaban al llegar al talle, volviendo á subir y evaporándose más abajo de los brazos... Otra tarde fué con traje de paño gris, *sisado* el corpiño sobre *guimpe* de muselina de seda, y continuándose en túnica, estilo princesa, que recubría casi toda la falda, bordada toda la vuelta de una banda de paño blanco, incrustada, recordada y bordada... ¡ Y siempre con el ramito de violetas para el protector de su talento artístico.

La Sorel, agradecida á la protección que dispensaba á su talento el presidente de la República, iba á darle gracias con su ramito de violetas al empezar la tarde, cuando M. Félix Faure, que trabajaba matinalmente, permitíase un rato de vagar después de copioso almuerzo rociado con exquisitos vinos; y como complemento de delicias de peligrosa digestión, recibía las bien olientes flores de la Sorel.

¡ Qué tristeza la de la actriz al saber que su última visita fue precursora de la visita de la muerte!... ¡ Y qué consuelo el de M. Félix Faure cuando herido por traidora apoplejía, en la severa estancia del trabajo diplomático, vio en la chimenea de blanco mármol, las violetas del ramito, paseando su aterciopelada poesía por entre las prosaicas y amarillentas páginas del Protocolo!...

PRESIDENTE Á LA ESPAÑOLA. — « La entrada de M. Loubet en el palacio del Eliseo es un acontecimiento que ha dejado bizcos á muchos republicanos de nuevo cuño. Acostumbrados al ceremonial de la monarquía sin monarca, ó con monarca por siete años de reinado, esos señores republicanos no se explican un presidente que no sea alto y gallardo, con cierto aire marcial, partidario del Protocolo, de grandes fiestas eliseas, de pomposas charre-

teras, relucientes cascotes, desnudos aceros y briosos corceles caracoleando en grandes paradas.

Los mismos republicanos que antes censuraron á M. Loubet, cuando dijo que no debía quejarse de que le hubieran elegido presidente del Senado; pero que « mejor estaría en el campo, en medio de bueyes, carneros y vacas, con el fusil al hombro, las polainas de caza en las piernas y la pipa en la boca », censuran hoy que haya entrado en el Eliseo como Pedro por su casa.

Esperado á las cuatro en punto de la tarde, M. Loubet, que por ser del Mediodía de Francia debe de tener algo de español, llegó á las seis de la tarde. Semejante retraso, pensaron los republicanos que esperaban al jefe del Estado, por fuerza responde á muy graves circunstancias.

Pero todo se redujo á que al salir Loubet del Senado para Palacio, notó que hacía buen día y se fué á tomar el sol á los Campos Eliseos. (*Profunda sensación*).

El equipaje del presidente de la República llegó en un simón destartado. (*Espanto general*).

El *landeau* en que llegó después el mismo presidente no tenía las iniciales E. L. (Emilio Loubet), sino F. F. (Félix Faure), porque el nuevo presidente no quiso que las variasen. (*¡ Qué atrocidad!*)

Los arquitectos del Eliseo manifestaron que el señor presidente no había encargado modificación alguna en las habitaciones de su predecesor. (*¡ Qué horror!*)

El cocinero manifestó que la comida preparada para el jefe del Estado componíase sencillamente de sopa, lenguado, pollo guisado, legumbre, todo con aceite. (*¡ Esto es el acabóse!*)

¿ Qué dirán las naciones extranjeras?)

El señor presidente llegó sin escolta. (*¡ Oh!*).

El señor presidente no fue recibido con ningún aparato militar. (*¡ Increíble!*)

La señora del presidente no entró en el Eliseo, permaneciendo á la cabecera de la cama de su hijo menor, que tiene un fuerte ataque de influenza. (*¡ Ah!*)

El señor presidente cenó en la sola compañía de su hijo mayor los consabidos platos de sota, caballo y rey, todo guisado á la española, con aceite. (*¡ Uff!*)

A las diez en punto de la noche el señor presidente dormía. (*¡ Qué escándalo!*)

A pesar de todo lo cual, el pueblo dio vivas al señor Presidente.

¡ No había de dárselos! Presidente así, á la española, á lo Pi y Margall, es todo lo que necesitan Francia y la República... Y después de todo, ¿ quién dice que en la modestia de un Loubet no hay más orgullo de republicano y de hombre, que en la pompa de otro presidente que hiciera el papel de mascarón de proa en la nave del Estado?)

DEROULEDE. — El día de los funerales de M. Félix Faure se produjo un incidente bastante grave en el cuartel de la calle de Reuilly, en París.

En el momento en que apareció á la cabeza de una brigada el general Roget, y cuando iba á entrar á su cuartel, M. Paul Déroulède, diputado de la Charente, presidente de la Liga de los patriotas, acompañado de M. Marcel Habert, diputado de Seine-et-Oise, se precipitó sobre el general gritando: « Venid con nosotros! Asalteemos el Eliseo! »

Al referirse á este incidente M. L. Desmoullins, dice, en un diario francés: — « Después del « entierro, la policía se mostró tolerante á los « gritos de *Viva el ejército!* Pero el regreso « del cementerio fue desgraciadamente dramático: M. Paul Déroulède, que no tiene paciencia para sufrir todas las vergüenzas por « que estamos pasando, se dejó arrastrar por « el ardor de su temperamento y comenzó á « arengar las tropas que conducía el general « Roget. Este es, precisamente, el general que « los revisionistas designaban como alma de un « complot militar.



M. Déroulède

« Pero ni el general, ni los oficiales, ni las tropas se inquietaron: siguieron marcha á paso militar. M. Déroulède los sigue al mismo paso, gritándoles que salven la República, que salven á la Francia, que marchen sobre los ministerios y sobre el Eliseo!

« La brigada flanquea una avenida; pueblo y tropas bajan en medio de un entusiasmo indescriptible; de todos los pechos salen gritos ensordecedores, y al llegar á la calle Reuilly la multitud se descubre, en las cercanías del cuartel. Allí, ¿qué va á hacer la tropa? ¿Continuará descendiendo? ¿Entrará simplemente á sus cuartas?

« Si lo hace, cumple su deber legal; si gira un metro á la izquierda en lugar de hacerlo á la derecha, es la revolución, el Eliseo asaltado... sabe Dios...! Déroulède lo sabe también y hace un esfuerzo supremo, evidentemente insensato... Se ase de las bridas del caballo del general, con tal violencia, que hace vacilar á la tropa, la detiene casi un instante, y ordena al regimiento no entrar á sus cuarteles y marchar sobre París. El general Roget permanece impassible, y advirtiéndole solamente la especie de hesitación automática producida por el mandato de Déroulède, con un simple movimiento de la punta de su espada, señala la calle de Reuilly, en la que se abre, á pocos pasos la verja del cuartel... La suerte estaba echada: la ley triunfa, la revolución fracasa. El regimiento marcha, pasivo y compacto. Solamente Déroulède trata de salvar la entrada, acompañado de M. Habert. El general Roget le ordena no penetrar.

«— Caballero, le dice simplemente, no se puede entrar: si lo pretendéis os arrestaré.

«— Arrestadnos general, pero entraremos.

«— Está bien, contesta el general; y dirigiéndose á la guardia, da la orden: arrestad á estos caballeros y depositadlos en una sala... La consigna quedaba cumplida.»

Jules de la Fosse escribe á este respecto:

« Un destino despiadado pesa sobre este desdichado país, tan digno por su genio de alta fortuna, arrastrado por la fatalidad á todas las desventuras. Elige á M. Loubet para presidente, y hace encarcelar á M. Déroulède. Lo que choca en la elección de M. Loubet no es la enfermedad psicológica que le echan en cara sus adversarios: es el carácter simbólico de esa elección; es que el parlamentarismo se instala con él en el Eliseo. Al gritar de Déroulède no han contestado ni el pueblo ni el ejército. Así, ¿merece el primero un sacrificio? En cuanto al segundo, el general Roget ha cumplido con su deber.»

El mismo Desmoulins establece un paralelo entre este militar y el coronel Picquart, colocado antes en circunstancias parecidas en la cuestión Dreyfus. « El camino del coronel Picquart, dice, le estaba trazado como militar: para no salirse de él, le bastaba conformarse con las reglas estrictas de la disciplina. « Le plugo salir de la órbita en donde debía retenerle el respeto de la jerarquía; trató, por medio de una iniciativa culpable, de sustituir su acción privada á la obra de la justicia militar y quiso comprometer y desacreditar á sus jefes; su vida fue una larga y tortuosa intriga, ante la cual interesa colocar la carrera tan leal, tan uniforme del general Roget. Este no tiene historia: sus orígenes son de los más modestos; se ha elevado por sus propios méritos, no debe sus grados á ningún favor. Llegó á la cima: los revisionistas lo calumniaron, lo ultrajaron, lo amenazaron. Ahora, uno de los que más lo han sostenido en el curso de esta abominable campaña, se le enfrenta, rodeado de una multitud entusiasmada, y le dice:

«— General, volved las bridas y entrad á París: tenéis en vuestras manos la justicia y la reparación.»

« Se le aclama, y él, frío, impávido, no ve sino la disciplina, no conoce sino el deber: entra á sus cuarteles y hace arrestar á los amotinados. Inmediatamente lo comunica al Gobernador militar de París.

« Entre el general y el coronel, júzguese quién es el verdadero soldado: el que interpreta el deber, ó el que lo cumple.»

Cuando el Gobernador de París recibió el aviso del arresto de Déroulède y Habert, lo comunicó á su vez al Presidente del Consejo de Ministros, el cual dio la orden de que se trasladase á los detenidos á la prisión de la Conserjería.

Déroulède ha dirigido al Presidente de la República una carta en la cual declara: « Entré al cuartel con el propósito de comprometer á las tropas en un movimiento insurreccional que derrocara la República parlamentaria para sustituirla con la República plebiscitaria. No deseo excusarme.»

El Procurador general de la República ha instaurado demanda contra los diputados detenidos, ante la Corte de París. El delito está prevenido en el artículo 25 de la ley de 29 de julio de 1881, modificado por la ley de 12 de diciembre de 1893, la cual pena á los culpables con prisión de uno á cinco años.

La Comisión de la Cámara, encargada del examen de la demanda, se ha pronunciado favorablemente á ésta, negando la libertad provisional de los arrestados, por tratarse « de un atentado contra la República y un verdadero ultraje al ejército, que acababa, en medio del pueblo de París, admirable en su actitud de duelo, de dar un nuevo ejemplo de fidelidad á las leyes.»

(Le Petit Parisien.)

LA MADRE DEL PRESIDENTE DE FRANCIA.—

« M. Loubet no tiene padre; pero todavía existe su madre, allá en « la tierra. Tiene ochenta y seis años de edad.

« Desde el día siguiente á la elección presidencial, la venerable octogenaria se ha visto asediada por los *reporters* que de todos los puntos de Francia se han apresurado á dar á conocer al público su interesante y curiosa figura. Han pintado á la buena campesina trajeada de delantal azul y gorro blanco acucuruchado; robusta, activa y presumida, á pesar de la edad. La comparación entre los rasgos de la madre y los del hijo hace resaltar una notable semejanza.»

(L'Illustration, — París.)

M. Brunetiere, dice: « Creo que una democracia debe enorgullecerse de que uno de sus hijos de humilde extracción pueda llegar á tan encumbrado puesto por exclusiva obra de su

energía y de sus méritos. ¿No debemos experimentar como una regocijada emoción al saber que una pobre y honesta anciana de Francia, fiel á su pedazo de tierra y á su papalina de aldeana, haya dado á su país un hijo que ha subido á la cumbre del poder, conservándose sencillo de espíritu y corazón? »

POLÍTICA ESPAÑOLA

En una revista española encontramos las siguientes consideraciones, que bien pudieran aplicarse á la actualidad política de muchos países:

ZUMPE Y SAGASTA.—No hay error ninguno en esta asociación de los nombres del ilustre maestro alemán, y del político desdichado. Certo que entre el músico que se va, gloria del arte, que vive en la plenitud de sus facultades, y el « músico » que nos queda en triste agotamiento, no puede haber analogías: el primero es un gran director de orquesta; el segundo es un mal presidente del Consejo. Pero de esta asociación de los nombres de Zumpe y Sagasta se pueden sacar algunas deducciones de innegable conveniencia.

Preguntaba á Zumpe un amigo nuestro, no hace muchos días, qué opinión había formado de la orquesta del Teatro Real, que de tan notable manera había interpretado recientemente una de las obras más difíciles de Wagner. Y el maestro, imparcial y bondadoso, respondía:

« En general, mi opinión es favorable. La primera materia, el músico, es excelente, admirable por sus condiciones. Los violines son muy buenos; el metal regular; la madera deficiente; los instrumentos pésimos... Con estos instrumentos, sin embargo, pueden hacerse obras admirablemente, porque la primera materia es superior á cuanto yo he visto en el extranjero. Lo que hace falta es una batuta que dirija, que quiera dirigir... »

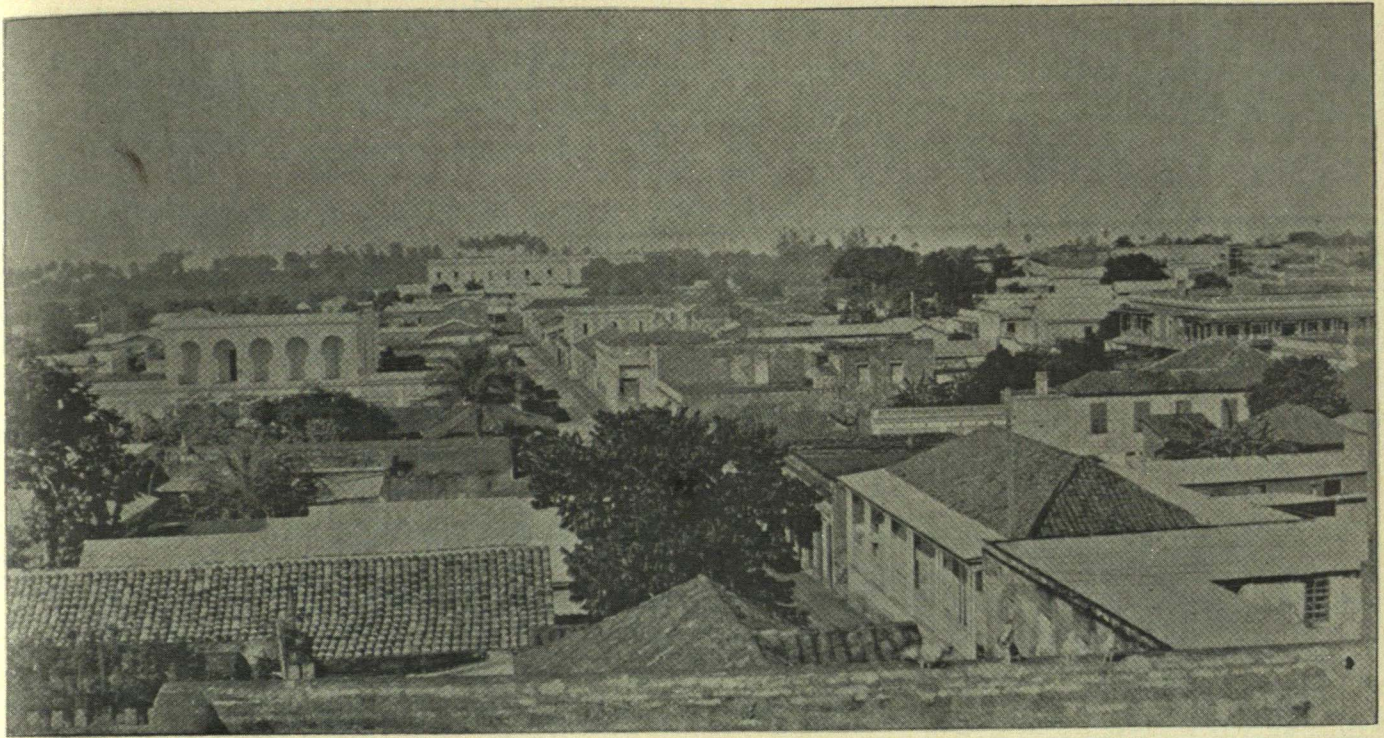
El maestro lo ha demostrado prácticamente en las obras que ha dirigido. Bajo el imperio de su batuta incansable, por la cual parece escaparse su espíritu de artista, llevando á todos los lados de la orquesta en los nerviosos movimientos la verdadera nota concebida por el autor, la orquesta del Teatro Real ha realizado verdaderas maravillas. ¡Qué variedad de matices! ¡Qué delicado claro-oscuro! ¡Qué efectos más extraordinarios!... Y el público, conmovido, electrizado por la mágica batuta del maestro Zumpe, sentía que aquellas notas geniales revolían en su alma todos los sentimientos, y se levantaba lleno de entusiasmo para atronar el espacio con sus aplausos justicieros.

El juicio hecho por Zumpe de la orquesta del Real se puede aplicar sin violencia á la nación, murga desconcertada hoy, que pudiera convertirse en buena orquesta. La primera materia, el pueblo, no puede ser más excelente; en ninguna parte podría encontrarse materia mejor dispuesta, pueblo que responda á las necesidades de la patria con sacrificios tan enormes, llevando á sus colonias 200.000 hombres con facilidad tan sorprendente. Lo que hace falta es una dirección enérgica, inteligente y honrada, que sepa utilizar la materia prima, que sepa aprovechar sus sacrificios.

Vive nuestra sociedad, *Mar muerto*, como ha dicho Sellés, en una indiferencia dolorosa. Si hubiera una dirección inteligente que hiciera sentir en sus entrañas el fuego de la vida, que llevara á su espíritu, como la batuta de Zumpe, la noción del deber, la nota genial de una virilidad fecunda, veríamos á la sociedad agonizante dar señales de vida, agitarse en oleadas fieras, levantarse en convulsiones de entusiasmo como las olas embravecidas de un mar en borrasca, y en este caso no habría que lamentar desafinaciones y *moros* tan terribles como los que han hecho perder á España, Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

—¿Cómo va la orquesta? ¿Cómo va la orquesta, maestro?—preguntaban á Zumpe. Y el ilustre artista contestaba:—No va mal; no va mal... »

No podrá decir lo mismo el señor Sagasta de



MAYAGÜEZ. — Vista parcial

su orquesta. Malos han sido siempre sus "instrumentos"; pero la desdicha ha llegado al extremo. Perdidos los violines del señor Gamazo, no quedan en la orquesta fusionista más que el metal, ya cascado de Moret, muchos violones y la madera averiada de una mayoría sin disciplina. El director, agotado, sin verdaderos sentimientos "artísticos", mueve la batuta pesadamente, de arriba á abajo, en un compás monótono é insoportable, sin energía, sin nerviosidades, sin matices, como el movimiento de una noria. Y el público, cansado, aburrido, indiferente á todo, ni aun sale de su atonía para silbar á la orquesta.

Aun siendo malos algunos de los instrumentos, pudiera hacerse algo con ellos. Pero es necesario que haya una dirección poderosa, viril, llena de fe. Bajo el imperio de la batuta de Zumpe la orquesta del Real ha hecho maravillas. La sociedad española necesita también un Zumpe que la conmueva y la saque de la atonía.

CASTELAR, MAQUIAVÉLICO.—El *Diario de Barcelona*, contiene el siguiente artículo referente al señor Castelar:

"Habló el oráculo y temblaron las esferas. El señor Castelar, desde su olímpico retiro, movido por el presentimiento de que la salvación de la patria y de la humanidad exige que haga oír su sibilina voz, cumplió con este sagrado deber desde el balcón de *El Liberal*.

Generalmente se cree que el señor Castelar es en política un poeta, un soñador, que fijos los ojos en sus ideales, se dirige con paso resuelto á la realización de sus utopías por el camino ancho y descampado de la más rigurosa moral, de la más rígida conciencia, de los sentimientos más nobles y desinteresados, absteniéndose sistemática y severamente de emplear en provecho propio ó de la causa á que sirve, las impurezas de la realidad que le salen al paso y le tientan en su peregrinación por la tierra. Castelar, hasta para sus mismos adversarios, hasta para los que no creen en su infalibilidad, hasta para los que admiten que puede caer en error, que puede equivocarse y que se ha equivocado, es un culpable inconsciente, y sus tropezos son hijos de la pureza de sus sentimientos, de la inocencia de sus actos, del espejismo

que le produce el caminar con los ojos apartados de la tierra y fijos constantemente en los más deslumbradores ideales. Tratándose de hechos en que no interviene la voluntad, el error es disculpable, y el pecado, por terribles que sean sus consecuencias, no pasa de venial.

Esto es lo que generalmente se piensa del señor Castelar, y como este retrato no se le parece ni poco ni mucho, es necesario reconocer que es muy grande la habilidad de quien lo mantiene á los ojos del público como trasunto fiel de la realidad. Y la realidad es que el señor Castelar, lejos de vivir en los espacios imaginarios, vive, y muy á su sabor, en este mundo de miserias, de intrigas, de farsa, de ruines pasiones, sin menoscabo de su reputación y de sus intereses y sin desdenar ni mucho menos los procedimientos que en él se usan. Del examen imparcial de los hechos resulta que, lejos de ser en política un inocente platónico, es un consumado maquiavelista. Oigamos sus confesiones:

El 8 de julio de 1873 decía: "Nosotros, con nuestra táctica, con nuestra habilidad, dividiémos, separamos los partidos monárquicos; los pusimos en pugna unos con otros, y, á consecuencia de aquello, vino la destrucción de la Monarquía."

Acto de maquiavelismo fue el procurar la disolución del cuerpo de Artillería en tiempo de D. Amadeo para restablecerlo una vez proclamada la República, y no menos maquiavélico fue el inducir á Rivero y demás conjurados á que, mientras servían á la Monarquía, conspiraran para derribarla, obligando al duque de Aosta á buscar en tierra no española donde librarse de aquellas mal olientes impurezas de la realidad.

El señor Castelar, tenido por inofensivo, nunca reparó en los medios de alcanzar sus fines, haciendo llorar con lágrimas de sangre su contradicción en el terreno de las teorías, que se convirtieron en muchos casos en luctuosas realidades. Predicó el partido republicano la abolición de las quintas por boca del señor Castelar; se le prometió al pueblo que nadie iría al servicio de las armas contra su voluntad, ni para defender la integridad de la patria; el Ejército se debía componer sólo de voluntarios, y con este poderoso aliciente el partido se atrajo á las masas, y principalmente á las madres de familia.

Una vez en el poder, el partido proclamó el servicio general obligatorio, valiéndose de la repugnante superchería de que cuando dijo *servicio voluntario para todos*, quería decir *servicio obligatorio para todos*. Y vinieron aquellas famosas quintas llamadas de Castelar, en que hasta los tísicos en tercer grado fueron llevados á los cuarteles. Triunfaba Maquiavelo y quedaba derrotada la probidad política.

También el ilustre tribuno fue porta-voz de su partido al proclamar la abolición de la pena de muerte, y así como le tocó establecer el servicio obligatorio, le tocó restablecer y aplicar la pena de muerte. Otro triunfo del maquiavelismo sobre la sinceridad y la humanidad. En virtud de este restablecimiento, fue fusilado en Tarragona un cabo que se había pasado á los carlistas. En sus declaraciones dijo que en virtud de las promesas de los republicanos creía que no estaba obligado á servir contra su voluntad y que podía adherirse al partido cuyas ideas profesaba. El haber creído en las promesas del partido republicano le costó la vida, pues sobre aquellas promesas estaba la ordenanza, y entre el credo democrático y el código penal militar, el señor Castelar optó por el último, siguiendo los consejos de su maquiavelismo.

El señor Castelar, por celos del oficio, sintió siempre mal disimulada ojeriza por D. Alejandro Pidal, y desde que le vio sentado en el banco azul no se dio punto de reposo para arrojarlo de él. A ser en política el Bayardo sin miedo y sin tacha que suponen sus parciales, el procedimiento era sencillo: subir á la tribuna del Parlamento uno y otro día hasta inhabilitar á su adversario; pero, discípulo ante todo de Maquiavelo, prefirió apelar á las intrigas bizantinas preconizadas por el diplomático florentino, y con el señor Morayta urdió la intriga del discurso universitario, coreado por los estudiantes bulangueros que les proporcionaron los fusionistas, á cuyo servicio está y de cuyos servicios se aprovecha el errante republicano.

Pudiendo imitar al Cid para acabar con su adversario, prefirió tomar por modelo á Bellido Dolfos. Ahora trabaja en el mismo terreno al servicio de la misma causa y con los mismos auxiliares, como demostraremos otro día."

Prensa Extranjera

REVISTA MODERNA.—La nueva publicación ha sido fundada este año en México, por el señor Jesús E. Palenzuela. El doctor Porfirio Parra está encargado de la sección científica y cuenta la Revista con un lucido cuerpo de redactores.

El número 2, correspondiente al mes de febrero, y que hemos recibido oportunamente, trae un buen texto autorizado por firmas de escritores americanos conocidos y aplaudidos en las letras, tales como Othon, Delgado, Darío, Tablada, Valencia, Ferrari, Peza, Lugones, etc., etc.

REVISTA ILUSTRADA.—El número 10, correspondiente al 27 de febrero, trae interesantes estudios científicos é históricos.

LA CAMPANA.—Bogotá (República de Colombia).—Dirigida por Guillermo Posada y Francisco González L.—Los números 10, 29 y 39, que hemos recibido, traen buena colaboración literaria de Uribe, Carrasquilla, Bobadilla, Valencia, Arciniegas, y una aplaudida y bella composición del malogrado José Asunción Silva.

LA BOHEMIA SENTIMENTAL.—Del último número del *Mercurio de Francia* traducimos las siguientes líneas relativas al libro de Gómez Carrillo:—"En la graciosa novela de Gómez Carrillo no hay la menor pretensión á la Sociología; y no se trata, sin embargo, de un rincón de la *Hampa*, el más delicioso, el único que tenga quizá una razón social, un sacerdocio, iba á decir. "Si no eres artista no entres. Este es un jardín cerrado á quien no tiene la fortuna de vivir en belleza," escribe el autor, que nos advierte en seguida que va á hablar de juventud, de bohemia, de mujeres bonitas y de poetas famélicos; y hablará con tanto arte, tanta sinceridad, tanta convicción, que por un momento seremos todos "Joven Francia." Es al pleno París, al mundo de las artes y de las letras, adonde nos conduce el escritor; confesemos que no puede haber mayor temeridad. Sin embargo, abrid el libro y leeréis con curiosidad hasta el fin. Una manera muy personal y muy artista, una tonalidad deliciosa como el arte del pastelista: hé ahí las primeras cualidades literarias de Gómez Carrillo. Nada diremos de la menuda intriga al rededor de la cual ha enhilado exquisitos accesorios: es amor, celos, luz como todos los poemas. A los lados, una curiosa revista de los modelos de Montmartre, una ojeada sobre los libros que han tratado de la bohemia en Francia, conceptos nuevos sobre la pantomima y tiernos paisajes del París estival. Por el estilo y por la concepción, Gómez Carrillo pertenece casi á la escuela francesa, de cuyas cualidades participa: la concisión, el gusto en la elección de las imágenes, el sentido de la belleza plástica. Su libro pasaría *mot á mot* al francés sin que perdiera nada de su encanto, conservando cierto sabor exótico, un algo acre en el movimiento, una ligera fruslería en el detalle que lo hacen de un parisianismo capitoso. "No entréis si no sois artista."

Ciencias Médicas

ANESTESIA LOCAL.—M. Henri de Parville hace conocer detalladamente, en una revista científica francesa, el procedimiento y fórmula de un nuevo anestésico para las pequeñas operaciones que no requieren la insensibilidad general. Este anestésico puede emplearse, por ejemplo, en las operaciones dentales, sin hacer sufrir al paciente.

Hasta ahora la simple extracción no ha podido hacerse sin dolor. La cocaína es la que ha producido la mejor anestesia local; M. Reclus

ha codificado su empleo y el método es ya generalmente conocido, pero se necesita una inyección sub-cutánea. Se ha tratado de evitar la incisión y reemplazarla por una simple pulverización refrigerante, tal como la de cloruro de metilo ó de etilo. Pero para ello es preciso dirigir bien el líquido, de modo que no caiga sino sobre la parte que se trata de insensibilizar, lo que no siempre se consigue, sobre todo, cuando el paciente es nervioso.

El doctor Bardet, secretario general de la Sociedad de Terapéutica, acaba de combinar el uso de un líquido refrigerante y de la cocaína, sirviéndose de un clorético cocainado. A la dosis de 4 p^o de cocaína, esta solución da excelentes resultados, especialmente en dermatología, cuando se trata de escoriaciones ó de resecciones de pólipos. Cuando se quiere practicar la anestesia cutánea, la solución se aplica á veinte centímetros de distancia del punto que se desee insensibilizar. Se esperan cinco minutos; el líquido se evapora y queda sobre la piel una capa blanca pulverulenta de cocaína. Entonces puede operarse: la anestesia es completa.

Cuando se trata de la boca, la dificultad es mayor. En ese caso, se acostumbra hacer la incisión en la raíz del diente y se emplea siempre una solución esterilizada, por temor á las hemorragias post-operatorias, porque la cocaína es vaso-dilatatoria. A este respecto dice el doctor Capitaú: "M. Legrand ha tenido una ingeniosa idea: hace entrar en la fórmula un coagulante: la gelatina." Esta fórmula es como sigue:

Gelatina pura	20 gr.
Cloruro de sodio puro	0.70 "
Fenol helado	0.10 "
Clorhidrato de eufaina B	0.70 "
Clorhidrato de cocaína	0.30 "
Agua destilada, por volumen total,	100 cent.

cúb.

El efecto singular de esta solución es que determina una anestesia completa, la cual permite, sin precipitarse y sin hacer sufrir al enfermo, practicar todas las extracciones de dientes y raíces; luego, después de la operación no hay que temer las hemorragias.

Este procedimiento ha sido empleado en numerosos casos por el doctor Dumont, siempre con resultados satisfactorios. La operación, según Capitaú, se hace del modo siguiente: se coloca contra la raíz del diente un pequeño tacco embebido en la solución anestésica; se retira al cabo de algunos minutos y se aplica una inyección de la solución indicada, licuada y tibia. Se inyecta un centímetro cúbico á centímetro y medio de ambos lados del diente (interno y externo); se hace la incisión por debajo del cuello y se introduce la aguja, inyectando hasta la mayor profundidad posible. Tres minutos después se puede hacer la extracción. El enfermo no siente nada. La operación puede hacerse lentamente y con todas las precauciones de costumbre.

Entonces se manifiesta la acción de la gelatina. Apenas hecha la extracción, el alveolo se llena de sangre, la cual se coagula inmediatamente y se presenta bajo la forma de un casquete rosado que impide la producción de la hemorragia. La cicatrización se hace rápida y sin ningún accidente. Legrand y Dumont citan el caso de una joven hemofílica, cuyas extracciones dentales iban siempre seguidas de pérdidas sanguíneas abundantes. Pudieron extraerle dos dientes sin que se presentase la menor hemorragia. Por otra parte, no han observado nunca la infección del alveolo ó los accidentes de las mucosas que á veces produce la cocaína.

Nautica

EL ARTE DE SALVAR.—El cronista científico de una revista europea anuncia que se ha efectuado en la Pallice el ensayo de un nuevo barco "invariable" é "insubmersible," imaginado por M. Henry.

Después de la descripción del barco, se pregunta el lector cómo no se ha realizado antes el invento: tan sencillo, hasta trivial, es el sistema.

Imagínese un tronco de árbol, en el cual se practica una cavidad poco profunda, en la que puedan colocarse las piernas; en el fondo se le hace un agujero vertical que llegue hasta el agua y se talla á un lado un asiento bajo. Es claro que el líquido sube por el agujero y que si se embarca el agua, sale también por él: las olas pueden romperse contra la embarcación, sin peligro de zozobra. Esto, en cuanto á la "insubmersión."

Para evitar la ida á pique, puede aprovecharse la disposición de los titeres de contrapeso. Por el agujero vertical se introduce una varilla sólida que descienda más abajo del nivel del agua y en su extremo inferior se dispone un lastre bastante pesado. Es lo que los marinos llaman "el garete." Se comprende que con semejante disposición, el barco permanece siempre en equilibrio.

Tan racional sistema lo ha aplicado M. Henry á su invento.

Dos cubiertas superpuestas estrechamente forman, en el espacio vacío que dejan entre sí, una cámara pneumática. Sobre la cubierta superior, más alta que el nivel del mar, se practica una larga ranura, que atraviesa ambas capas y se prolonga hasta el agua. En la base de este pozo longitudinal, á 1 m. 40 por debajo de la quilla, pende el "garete," larga lámina de hierro fundido, lastrada con un bloque de fundición de 340 kilogramos de peso. Naturalmente que puede subirse el contrapeso, según sea el fondo del paraje.

Se ha sometido este buque á diversas pruebas, obligándolo primero á inclinarse 90°, y ha vuelto á su posición primitiva. Se le ha invertido por medio de un aparejo, y una vez suprimido este, se ha colocado de nuevo en su posición normal.

Se le ha sometido, en fin, á un golpe artificial de mar, representado por una caída de diez toneladas de agua, desde una altura de tres metros. Bajo tan enorme peso, el buque se inclinó, rodó y arrojó toda el agua por la hendidura longitudinal.

Varia

La Academia de Francia ha otorgado el premio Jean-Reynaud, de 10.000 francos, á monsieur Ernest Legouvé.

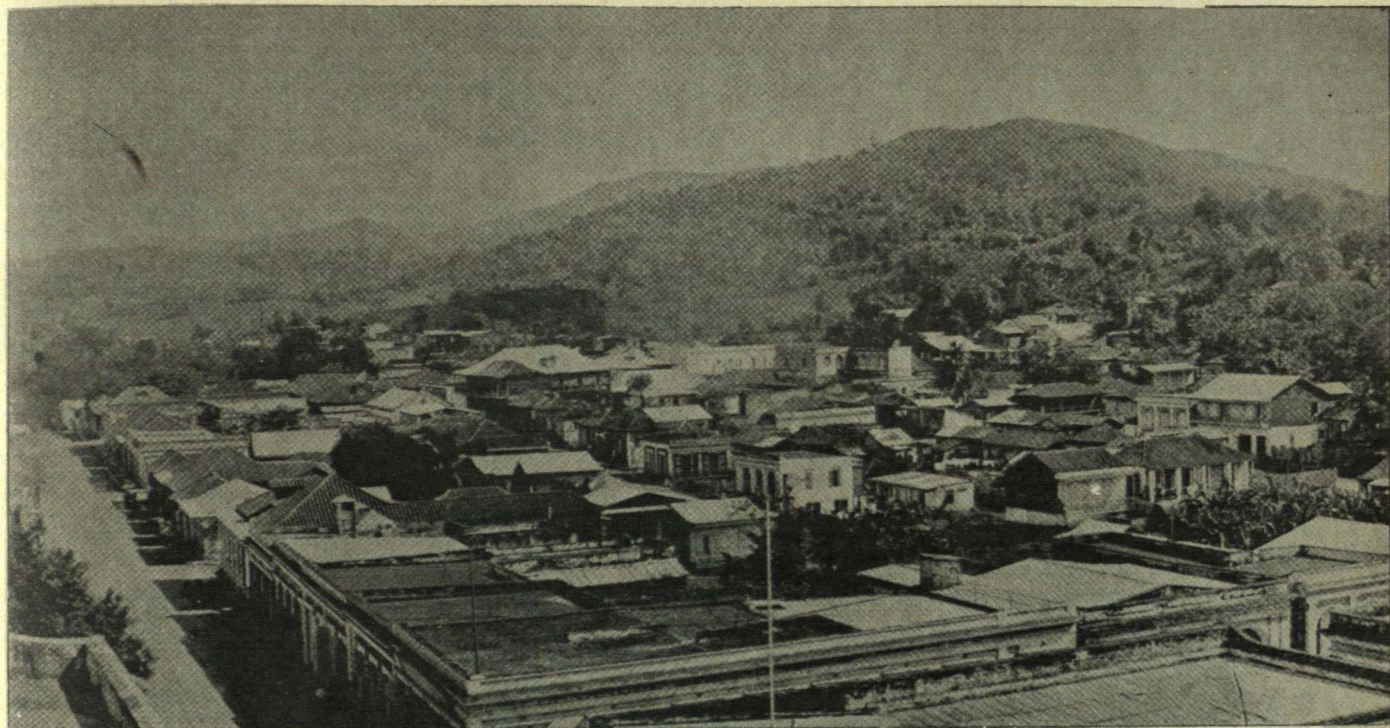
A este respecto dice un cronista lo siguiente:

"Muy estimable y muy digno de respeto me parece Legouvé; pero ni su respetabilidad ni la estimación que merece son títulos bastantes para alcanzar esta *ganga* de 10.000 francos. El premio Jean-Reynaud fue instituido para obras que acreditaran un carácter de originalidad bien marcado, un esfuerzo personal de valer innegable, lo mismo literarias que musicales, lo mismo de un poeta que de un sabio. Y esto es precisamente lo que falta en las obras de Legouvé: el esfuerzo personal, el sello de la propia originalidad. En los trataditos de moral casera que Legouvé ha escrito hay de todo y de todos. . . pero la originalidad no parece.

La concesión del premio Jean-Reynaud, injusta á todas luces, ha sido recibida entre los escritores con grandes protestas. En cambio ha sido recibida con aplauso otra decisión de la Academia concediendo al ilustre poeta Henri de Regnier el premio de Vitet.

Esta última gracia ha sido tan justa como injusta la primera; porque Regnier es un poeta admirable, el único poeta, como ha dicho un periódico, después de muerto Mallarmé."





MAYAGÜEZ. — Vista parcial

PERFILES ACADÉMICOS

DON JULIO CALCAÑO,

SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA VENEZOLANA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA DE LA LENGUA

No imagino por qué, al pasar por la criba de nuestra singular democracia, todo aquello que de España heredamos, quedó separado como inútil desperdicio el tratamiento de *Don*, que es tan señorialmente nivelador de todas las clases sociales.

Ni menos comprendo cómo perduraron privilegiados por este don nada más que los pulperos y los isleños labradores, para que ahora, por trabajosa reversión de los gustos académicos hacia nuestra vieja nodriza europea, tengamos que dar trato exclusivamente igual al maloje-ro patán, al choricero de la esquina y al irreprochable individuo de una docente y empingorotada Corporación Nacional.

Quede, pues, el señor Secretario con aquel ribete y tratamiento común a todos sus colegas, y digamos de una vez que es Don Julio el ojo perfecto, a más de perpetuo, de la Academia Venezolana: el ojo que por ella mira y advierte, llora ó sonríe, duerme ó vigila, y hasta truena, como diría un literato decadente, cuando el trance lo pide.

Quiere esto significar que es Don Julio no solamente cumplido vocero del Cuerpo de quien es intérprete Secretario, sino que, diligente y solícito, vela constante por el auge y esplendor del Instituto: laborioso, entendido y oportuno para presentarle en toda ocasión espectable y digno ante propios y extraños.

Y afirmo y sostengo al mismo tiempo que á todos los académicos aventaja en estudio y trabajo científico y en producciones humanistas y obras de aliento literario

Es periodista también y escritor públi-

co de los muy buenos y muy sólidos; y aunque en la carrera política se ha limitado á ser empleado consentido, soporta sin repugnancia el título de General como cualquiera de sus conciudadanos.

Es grave en el pensar, pero jovial de carácter, culto y ameno en la conversación y el trato. Su porte es notablemente distinguido y como lleva las canas sobre carnes que rebozan frescachona juventud y viste con cierta y aceptable elegancia, su exterior agrada completamente. Es su andar pausado y cadencioso, algo abierto de remos, de manera que mirada á distancia su persona, diríase que irradia de sí remilgos de presunción y vanidad.

Tiene la fortuna de ser sordo; porque con esto se evita el oír á algunos imperitinentes que le dicen literato ensimismado que empequeñece sus glorias con el disgusto de la ajena nombradía. En cambio, con su clarísima percepción intelectual, comprende muy bien que es privilegio del mérito personal el atraerse la malqueriente emulación, y compensa tan ingratas impresiones con la amistad y preferente correspondencia con los príncipes ultramarinos de la literatura castellana.

Por mí sé decir que es hombre llano y sincero en todo, menos en letras, porque en esto le tengo por embustero. Pruébelo su excelente libro "El Castellano en Venezuela" que con ser una joya de erudición, levanta gran número de falsos testimonios á nuestro lenguaje usual so color de provincialismos y barbarismos jamás oídos ni pensados.

No tiene patria Don Julio; quiero decir, que no pertenece sino á la patria de las letras, y esto con cierto amor predilecto á los extraños. Y hable en este punto aquel su célebre proyecto de convenio literario con España, en el cual se engordaba la tripa á los autores iberos y (rara reciprocidad) casi se condenaba á

la muerte por hambre á los libreros, editores y periodistas de aquí y hasta á las inofensivas *tandas* lírico-dramáticas de Leicibabaza.

Con todo, y por sobre todo, el nombre de Julio Calcaño es una gloria de la literatura venezolana y en la historia de nuestro movimiento intelectual civilizador se conservará con lustre grande y con los gratos aplausos de la posteridad.

CRISYPPO.



Ensayos literarios

La literatura de Colombia tiene eminentes y distinguidos representantes entre los más ilustres en las letras americanas. Ellos se hacen un deber de honor en recomendar, por la alteza de su esfuerzo, por la grandeza de sus concepciones, el nombre y la gloria de la patria.

Y los que en el continente han enaltecido ese nombre y se han enorgullecido por esa gloria, han de empeñarse en que siempre sean dignos de sus altas conquistas.

Por eso no es, no puede ser, no debe tomarse como producto y representación de la literatura colombiana, un libro que contenga los excésos de que vamos á dar cuenta.

Las letras que en sus catálogos tienen inscritos nombres esclarecidos, desde el ilustre é infortunado Nariño, precursor y mártir, hasta la brillante pléyade de los Uribe, y Pombo y Vargas Vila; Caro, Núñez y Carrasquilla; Arrieta, Vergara, Silva y Conto; Isaacs, Flórez, Arciniegas y mil más, esa literatura no puede acusarse de las ocurrencias de un libro que comienza así:

—"Tum, tum.

—"¿Quién es?

—"Yo, Ramón Pérez.

—"Adelante; empuje la mampara.

—"¿Cómo está usted, señor?

—"Regularmente, mi amigo, y ¿usted?

—"Así, así, á medias y sin zapatos. ¿Tengo el honor de hablar con el señor don Antero del Correal, "editor de libros y periódicos y dueño de la "Imprenta Republicana?"

—“Con el mismo que peleó en Garrapatas. ¿Qué se le ofrecía a usted?”

Gracias al diálogo anterior, comprenderán los lectores de EL COJO ILUSTRADO que se trata de un señor Pérez, que suele no gastar zapatos, y anda,—y por consiguiente,—escribe en medias. Sólo que no es verdad que se llame Pérez el solicitante, según se desprende del libro en autos, sino que se llama Lisandro Restrepo, autor de “Ensayos literarios,” que se ha recibido por el último correo:

El héroe de las Garrapatas le replica a poco al señor Pérez:

—“Déjese de majaderías..... Um!..... ¿Memorias íntimas?..... ¿Sabe usted, don Ramón, en lo que pienso? En que usted se ha metido en camisa de “once varas.”

¡Perspicaz, y justo y justiciero editor!

Imposible hacer un juicio detallado de un libro de quinientas diez páginas; menos aún tratándose de un señor tan difuso, tan verboso como es el señor Pérez, a juzgar por el fragmento de diálogo preinserto.

En resumen, la obra está editada en Medellín (Colombia), en la Imprenta del Departamento; contiene dos novelas, ambas de once varas; esto es, de 255 páginas (término medio) cada una. Las ha escrito el señor Pérez así, *De Paso*, según reza el título. Y, como nobleza obliga, también “de paso,” daremos idea del libro, pidiendo mil excusas al autor por el uso que haremos de sus propias palabras y por las interrupciones a que nos veremos obligados.

Página 14.—“Me llamo como queda dicho y anotado (Ramón Pérez) y nací de mi madre (la novena mara-villa!) y fui engendrado por mi padre (véase Historia Natural, capítulo *El Tapir*) en esta Villa de la Candelaria, en donde he vivido hasta el presente (más vale así!) y en donde deseo continuar viviendo (eso es cosa suya) y morir (ajaldí!)”

Página 15.—“Mi cara ha sido fea desde que asomé “por estos valles (se advierte: siga usted viviendo en la Candelaria; tengo cinco dientes y ocho muelas; mi nariz es afilada como un cuchillo de zapatero; mis hombros se levantan á guisa de promontorio; mis ojos, lánguidos y grandes como de buey, han perdido su brillo natural.....” ¡Vaya usted en mala hora. Cuasimodo!

Página 16.—“Héme aquí, caro lector, físicamente pintado, tal como soy, sin exageración y sin falta. ¿Te gusta? Hazme el favor de no contestarme.” (¿Y qué demonios se le puede contestar a usted? Si así es su cuerpo, ¿cómo estará su alma?)

Página 17.—“En achaques de amor soy fuerte en ca-beza ajena.” (¿Dios nos salve el lugar!)

“Me gustan las riquezas.” (Jale por un pico).

“En lo general soy un hombre simpático.” (Sí, es us-ted una prendecita).

“No se crea por lo dicho que yo soy un tipo espe-cial, distinguido de los demás hombres.” (Nó, ape-nas parece usted un acordeón, por los “registros.”)

“Como hijo de mi padre Adán y de mi madre Eva (¡Salve! oh Coán!) en mí se agitan las malas pasiones.” (Ya sabemos que es usted un monstruo).

Páginas 20—21.—“Pero allí no pára la cosa..... Soy “lento en el obrar.” (Pero cuando usted obra, abrir el paraguas!)

“Ya estoy oyendo que alguno me hace el fundado “carga de que no es gracia ninguna el pensar de una “manera y el obrar de otra.” (No se preocupe usted: son cosas que se hacen de diferente manera).

“Intelectualmente no me considero como un prodi-gio (hace usted mal), pues ha de saberse que ni he “inventado la pólvora (se conoce), ni la brújula, ni los “rayos X, ni he escrito la Divina Comedia.”

Eso no es un argumento, porque: los desastres de la guerra, en los cuales tiene gran culpa la pólvora; los naufragios, en los que no hay brújula que valga; una bala alojada en los riñones, contra la que de nada sirven los rayos X; el Infierno del Dante, son cosas diminutas, microscópicas, atómicas, en presencia de su libro.

Desde la página 29 hasta 508, con lo cual termina el libro, se encuentran:

“El medio ambiente, la simpática población que tuvo “la ventura de contarle (á Pérez) en el número de sus “hijos, la plazuela de San Benito, la ciudad de Me-dellín, el departamento de Antioquia, la República de Colombia, la Zona Tórrida, el continente Sud-ameri-cano, la vieja Europa, la Tierra, Apolo y sus buenas “hermanitas, Fray Gerundio de Campazas, la “Travia-ta,” el Extremo Oriente, los Bárbaros, el autor, una “soga que costó ocho pesos, Shakespeare, César, don “Agapito Jaramillo, las Bienaventuranzas, el lector, “las Animas del Purgatorio, el Cajero de la Admi-nistración, el 60 p^o del pasivo, San José, la insula “Barataria, San Rafael, el Padre nuestro, un almuerzo,

“Salomón, el Juez del Distrito, la Confesión general “y el Cielo!.....”

Termina el libro con las siguientes palabras, aplica-das sin duda á los sujetos que forman la lista anterior:

“PAZ Á SU SEPULCRO Y QUE DIOS LOS HAYA PERDO-NADO. ¡ERAN TAN BELLACOS!”

E. VILLAMEDIANA.

Los accidentes felices

La Compañía inglesa del *Great Western Railway* ha tenido que pagar, ante los tribunales, la suma de 62.000 bolívares al viajero Mr. Charles Pfeiffer, por haber sido éste herido en una colisión.

En este caso, Mr. Pfeiffer puede calificarse de reinci-dente, puesto que en 1892, viajando el mismo malaven-turado personaje en el *Midland Railway*, fue víctima de otra colisión, á consecuencia de la cual se le indem-nizó en 45.000 bolívares.

De manera que en siete años, sus desgracias le han reportado á Mr. Pfeiffer la suma de 107.000 bolívares; esto es, 15.000 bolívares por año. En tales condiciones, los accidentes de ferrocarril vienen á ser una carrera de las más lucrativas.

Las compañías inglesas no deben ver con muy buenos ojos á tan desgraciado viajero; y dado el carácter de sus compatriotas, no será extraño que el mejor día le impidan viajar en sus ferrocarriles á tan peligroso pa-sajero.

La coronación de Campoamor

El señor don José de Roure, redactor de *El Español*, preguntó al ilustre poeta:

—¿Es cierto, don Ramón, que se dejará usted coro-nar?

—Yo no, respondió. Pero aunque yo no lo quiera, me coronarán. Al saber el propósito de mis cariñosos amigos del Círculo de Bellas Artes, les supliqué que desistieran; pero se me objetó: que nadie me había pedido mi parecer, y que por tanto no tenía por qué mezclarme en el asunto.—Necesariamente callé; y me coronarán sin que me sea posible evitar el gran tributo de afecto que me preparan.

La fiesta se efectuará á fines del presente mes, ó á principios de mayo.

Campoamor tiene inéditas como 50 doloras. Cuando se cansa de imaginar cosas bellas se duerme en su bu-taca, y al despertar, renacen sus hermosas ideas.

Se dice que Oviedo, capital del país del poeta, es el lugar más á propósito para realizar la coronación.

Entre las doloras inéditas de Campoamor figuran las siguientes:

EL PODER DEL LLANTO

A Emilia Pardo Bazán.

I

Dio el cielo á la mujer miles de encantos, y á pesar de ser tantos, son éstos de un poder irresistible; además de lo bueno y lo sensible, une al pudor, en cuya frente pura todos beben su copa de locura, al dejo celestial de sus acentos, y unos ojos que ven los pensamientos.

II

Leyendo esto, al gran Lope recordaba nuestra insigne escritora y replicaba: —“¿Y á qué olvidar nuestro mayor encanto? Para ablandar lo duro del destino, ha dado Dios á la mujer el llanto, que es lo que hay en lo humano de divino.”

※

DESPUÉS DEL PRIMER SUEÑO

Se casaron los dos, y al otro día la esposa, con acento cándido, al despertar, le preguntó al esposo: —¿Me quieres todavía?

Bárbaros civilizados

Dice un colega del exterior:

De cuando en cuando, nuestro buen amigo el Sultán de Marruecos, que tiene la mano un poco dura, castiga á aquellos de sus súbditos que se revelan, ó no quieren pagar los impuestos, haciéndoles entrar en razón á tiros, y cortando la cabeza á los que caen prisioneros.

No se producen con más suavidad otros soberanos de Africa.

Nosotros, los europeos, llamamos bárbaros á quienes así gobiernan, y si podemos, como pueden, por ejemplo, los ingleses, nos entramos por las tierras de esos brutos, con el fin nobilísimo de civilizarlos, quitándoles sus malas costumbres y de paso cuanto po-seen y es de algún valor.

La última correría civilizadora la han realizado los ingleses por el Sudán, llevando el país á sangre y fue-go, habiendo empleado unas balas explosivas de lo más mortífero que se conoce, y terminando la fiesta con un corte general de cabezas, procedimiento bár-baro, cuando lo emplean los africanos, pero civiliza-dor, si lo practican los europeos.

Y han hecho más los civilizados y humanitarios in-gleses. Según dice el *Daily Chronicle*, la cabeza del Mahdi, recogida en su sepultura, ha sido enviada como trofeo de guerra al comandante Gordon, hijo del famoso ge-neral del mismo apellido que murió en Jartum. Lo mismo, exactamente lo mismo que pudiera hacer el más salvaje de los hotentotes.

Después de esa profanación, digno remate de las brutalidades cometidas por los ingleses en la campaña contra el Mahdi, dígasenos si es justo que nos escan-dalicemos de la barbarie africana, y sigamos entusias-mándonos con las excelencias de la civilización bri-tánica.

¿Quién tiene razón?

Hace algunos días un sujeto que tuvo necesidad, en París, de un marco de ciertas dimensiones, se pre-sentó en casa de un carpintero á quien conocía, regis-tró la tienda y, en un rincón, acabó por descu-brir lo que buscaba. El marco, comprado por veinte bolívares, encuadraba una tela “ida”, sucia, sin valor.

—Llévese esa, le dijo, el carpintero; con eso me desem-barazo de ella.

Ya en casa, el comprador lavó la tela, raspó las capas de mugre y, con gran estupefacción, puso á luz un Ra-fael, una variante del *Adán y Eva* del Vaticano. Con-sultó con artistas y expertos. Hizo más: vendió la tela por ochenta mil bolívares.

Cuando el carpintero tuvo conocimiento del asunto, casi se volvió loco de pesar.

Pero todas sus instancias cerca del comprador fue-ron vanas.

—Usted me ha vendido el marco y la tela, y yo se los he pagado. No tenemos más qué hablar.

Unos empresarios ingleses

Los ingleses han ideado reunir á los cojos, los estro-peados y todos los fenómenos del mundo entero: el hombre con cabeza de perro, la mujer con tres bra-zos, el que come vidrio, el que traga serpientes, el niño con pies de chivo, los enanos los colosos, en fin, toda la miseria humana; y esta horrorosa exhibición tiene en movimiento á Londres entero.

Artistas pobres

En Dresde existe, desde hace algún tiempo, un cen-tento de benedictinos que observa una regla muy cu-riosa.

Hospedan á algunos artistas, dejándolos en libertad de no asistir á los oficios. Allí se ven escultores, gra-hadores, ebanistas y poetas. Al abrigo del frío y del hambre, estos artistas ejecutan cuadros sobre asuntos religiosos, misales, pinturas en vidrieras, esculpen al-tares, etc., etc., y componen sonetos y odas á la Virgen.

Ruskin

El único superviviente de la pléyade de escritores de la generación Victoriana que ocupa un puesto pree-minente entre los clásicos ingleses, nació pocos años después que los cuatro célebres literatos que vinieron al mundo casi al mismo tiempo: Dickens, Thae Kerey, Tennyson y Brownig.

Acaba de cumplir ochenta años y ha podido recibir sin cansancio alguno al sinnúmero de comisiones y ad-miradores que han acudido á felicitarle en el aniversa-rio de su natalicio.

Un aviso

En Candillac, pueblecito cercano á Burdeos, cons-truyó un industrial unos baños y puso el siguiente le-trero:

Baños de agua corriente para señoras á ocho cuartos.

Su mujer fue la primera que chilló, porque no le hizo gracia el letrero. A sus ruegos, lo cambió el bañero en la siguiente forma:

Baños á ocho cuartos para señoras de agua corriente.

Nuevas reconvenciones de la mujer y las observacio-nes de sus amigos y vecinos obligaron al buen gascón á mudar el rótulo por última vez irremisiblemente. Hé aquí como quedó:

Baños para señoras á ocho cuartos con agua corriente.

El color del agua

Durante las sesiones del Congreso de Hidrología y de Climatología, reunido últimamente en Lieja, un físico notable, Walther Spring, dio cuenta de sus observa-ciones acerca del color del agua.

Resulta de ellas que el verdadero color del agua pura es el azul, como lo presenta el lago de Ginebra, y el cual no se debe, ni á una reflexión del cielo, ni á nin-guna suspensión de partículas.

Cuando el agua está revuelta, debe su aspecto á partículas incoloras, ó casi incoloras, pero infinitamente divididas, al extremo de determinar un tinte amarillo. Este tinte,—completamente artificial,—combinado con el azul propio del agua, da el color verde que se observa en los lagos de Neuchâtel y de Constanza.

Tal coloración puede desaparecer por completo, cuando cae en el fondo de los lagos una corriente de lodo fino, de tinte rojizo, debido al óxido de hierro.

El Palacio del Elíseo

El palacio donde ha muerto el último Presidente de la República francesa ha sido funestísimo para todos los que le han habitado como duenos.

Fue construído en 1718 por el conde d'Evreux, y albergó, algún tiempo á Mme. de Pompadour, que dió á sus habitaciones el sello de coquetería que la célebre cortesana imprimía á todo lo que la rodeaba.

En 1773 le compró el banquero M. Beauquier, y en 1780 la duquesa de Borbón. Durante la Revolución francesa pasó á ser edificio del Estado, que le alquiló á un empresario de fiestas, que le transformó en salón de bailes públicos y casa de juego, dándole el nombre del Elíseo.

Murat le compró en 1803 y se le cedió á Napoleón en 1808.

Allí vivió algún tiempo la desdichada Emperatriz Josefina después de su divorcio, y de allí salió el gran Napoleón para Waterloo primero, para Santa Elena después.

Volvió á habitarle durante los Cien Días, y allí se hundió para siempre su poder, firmando su definitiva abdicación.

Durante el reinado de Luis XVIII fue la residencia del duque y de la duquesa de Berry, y de allí salió el infortunado Príncipe para caer mortalmente herido bajo el puñal del asesino Louvel.

Donde se eclipsó la estrella de Napoleón I comenzó á brillar la de Napoleón III, que habitó el Elíseo como Presidente de la República y preparó allí el famoso golpe de Estado que le hizo dueño de las Tullerías.

Durante el segundo Imperio permaneció cerrada la elegante residencia, que no recobró su pasado esplendor hasta que después de proclamada la tercer República sirvió de morada á su Presidente, siendo otra vez el palacio del jefe del Estado.

Por allí han pasado en estos últimos tiempos el mariscal Mac-Mahon, Grévy, Carnot, Casimiro Perier y Félix Faure.

El mariscal Mac-Mahon le tuvo que dejar después de haber fracasado su plan reaccionario; M. Grévy salió de allí, después de reelegido, poco menos que deshonrado por los manejos de su yerno, el famoso Wilson, y de sus salones partió el ilustre Carnot para emprender el viaje á Lyon, donde le esperaba el puñal de su infame asesino.

M. Casimiro Perier no respiró tranquilo hasta que abandonó, después de su renuncia del cargo de Presidente, el palacio funesto.

Para M. Félix Faure ha sido hasta el día de su repentina é inesperada muerte una mansión de venturas. Allí ha recibido á todos los Reyes y Príncipes de paso por París, y allí sentó á su mesa al Emperador y á la Emperatriz de Rusia.

La última solemnidad que el difunto Presidente celebró en el palacio del Elíseo fue la de recibir el Toisón de Oro, que le había concedido la Reina Regente de España.

Ningún Presidente ha salido de allí para volver á su casa, después de haber cumplido tranquila y pacíficamente el plazo que la ley concede á sus altas funciones.

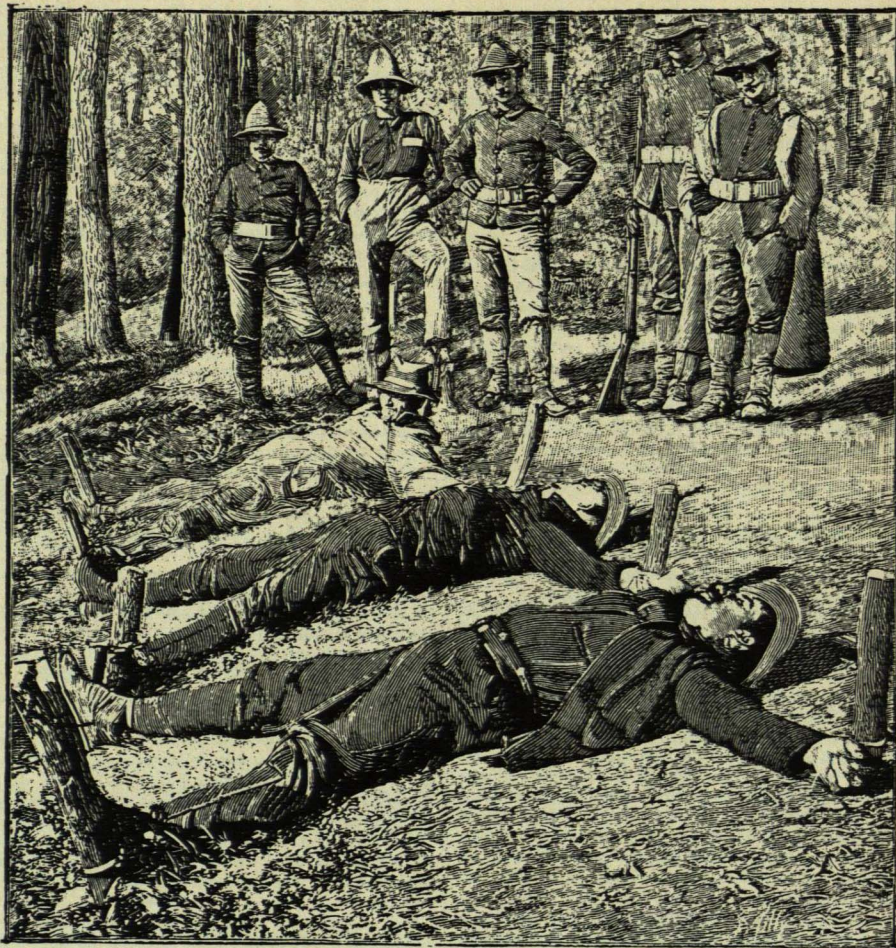
De las mujeres que habitaron el Elíseo, sólo vive la Emperatriz Eugenia, que allí vistió las galas de desposada, que la dieron el esplendor que fue tan pasajera y la dicha que fue tan efímera.

Interesa todo lo que pasa pared por medio

Esta reflexión que caracteriza tan bien la curiosidad, es debida, como se sabe, á Victor Hugo. Se encuentra en el primer capítulo de su novela: *Notre Dame de Paris*, publicada por la primera vez en 1841.

Describiendo la multitud que se aglomeraba en los alrededores del Palacio de Justicia, en Francia, el 6 de enero de 1842, para ver representar un misterio al cual debían asistir los embajadores flamencos, el poeta escribe:

"En las puertas, en las ventanas, en las lumbreras, sobre los techos, se agitan millares de personas, tranquilas y honradas, que veían el Palacio, veían el tumulto y con eso se contentaban, pues en París á muchas personas les basta el espectáculo de los espectadores, y es una cosa muy curiosa ver una pared tras de la cual sucede cualquier cosa."



"El Águila extendida."—Castigo corporal en el ejército americano

Cruels castigos en el ejército americano

Los reglamentos del ejército americano proscriben los castigos crueles. Sin embargo, en ciertos casos, los oficiales tienen el derecho de asegurar la disciplina por medios excepcionalmente enérgicos. A menudo, la celda, con el régimen del pan seco y de agua, no basta para la represión de las faltas graves, y, además, á veces es muy difícil aplicar este género de pena en campaña, donde faltan casi siempre locales que puedan servir de prisión y donde, hasta los mejores soldados, expuestos á las privaciones, no tienen siempre un pedazo de pan que comer y un trago de agua clara que beber. Es entonces sobre todo que se aplican castigos excepcionales.

Los delitos más frecuentes son debidos á la embriaguez. En este caso, el culpable, generalmente, tiene la lengua muy suelta, y charla, perora, habla contra sus jefes; dice todo lo que tiene sobre el corazón con una franqueza temeraria, sin eufemismo, y á menudo en términos groseros. Su locuacidad inmoderada es un mal ejemplo para sus compañeros y por consiguiente se necesita ponerle un freno lo más pronto posible. Pero imponerle silencio á un ebrio es cosa muy difícil.

Uno de los procedimientos más eficazmente practicados para este fin en el ejército americano, se conoce

con el nombre del *Aguila extendida* que presenta el grabado que encabeza estas líneas.

Consiste en infligir al culpable una posición semejante á la del ave de rapia pegada á una puerta ó á una pared.

Se les acuesta en el suelo, con las manos y los pies sólidamente atados á unas estacas, teniendo cuidado de estirarles los brazos hacia atrás. Después de haber estado expuestos durante algún tiempo al sol ó á la lluvia, el desgraciado no tarda en pasar de la incontinenencia verbosa al mutismo completo.

Otro medio de eficacia más inmediata es la mordaza. Se les introduce en la boca un gran pedazo de palo y á éste se le ata una cuerda que pasa por detrás de la cabeza y se enrolla en el cuello. Este suplicio es tan horroroso que rara vez se necesita hacerlo dos veces á una misma persona.

También se les impone silencio aplicándoles un fuerte chorro de agua.

El castigo de la suspensión por los pulgares, que se ejercía antiguamente, ya no se practica.

Felizmente, desde hace algunos años, el sistema de castigos corporales tiende á desaparecer, pues estos tratamientos bárbaros son indignos de un pueblo civilizado.

Para el cutis

Las mujeres están de enhorabuena con el nuevo procedimiento para embellecer el cutis que los Estados Unidos importan en París. Es un sistema original, de notables resultados, pero no alcanzará gran éxito, porque es doloroso.

Consiste el moderno procedimiento nada menos que en arrancar la piel del rostro, la primera capa de la epidermis. Así como suena, en desollar la cara como se desuellan las reses en el matadero.

La señora sometida al tratamiento tiene que estar durante algún tiempo encerrada en una habitación donde no pueda dañarle el aire; á los tres meses el rostro desollado aparece fino, nacarado y hermoso, como si se hiciera de encargo.

A pesar de lo doloroso del sistema, no faltarán señoras que lo favorezcan. Cuando se trata de añadir un átomo á su belleza, las mujeres no vacilan ni en sacrificar la piel.

Nuevo baile

Los príncipes de la moda americana acaban de lanzar una nueva invención: los *Bellaray dances*.

Se sabe que *Bellaray* debió su popularidad á una ficción económico-sociológico titulada: *Looking backwards* es decir, *Mirando hacia atrás*. Los *Bellaray dances* son pues "danzas que se ejecutan como mirando para atrás".

Caballeros y damas tienen que presentarse al baile vestidos al revés: un joven lleva sobre la espalda una corbata resplandeciente de blancura; una joven entra de dominó, con la cara escondida en un capuchón, y con otra cara pintada en la falda. Las máscaras son todas á cual más extravagantes, y las llevan puestas sobre el occipucio. Las facciones están escondidas por un raudal de cabellos. Pero los gloriosos danzantes ven lo suficiente para dirigir en la sala su marcha triunfal. La juventud del nuevo mundo parece que se entrega con ardor á esta diversión.

El comercio de Porto Rico

La nueva ley arancelaria que bajo el Gobierno de los Estados Unidos empezó á regir en Porto Rico y las demás islas antillanas al Este de los 74 grados de longitud O. anexadas á esta República, previene que el comercio entre los puertos de los Estados Unidos y todos los puertos y lugares de Porto Rico y entre todos los puertos de Porto Rico entre sí, se haga exclusivamente en buques matriculados en los Estados Unidos. Toda mercancía embarcada ó desembarcada en embarcaciones de otra nacionalidad queda sujeta á confiscación, y se impone una multa de \$ 200 al buque que desembarque pasajeros ilegalmente.

Los buques extranjeros pueden, sin embargo, entrar en los puertos portorriqueños, y se establece el siguiente derecho de tonelaje: Al entrar todo buque que no proceda de un puerto de Porto Rico ó de los Estados Unidos, excepto para dejar ó recibir pasajeros, pagará un derecho de 20 centavos por tonelada neta. El comercio de cabotaje se declara libre de todo impuesto. El arancel tiene por objeto obtener un ingreso aduanero de \$ 1.250.000 sobre las exportaciones y \$ 9.000.000 sobre las importaciones.

El septuagésimo aniversario de Spielhagen

El día 24 del próximo pasado mes de febrero comenzaron en Berlín los preparativos para las manifestaciones organizadas con motivo del septuagésimo aniversario del célebre novelista Federico Spielhagen.

En 1857 publicó su primera novela, *Klara Vere*, seguida pronto por *Sobre la duna*. Ambas obras fueron acogidas con cierta benevolencia. Sin embargo, la gran reputación del escritor no data sino de 1860, fecha en que publicó los *Problematische Naturen*, seguidos al año siguiente por *Durch Nacht und Licht*. Esta obra tuvo una resonancia considerable, y en cierto modo señala época en la historia de la novela alemana, á causa del esfuerzo que revela por conciliar el realismo naciente con el idealismo de las generaciones anteriores. Spielhagen no se contentó con este éxito, y desde entonces siguió dando al público, con sorprendente frecuencia, tan larga serie de novelas y piezas teatrales, que la colección de sus obras completas sumaba, para 1892, veintidós volúmenes.

Los amigos personales del escritor le han ofrecido la clásica corona de oro, la cual lleva escrito en cada hoja el título de cada una de las obras de Spielhagen.

Al final de estas manifestaciones, se representará en el "Schauspielhaus" la más célebre de sus comedias: *Liebe führt Liebe* (*Amor por Amor*.)

Los cuadros misteriosos

El gobierno francés ha nombrado un experto para que examine tres cuadros que existen en el depósito de la calle de las Escuelas, de los que se ha venido hablando durante los últimos años en la prensa de París.

El perito ha de pronunciar fallo acerca del valor real de dichos cuadros. Uno de ellos representa á "José y la mujer de Putifar" y posee por el reverso curiosas señales: una etiqueta sobre la cual hay grabado un escudo con una corona ducal y las iniciales P. A., luego tres sellos de cera que reproducen la corona y las iniciales.

Se ha argüido que el Estado, en lugar de vender los cuadros, debe colocarlos sencillamente en uno de sus museos, olvidando que el Gobierno no puede adueñarse de unas telas que provienen del tribunal, en donde, entre paréntesis, han permanecido diez años. Todo lo que puede hacer el Gobierno es venderlos por un precio razonable, una vez que sepa el valor asignado en el peritaje. Y, conforme á la ley, depositar el dinero durante treinta años en la Caja de consignaciones.

Lo cual sumará cuarenta años de sueño administrativo.

Coloración de la dentadura

Las personas que asistieron en 1889 á las representaciones del teatro annamita en París tuvieron oportunidad de observar los abominables dientes negros de los artistas, hombres y mujeres, que mezclaban sus odiosas vociferaciones á los acentos de una música cruel.

Todos los maxilares annamitas ofrecen el mismo aspecto y se atribuye generalmente al uso del betel (*) tan repugnante ennegrecimiento de los dientes. Pero M. Paul d'Enjoy, que ha observado mucho el Extremo-Oriente, hace saber que en tal creencia hay error.

El betel no da á la saliva, á los labios y á los dientes sino una coloración pasajera, que, por otra parte, es roja.

El color negro es el resultado de un tratamiento especial, muy minucioso y largo. El sujeto se frota primero cuidadosamente los dientes, los pule con polvo de coral, luego, con pequeños pinceles, los hace barni-

zar por todas sus faces con una composición de miel, negro animal y calambuco. Es necesario repetir la operación varios días consecutivos y después de cada sesión el paciente debe conservar la boca abierta hasta que el barniz se seque por completo y adquiera la consistencia y el aspecto esmaltado de una capa de laca negra.

Dos consideraciones han determinado á los annamitas á adoptar este uso. Primera, que tienen horror por los "dientes desnudos" y desprecian profundamente nuestros "pedazos de porcelana." Luego, el esmalte negro constituye antes que todo u. estuche protector que preserva los dientes de las caries: los felices annamitas no conocen la odontalgia.

Acción del viento sobre la marcha de los buques de vapor

Se han practicado muchas observaciones á bordo de varias embarcaciones del *Norddeutscher Lloyd*, sobre las modificaciones que hace sufrir el viento á la marcha de los buques de vapor. Resulta de estas observaciones, que cuando se viaja en el sentido del viento, se puede decir que éste no tiene ninguna influencia, pues ni las fuertes tempestades activan la marcha.

El viento de lado tiene una ligera influencia sobre la velocidad de propulsión del buque, aunque no sea muy intenso; pero en caso de tempestad, esta influencia se acentúa hasta determinar un retraso de varios nudos.

El viento contrario tiene una acción muy marcada. Si es suave, disminuye notablemente la marcha, y si sopla tempestad, puede reducir á la tercera parte la velocidad de los buques.

Las esmeraldas y los diamantes

La esmeralda es hoy una de las piedras preciosas más raras y valiosas. Mientras que el diamante ha descendido del primero al tercer y aun cuarto rango por su valor y su rareza, la esmeralda, el rubí y la perla se le han antepuesto en la estimación de los expertos en joyería y los lapidarios; de manera que la afortunada poseedora de un collar de brillantes debe envidiar á la beldad que luzca una gargantilla de esmeraldas ó de rubíes ó una sarta de lustradas perlas, preseas hoy más raras que las de su centellante rival.

Hay modas para las joyas como para otras cosas necesarias ó de adorno, pero la moda no tiene influjo alguno en la depreciación del diamante en los mercados. Sólo la común y plebeya ley económica de la oferta y la demanda es responsable por esa baja en el precio, justamente como lo es por las fluctuaciones en el precio de las coles, de las cebollas, ó de cualesquiera otros vulgares aunque saludables comestibles.

Nunca se había supuesto que las piedras preciosas fuesen artículos de comercio por mayor; pero desde el descubrimiento de 1867 de los depósitos ó minas de diamantes en el Africa Meridional, 40 millones de quilates, ó, para decirlo más llanamente, nueve y media toneladas de diamantes se han sacado de allí, y ante tan sorprendentes guarismos, nadie podrá hablar de la rareza de esas piedras.

Pero la esmeralda es todavía una piedra eminentemente exclusiva, ni ha sido nunca común. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento atestiguan su valor y su dignidad: como joya, en el peto del sacerdote hebreo, simboliza la Fe. Tan sagrada la consideraban los antiguos, que, según Nicols, se había prohibido á los lapidarios que grabasen cosa alguna en ella; pero por otra parte hallamos pruebas de que los griegos antiguos la consideraban como la única piedra preciosa á propósito para grabar el sello que llevaban los príncipes ó monarcas en un anillo.

Curación por el sueño

El doctor J. Léonard Corning ha descubierto un método de curación para las personas atacadas de enfermedades nerviosas ó mentales. Este método consiste en proporcionar á los enfermos ensueños agradables. Véase cómo procede el doctor Corning, dispensador de visiones felices:

Emplea una especie de sombrero de piel, muy ligero, que cubre el cráneo y las orejas, dejando el rostro descubierto. Contra los oídos se colocan dos almohadas metálicas, comunicadas con un fonógrafo Edison por medio de un tubo de caoutchouc. El enfermo, así cubierto, se tiende de espaldas sobre un diván; una especie de tienda lo abriga y lo sumerge en una obscuridad completa. Al pie del lecho se coloca una pantalla blanca, en tanto que hacia la cabeza y fuera de la tienda, se instala sobre una trípode un "estereóptico," aparato de proyección cuyo objetivo pasa por una abertura de la tienda. Esta especie de linterna mágica puede recibir visitas cromatoscópicas muy variadas, cuyas imágenes mutizadas se proyectan sobre el diván, recreando al enfermo con sus posiciones y

sus colores. En tanto que se despiertan así las sensaciones de la vista, se ejercen sobre el oído influencias del mismo género, por medio de las vibraciones del fonógrafo. Bajo estas impresiones simultáneas, el enfermo no tarda en experimentar cierta fatiga que produce pronto el sopor; y es precisamente en este estado de semi-vigilia cuando se forman los ensueños felices, evocados por la música y los colores: así se consigue dormir en el más dulce y reparador de los sueños.....

Pudiera creerse que semejante tratamiento, lejos de comportar la calma y el alivio de todos los males, produce una sobreexcitación nerviosa deplorable ó una vehementemente jaqueca. Error. El doctor Corning afirma que ha hecho la prueba. Cita los casos de curación; y garantiza que no solamente se duerme, no sólo se calma el espíritu, sino que el cuerpo aumenta de peso. Los buenos sueños, pues, hacen engordar.

Sin cataplasmas

El *Truth*, periódico de M. Henry Labouchère, publica una extraordinaria historia á propósito de una sociedad de mujeres llamada "christian scientists". Héla aquí:

Un caballero había quedado cojo por haberse caído de un caballo: tenía la pierna derecha más corta que la izquierda, y ninguno de los médicos á quienes se había dirido se comprometía á curar esta cojera; cansado de luchar acudió á una "christian scientists" de cuyo poder había oído hablar. Su petición fue acogida inmediatamente: cualquiera habría creído que se trataba de una simple tontería.

"Nada nos es imposible, declaró la dama, voy á empezar ahora mismo las oraciones que constituyen el único tratamiento que usted debe esperar para recobrar la salud. No tengo tiempo que perder, pues dentro de algunos días partiré para el sur de Europa. Aunque eso importa poco, porque el tratamiento se ejerce igualmente á distancia; basta que yo lo conozca á usted, y que lo haya visto una sola vez.

En efecto, la sabia doctora, después de haber recibido convenientes honorarios iba á rezar todos los días al lado de su cliente. El día anunciado para su partida, tomó el tren y desapareció. Al principio, el cojo se creyó burlado, pero al cabo de mes, comprendió que el tratamiento operaba. Con mucho gusto hubiera él teleografiado á su bienhechora la expresión de su agradecimiento; pero ella no le había dejado la dirección y no sabía en dónde se encontraba.

La curación continuaba con una regularidad admirable. En fin, hace unos ocho días, nuestro caballero vio que sus dos piernas habían recobrado la misma longitud. Él refería su buena fortuna á todo el que quería oírlo y no se cansaba de elogiar el poder maravilloso de la sociedad tan desconocida y tan calumniada.

¿Pero quién hubiera previsto lo que sucede hoy? Pagada de antemano y guiada por una honradez rigurosa, la "christian scientists" continúa el tratamiento en el curso de su viaje y el caballero contempla aterrorizado que la pierna derecha, antes demasiado corta, sigue alargándose, y que ya tiene una pulgada más que la izquierda.

En vano busca en Londres algún amigo de la sabia doctora que le informe del efecto excesivo de sus oraciones; en vano hace publicar anuncios en los periódicos. La viajera reza sin cansarse, y la pierna continúa alargándose. Es pues cierto que uno no se debe jugar ni con la ciencia, ni con el misterio.....

Enfriamiento del Sol

Hace mucho tiempo que los sabios se preocupan por saber con qué se podrá reemplazar la madera y el carbón cuando los bosques hayan desaparecido completamente de la superficie del globo y cuando las necesidades de la industria, siempre crecientes, hayan arrancado de las entrañas de la tierra el último pedazo de carbón de piedra. Vanas angustias! En el porvenir estamos amenazados de una desgracia más horrorosa. El profesor Birkedat ha probado que el sol se enfría de un modo muy asombroso, y que antes de un siglo habrá dejado de producir luz si no recibe de aquí á allá nuevo calor de una fuente desconocida. Lo que hace más alarmante su profecía, es que hay otros de su misma opinión. El profesor Mohn, está convencido de la exactitud de los cálculos de su compañero, y en una conferencia hecha en Cristiania, demostró á sus auditores con argumentos decisivos, que en la ciencia actual todo parece confirmar la hipótesis de M. Birkedat y que, además, sólo esta hipótesis permite explicar ciertos fenómenos recientes de meteorología.

Resulta, pues, que el vigésimo siglo verá muchas cosas extrañas. Como el poeta, nuestros hijos podrán decir que han "venido demasiado tarde á un mundo demasiado viejo."

(*) Planta aromática de Filipinas.

SUELTOS EDITORIALES



General Luis Level de Goda

Ya en circulación nuestro número pasado, llegó á nuestro conocimiento la muerte de este caballero y hombre público, acaecida en la vecina Antilla inglesa de Trinidad.

El señor general Level de Goda tomó parte activa en diferentes hechos de armas, en tiempos de la Nueva Granada y de la República de Venezuela y tenía grado militar en los ejércitos de ambos países. En el nuestro, del que era originario, desempeñó durante largos años puestos públicos de importancia y tuvo la representación de Venezuela en el Exterior, como Ministro Plenipotenciario.

La muerte le ha sorprendido en el ejercicio del Consulado General de la República en la referida Isla de Trinidad.

Presentamos nuestro pésame á la familia y deudos del finado.

Perfiles.—Este es el título que ha elegido para una nueva sección de nuestra Revista un notable escritor y colaborador nuestro. Se propone en ella juzgar á nuestros literatos y poetas, á semejanza de lo que hacen en todos los países civilizados los directores más importantes de la prensa ilustrada, literaria y artística.

Este género, ligero y festivo, universalmente aceptado, constituye hoy un medio rápido, accesible á todas las esferas intelectuales, para hacer resaltar el carácter y condiciones especiales de las personalidades distinguidas en las letras, según el criterio del escritor.

En este sentido,—estrictamente literario y artístico,—queda á elección del autor de los *Perfiles* el punto de vista desde el cual haya de hacer sus juicios. Para inaugurar la serie, ha querido comenzar por los señores miembros de la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española.

Así, el autor queda en completa libertad de apreciación literaria, la cual, á su vez, puede ser acertada ó no, á juicio del público.

Saludo.—El día 8 de este mes tuvimos el placer de ver por nuestras oficinas á los jóvenes Emilio Bobadilla y Enrique Villar, el primero escritor aplaudido, crítico de fama bajo el pseudónimo de *Fray Candil*; el segundo también escritor, Cónsul de la República de Colombia en Bruselas, y quienes solamente estuvieron algunas horas entre nosotros, agasajados por sus jóvenes compañeros de la prensa y de las letras americanas. El mismo día continuaron viaje para Europa.

Les deseamos una feliz travesía.

Señora Josefa de la Concepción Báez de Rojas Paul.—El día diez de este mes dejó de existir la respetable dama, esposa del señor doctor Juan Pablo Rojas Paul ex-Presidente de la República.

La sociedad de Caracas ratificó de manera solemne y sincera, el día de las exequias, su acatamiento y su estimación merecida á la memoria de la que fue declado de virtudes, honorable, modesta y dignísima matrona.

Con su muerte, han quedado sin uno de los más valiosos amparos humildes hogares á los que siempre llevó ella auxilio y consuelo, retribuidos en la hora postrera por lágrimas de legítimo é ingenuo dolor.

Reciba su atribulado esposo la expresión de nuestra pena por la desgracia que amarga sus días; pésame que hacemos extensivo á la familia de la distinguida dama.

Bienvenida.—La presentamos muy cordial al joven escritor y periodista Luis Latouche E., Director de *El Porvenir*, de Puerto Cabello, y quien se encuentra desde hace algunos días en esta capital, en donde le deseamos gratas impresiones.

María Cristina.—En medio á los azares y los embates de la vida, cuando se siente perseguido el ánimo por las desventuras, luce en el horizonte en donde han naufragado todas las esperanzas, el santuario del hogar, sereno y bendecido por inefables afectos; y va á él, como á asilo salvador é inviolable, el padre, el hijo ó el esposo, en solicitud de tregua santa y reparadora. Menoscaba en estos días ese consuelo á nuestro amigo el señor Olegario Meneses Martínez la implacable niveladora, arrebatándole en hora infausta á una de sus tiernas hijas, flor de esperanza apenas acariciada por las auras de las primeras auroras.

Reciban sus atribulados padres las cordiales expresiones de nuestra pena.

Lecciones de Topografía.—Con atención dedicatoria, que agradecemos debidamente, nos han remitido los señores Ruiz Hermanos, dueños de la *Empresa Gutenberg*, un volumen contentivo de las Lecciones de Topografía leídas por el señor doctor Luis Ugueto en la Escuela Politécnica.

La nueva obra ha sido acogida con aplauso por profesores y estudiantes, porque viene, la primera, á salvar los inconvenientes y dificultades que en el curso de estos estudios presentaban los textos hasta ahora adoptados. Eran unos sumamente extensos y había de ser tarea constante é incómoda para el profesor simplificarlos y colocarlos al alcance de los cursantes; ó eran deficientes otros y había que complementarlos ó anotarlos, de acuerdo con las necesidades del programa de estudios y con los métodos, usos y aplicaciones de la materia establecidos en el país por los profesionales.

El texto del doctor Ugueto no aspira á haber remediado todos los inconvenientes, pero permite desde luego prescindir de todos aquellos de que venía haciéndose uso en nuestras cátedras y fijar por él el programa completo que requieren estos estudios en el grado que tienen asignados en el curso de Matemáticas.

El autor aprovecha las observaciones que ha hecho y la experiencia adquirida en varios años de profesorado, para dar á conocer y recomendar la aplicación de ciertos métodos más expeditos y perfectos en los cálculos y en las operaciones prácticas, tales como el empleo de coordenadas rectangulares en el dibujo de los planos, etc.

La obra está acompañada de un Apéndice contentivo de varias tablas que facilitan la aplicación de los métodos descritos, como el trazo de curvas circulares por medio de ángulos tangenciales, llevadas éstas al mayor grado de exactitud y en las que las cuerdas

tienen 0,001 de precisión y los ángulos un décimo de segundo sexagesimal; tabla de reducción al horizonte, de cuerdas, etc., etc.

Enviamos nuestros parabienes al joven profesor por este servicio que presta á los estudios científicos en Venezuela, dando á la vez un paso que indudablemente estimulará á los ilustrados regentes de aquellas otras asignaturas de nuestras Universidades y Colegios que carezcan de textos satisfactorios, y que emprenderán la loable tarea de proveer de ellos á sus cátedras.

El Figaro.—Habana.—*Manuel S. Pichardo* (Director propietario).—*Antonio del Monte* (Secretario de Redacción).—*Ramón A. Catalá* (Gerente).—Esta revista ilustrada de la vecina Isla de Cuba nos ha sorprendido agradablemente, con la edición de su número *Album*, contentivo de sus ediciones semanales correspondientes al mes de febrero último, consagradas á los personajes y sucesos de la guerra de emancipación.

Comienza su galería de retratos,—que alcanza á trescientas diez fotografías,—por la imagen del ilustre é infortunado MARTÍ, héroe, apóstol y mártir de la independencia patria. Siguen los precursores de la gran cruzada: Betancourt Cisneros, el demócrata hidalgo; Izuaga y Borrell, Hernández Echerrri, Armenteros, Agüero, Narciso López, hijo de Venezuela, carácter modelado al fuego de nuestras primeras luchas por la Libertad, Carlos Manuel de Céspedes, primer Presidente de la República cubana, Caballero y otros.

Presiden á la última epopeya: Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García, y forman brillante cortejo los oficiales Generales, clases y soldados del Ejército de la República; consagrándose un recuerdo de justicia y de cariño al inolvidable Julio Sanguily, por sus proezas, por su valor y por su audacia apellidado el *sublime mutilado*.

En las páginas del número de *El Figaro* de que damos cuenta, se encuentra la historia ilustrada de la gran lucha, desde sus días gestatorios hasta aquellos recientes en que los gabinetes y las atenciones perentorias de la política universal no han puesto todavía sello definitivo.

Bien merecen homenaje de reconocimiento los campeones esforzados de la idea redentora; y la distinguida Revista cubana lo presenta dignamente, en justicia á los supervivientes y recuerdo de los que yacen por siempre en mil gloriosos campos, desde hoy consagrados á la veneración de los patriotas de la nueva Entidad.

No menos meritorios son de la gratitud nacional los que con sus caudales, en el interior; sus esfuerzos de propaganda, sus campañas en la prensa y en la tribuna, sus influencias, sus aptitudes y sus luces, contribuyeron, desde el exterior, á imponer por la fuerza, por el hierro y por la sangre, la obra de la inmanencia; obra de fe, de humanidad, de entusiasmo y de justicia. Tienen ellos debido puesto: los donantes, los delegados, los representantes diplomáticos, las mujeres heroicas de la Perla Antillana, los reclusos en las mazmorras, los deportados á lejanas, extrañas, insalubres y aun hostiles riberas.

Vayan nuestras felicitaciones á la distinguida Dirección de *El Figaro* por este esfuerzo en pro del renombre y gloria de la patria cubana y en estímulo de sus valientes hijos; esfuerzo que no dice menos en favor del progreso intelectual y artístico de Cuba.

Prensa extranjera.—*Pinceladas.*—Hemos recibido el número 2, del segundo año. En él se hace constar que Soto Hall, el poeta cuya muerte anunció uno de nuestros colegas de Caracas, “goza de buena salud y no piensa morirse todavía,” de lo cual nos alegramos cordialmente.



De Chile.—El señor Pedro Pablo Figueroa nos ha remitido tres de sus publicaciones relativas á la Estadística é Historia de la República de Chile: *Historia de Francisco Bilbao*, *Historia de la fundación de la industria del carbón de piedra en Chile* y *Album Militar*.

Actualmente el señor Figueroa, en Chile, y el señor Landae-ta Rosales, en Venezuela, son las dos personalidades salientes en la prensa americana en esta clase de contribuciones á la Estadística de sus respectivos países.

Damos las gracias al señor Figueroa por su obsequio.

Folleto recibido.—Datos curiosos y estadísticos de la viruela en Valencia en 1898, con expresión de los nombres de los atacados, escritos por Pedro Izaguirre Izaguirre.

Descripción y cultivo de la caña de azúcar, premiada en la Academia de Lares, y formada con notas adquiridas sobre el terreno en diez y ocho años de práctica, por José Ballesteros Muñoz, profesor, fundador de las clases prácticas de agricultura en las Antillas.

Cámara de Comercio, número 56, correspondiente al mes de marzo.

Venezuela en Europa, cuaderno número 7º y 8º correspondientes á los meses de Febrero y Marzo.

Compañía Anónima del Gas y de la Luz Eléctrica, informe que presenta la Junta Directiva á la Asamblea ordinaria de 1º de Abril de 1899, correspondiente al semestre de Julio á Diciembre de 1898.

Boletín del Apostolado de Ciudad Bolívar, número 3.

Mensaje del señor Presidente de la República de Honduras, doctor D. Policarpo Bonilla, acerca de los actos ejecutados durante su administración en el año económico de 1897 á 1898, presentado al Congreso Nacional Legislativo.

Horizontes, revista mensual, órgano del Centro Científico-literario de Ciudad Bolívar, número 3, correspondiente al mes de Marzo de 1899.

Recopilación oficial del nuevo Estado Miranda, número 1º y 2º.

Boceto de Alberto Arias Sánchez, por Eduardo Poirier.

Italia por Cuba por Diego Vicente Tejera. *El jefe de los mambises*, por el doctor Francisco Federico Falco.

El imperio de la península yucateca, por Lázaro Pavía.

Tercera conferencia, leída por Antonio José Iregui, miembro de la Sociedad colombiana de jurisprudencia, en la noche del 30 de abril de 1898.

Lectura selecta, ilustración argentina, número 87.

Damos las gracias á los señores remitentes.

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO (176)

GRABADOS.—Señor Gabriel Picón, dibujo de A. Herrera Toro.—Crisantemos, copia de un cuadro al óleo, 255.—El Sagrado Corazón de Jesús, copia de una reproducción fototípica del celebrado cuadro de Luis Graner, 257.—Macuto: Casa del General Ignacio Andrade, en la Guzmanía, 259.—Su Santidad León XIII en los jardines del Vaticano, de una instantánea reciente, 260 y 261.—Playa de Carúpano, 263.—Ocumare de la Costa: Hacienda Monasterios, propiedad de la señora Mercedes Benítez de Pérez, 264.—Plaza de Barcelona, 265.—La Farandula, cuadro de E. L. Garrido, 267.—Ciudad Bolívar: Vista tomada en la playa, 269.—Barrancas: Calle principal, 270.—Vista tomada en Ciudad Bolívar, 271.—Columna inaugurada en Puerto Cabello el 25 de febrero de 1899, 272.—Río Caribe: "Mauraco," hacienda del señor Nieves Hernández, 273.—Mr. Loubet, Presidente de la República francesa, 274; La señora Loubet (madre), 274.—M. Déroulède, 276.—Mayagüez, vista parcial, 277 y 279.—Colombo, 284.

TEXTO.—Don Gabriel Picón, por Juan de Dios Méndez, hijo.—Dormida, por Emilio Berisso, 255.—Al pastel, por Samuel Darío Maldonado, 255.—Jesucristo, por el padre Didón, 256.—Filosofías truncales, por Rufino Blanco Fombona, 260.—Crónicas ligeras: Diputados, por Jabino, 262.—La santa poesía, por José de Roure, 263.—La crítica y los géneros didácticos, por E. Gómez de Baquero, 265.—En un álbum, por María de Betancourt Figueredo, 266.—Rima amorosa, por Salvador Rueda, 266.—Mélida, por Jules Lemaitre, 269.—Campoamor y la mujer, por Emilia Parde Bazán, 269.—Páginas para las damas: Faldas y túni-

cas.—Artísticos alardes de la moda vienesa.—Corbatas y lazos, fantasía.—Sombreros de primavera.—Una fiesta infantil.—Una hija ilustre de Granada.—Las hojas de trébol.—El rey de España y sus aficiones militares.—Marzo, sus mudanzas y sus flores, por la señora Josefa Pujol de Collado, 271.—Revista de Revistas, 272: Política francesa: El programa del príncipe Enrique; Presidencia de la República francesa: Loubet y el Panamá; La opinión de Francois Coppée; Como en la Casa Blanca; Puesto en verso; La danza del tupé; Las violetas; Presidente á la española; Déroulède; La madre del Presidente de Francia.—Política española: Zumpe y Sagasta; Castelar maquiavélico.—Prensa extranjera: Revista moderna; Revista ilustrada; La Campana; La bohemia sentimental.—Ciencias médicas: Anestesia local.—Náutica: El arte de salvar.—Varia.—Perfiles académicos: Don Julio Calcaño, por Crisyppe, 279.—Sección Recreativa, 279: Ensayos literarios, por E. Villamediana; Los accidentes felices; La coronación de Campoamor; Bárbaros civilizados; ¿Quién tiene razón?; Unos empresarios ingleses; Artistas pobres; Ruskín; Un aviso; El color del agua; El Palacio del Eliseo; Interesa todo lo que pasa pared por medio; Cruels castigos en el ejército americano; Para el cutis; Nuevo baile; El comercio de Porto Rico; El septuagésimo aniversario de Spielhagen; Los cuadros misteriosos; Coloración de la dentadura; Acción del viento sobre la marcha de los buques de vapor; Las esmeraldas y los diamantes; Curación por el sueño; Sin cataplasmas; Enfriamiento del sol.—Suelos editoriales, 283.—Explicación de los grabados, 284.—Anuncios.

NUESTROS GRABADOS

Su Santidad León XIII

Los grabados que en el presente número representan al Papa en los jardines del Vaticano, son reproducciones de "instantáneas" recientes, tomadas en el acto de uno de los habituales paseos del Soberano Pontífice.

Tienen carácter de actualidad y aparecen en el momento en que el Papa se ha restablecido. Los médicos que le extrajeron el quiste que tenía en la región de los lomos, auguran que el Santo Padre vivirá diez años más.

Difícil es afirmarlo dice otro facultativo; pero también sería aventurado negar la posibilidad de que León XIII salvará los límites de la edad nonagenaria.

Es el actual Papa de un tipo senil admirablemente constituido para larga resistencia: su fina delgadez es la del sano acartonamiento; la sobriedad en el comer es una sólida garantía contra las infecciones intestinales; la agudeza de su juicio, la vivacidad de su espíritu que llamea en los ojos penetrantes, la potencia increíble de su memoria, hacen de él uno de esos hombres que entran difícilmente en la penumbra de la vida sostenidos por energías nerviosas de gran poder y por un caudal de fuerzas radicales sabiamente economizado durante una larga existencia, consagrada al cultivo de las nobles facultades de un alma bien templada y admirablemente dispuesta para el bien y la verdad.

No nos atrevíamos á asegurar lo de los diez años más; pero, ¿quién sabe?; no sería León XIII el único Papa centenario. Gregorio el Magno y Gregorio IX lo fueron; ¿por qué no había de alcanzar límites extremos el actual Pontífice?

Gabriel Picón

Con motivo de su centenario cumplido el 18 de marzo último, la gratitud nacional recuerda las ejemplaridades del Prócer y pide para sus cenizas los honores del Pantéon.

Acompañado de sus valerosos hermanos se incorporó al Ejército Libertador en el sangriento año de 1813 y triunfador en más de uno de los combates librados en la campaña de Occidente, cayó gloriosamente herido por una bala de cañón en el campo inmortal de los Héroes.

El retrato de Picón, ejecutado por Herrera Toro, es copia de un antiguo cuadro al óleo, único modelo que hemos podido obtener para el grabado.

El Sagrado Corazón de Jesús

Este celebrado cuadro lo hemos copiado de una reproducción fototípica que mide 88 por 61 centímetros. Entre los elogios que ha merecido su autor, el aventajado artista Luis Graner, se citan los de Su Santidad León XIII, los del clero español y los de la prensa europea, donde varios críticos de arte han puesto de relieve los méritos de la obra.

En el acto de la presentación de la imagen al Papa, el genial artista recibió de aquél una especial bendición; y más luego recibió otra del Ilustrísimo señor Arzobispo de Madrid—Acañá.

El Obispo de Sión, escribía el 28 de junio á un eminente artista, amigo de Graner, lo siguiente:

"Mucho agradeceré á usted que con mi aplauso fervoroso se sirva ofrecerle mis sentimientos, y aceptar á la vez el "aprecio y estimación de su afectísimo "y amante capellán que le bendice."

La bella reproducción fototípica á que hacemos referencia se vende en el almacén de los señores Eduardo Amestoy & Ca, esquina de Santa Teresa; en casa de los señores Burgos & Ca, esquina de Pajaritos; en la Espejería del señor Alberto Roche, (antigua de Jacquin;) y en el establecimiento de los señores Rafael Torvar & Ca.

Monumento á los Americanos

El 25 de febrero último se efectuó solemnemente en Puerto Cabello la inauguración del monumento que el Gobierno Nacional mandó erigir en honor de los americanos que, compañeros del Primer Caudillo armado de nuestra santa independencia, ofrendaron su sangre generosa, en pro de nuestra emancipación, el 21 de julio de 1806.

Esta ofrenda de la gratitud venezolana á la memoria de aquellos beneméritos soldados de la libertad, consiste en una hermosa columna de bronce estridada con anillos, levantada sobre rico pedestal de granito.

En el vértice de la columna abre sus alas el águila que simboliza la libertad; en el frente del monumento luce una gran plancha de bronce donde están entrelazados los escudos de Venezuela y los Estados Unidos; el lado Oeste tiene otra plancha donde están inscritos los nombres de los mártires gloriosos; y en la parte posterior figura una corona de laureles entrelazada por una palma.

En el término de 23 días levantaron este monumento los señores ingenieros Germán Jiménez y Guillermo Lebrún, compatriotas nuestros.

Ciudad Bolívar

Fundada en 1764 por Joaquín Moreno de Mendoza con el nombre de Santo Tomás de Guayana, llamóse también Santo Tomás de Angostura, á causa de lo relativamente estrecho que aparece allí el cauce del Orinoco, pues en dicho punto sólo separa sus riberas una distancia de 734 metros. El nombre de Ciudad Bolívar se lo acordó el Congreso de 1846, á petición del pueblo de Guayana.

Dos de nuestros grabados representan uno de los principales edificios de la ciudad y un panorama del río, en el sitio de la Alameda.

Carúpano

La vista de la playa, hacia el Este, abarca los edificios del Muelle y de la Aduana Marítima, las casas próximas á la entrada de la parroquia Sabaneta, y la cuadra sobre el Malecón, hasta antes de llegar al Puente: toda la parte de la ciudad constantemente arrullada por el mar.

Barcelona

Reproduce el grabado la vista de la plaza Boyacá, que ostenta en el centro la estatua de Anzoátegui.

Río Caribe

El valle de Mauraço, situado al Sur de Río Caribe, posee hermosas fincas de cacao y de caña. Entre estas últimas, figura la del señor Nieves Hernández, persona de significación en el Distrito Arismendi.

Ocumare de la Costa

Corresponde á este rico valle, conocido en el mundo por el famoso cacao que produce, la vista de la hacienda "Monasterios," magnífica posesión de la señora Mercedes Benítez de Pérez.

Barrancas

En la margen izquierda del Orinoco, á dos leguas de la Boca grande de Macareo, y á cuarenta y cinco de ciudad Bolívar, está situado el pueblo de Barrancas, de la Sección Maturín del Estado Sucre. Por dicho puerto exporta Venezuela para las Antillas, gran cantidad de ganado, negociación que actualmente prepara días de prosperidad para la industria pecuaria, dadas las proporciones que toma, mediante el interés de nuestros principales criadores.

La Guzmania.—Macuto

Ha tocado á los americanos del Norte introducir en Venezuela la "casa de amazón." La primera, erigida en el sitio de la Guzmania, pertenece al General Andrade, Presidente de la República, y ha sido armada por el señor Duke.

Tiene 15 piezas y la amazón es de la mejor clase de pitchpine. El techo es de planchas de madera, papel embreado y tejamanil.

Grandes y pequeños . . .

Todos deben tomar la Emulsión de Scott, especialmente los pequeños. Muchos sufren por no recibir la grasa suficiente de los alimentos ordinarios. Todos ellos están expuestos á la anemia y al raquitismo. La Emulsión de Scott contiene aceite de hígado de bacalao que enriquece la sangre, é hipofosfitos de cal y de sosa, tónicos excelentes para el cerebro, los nervios y sistema óseo. La combinación de esos elementos, tal como se encuentran en este remedio-alimento por excelencia, forma el mejor reconstituyente que se puede obtener, y por consiguiente es insuperable para combatir el raquitismo. Crea carnes, purifica la sangre, tonifica los nervios y rejuvenece el sistema entero. Las impurezas de la sangre desaparecen cuando se usa la Emulsión de Scott, y el cuerpo se coloca en tal estado de vigor y salud que desafía las enfermedades.

No solamente debieran las madres tomar la Emulsión de Scott y darla á sus hijos con regularidad, sino hacer que las nodrizas también la tomen.

La Emulsión de Scott es un remedio de que se puede depender para que los niños anémicos y raquíticos se conviertan en fuertes, rosados y rollizos.

Hay que tener cautela con las imitaciones y falsificaciones. Desconfíese igualmente de las "preparaciones" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao pero que no lo contienen. La legítima lleva la etiqueta del hombre con el bacalao áuestas pegada al envoltorio.

De venta en las Droguerías y Farmacias. **SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.**

Importa el edificio seis mil dollars y mide 19 por 18 metros. Otros de la misma clase comienzan á armarse en el citado sitio de la Guzmania.

La farándula

Con gracia artística y amable naturalidad expone Garrido los movimientos y actitudes de este baile que gozó hasta hace poco de acentuada celebridad en Francia.

Puerto Rico

La ciudad que sigue en importancia á San Juan y Ponce, es la de Mayagüez, de la cual nos es grato ofrecer vistas parciales en la presente edición.

Tiene vida propia y hace gala de poseer una sociedad culta y por demás hospitalaria.

Colón

El grabado representa al Gran Almirante en una de sus horas de abatimiento, á causa de ver contrariados sus propósitos y burlados sus sueños y esperanzas, que al fin, como anhelos del genio, tuvieron su más brillante realización.

La obra original es del aplaudido escultor Bozzano, que ha sabido ilustrar su nombre en los anales artísticos de la Italia contemporánea.

De tan distinguido escultor son corresponsales los señores J. Roversi é hijos, comerciantes de esta capital.

Crisantemos

Delicadeza artística en el grabado denuncia esta bella ilustración, copiada de un cuadro al óleo.

La flor de moda en el mundo elegante y refinado, aparece allí con su prestigio sugestivo y su encanto exótico.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York. City

Gran demanda por la Emulsión de Scott en la ciudad de San Germán.

Los Farmacéuticos mantienen mayor existencia de dicho medicamento que de cualquier otro.

Cinco médicos en el distrito.

Todos prescriben la Emulsión de Scott.

S. Germán, Pto. Rico, junio 28 de 1894.

Sres. Scott & Bowne, Nueva York.

Muy señores míos: En el corto espacio de dos años que llevo de establecido en esta ciudad, he podido notar la gran demanda por la Emulsión de Scott, tanto que es uno de los medicamentos de más salida y de mayor existencia que se encuentra en mi oficina de Farmacia.

En esta jurisdicción hay cinco médicos: el doctor Vivoni, doctor López, doctor Sancho Cardona, doctor E. Quiñones doctor J. Quiñones, y además el doctor Gregory en el poblado Caín. Todos usan mucho en su clínica la Emulsión de Scott.

De ustedes atento S. S. Q. B. S. M.

D. CARLO Y FLEYTAS.
Farmacéutico.

INACTIVIDAD del HIGADO.

Va acompañada siempre de un desarreglo. La lengua se pone saburrosa, el apetito escasea, la digestión es difícil, la sangre está empobrecida, los nervios en estado de irritación, sobrevienen dolores en la cabeza y existe

Estreñimiento constante del vientre.

LAS PÍLDORAS del Dr. AYER

están compuestas de productos vegetales que obran directamente sobre el hígado é intestinos.

Secrétase mayor cantidad de bilis, y la eliminación de sustancias venenosas

es mayor por esta causa. Refuéznanse los músculos de las paredes intestinales, dando lugar á suaves efectos laxantes.

Las Píldoras del Dr. Ayer deberían tomarse todas las noches en dosis convenientes para que produzcan efectos laxantes.

Así curan con seguridad la biliosidad, jaqueca, náuseas inapetencia y todos los demás efectos causados por el entorpecimiento del hígado y la constipación del vientre.

La constipación empobrece siempre la sangre y la infesta de impurezas. Conviene poner remedio á esto adoptando un tratamiento completo de Zarzaparrilla del Dr. Ayer. Las Píldoras y la Zarzaparrilla están hechas de manera que la eficacia de las unas aumenta la de la otra.

Preparadas por el
Dr. J. C. Ayer & Cia., Lowell, Mass., E. U. A.

34

NUEVO LIBRO DE JABINO

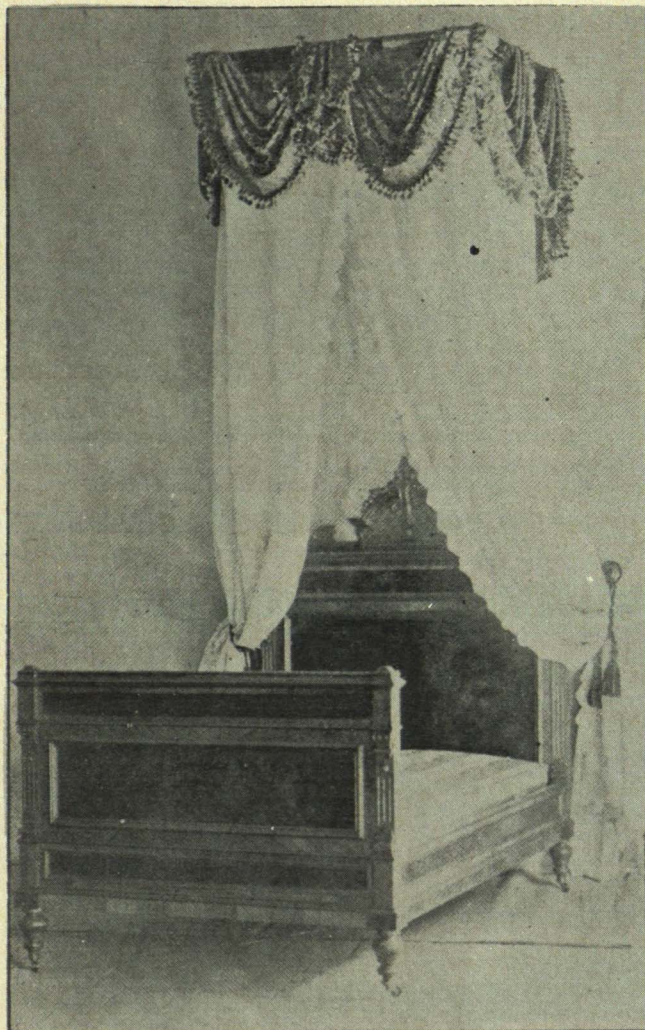
TIROS AL BLANCO

3 reales el ejemplar

Para el interior 3½ reales

PAPEL DE IMPRENTA

De venta en EL COJO



Mueblería

Moderna

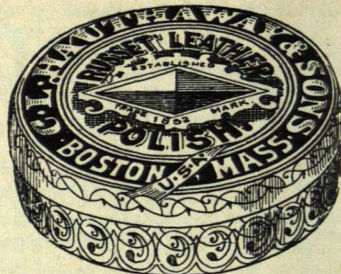
DE

S. MARTÍNEZ EGANA & CA.

Cama estilo Renacimiento

Esta cama forma parte de un juego completo, estilo Renacimiento, de los mas propios para el país, por su sencilla ornamentación y facilidad para su transporte. Dicho juego se compone de un escaparate de tres cuerpos, columnas *biseautées*, una gran toilette, un aguamanil con su tocador, y dos mesas de noche.

Todos estos muebles los daremos á conocer en los próximos números de EL COJO ILUSTRADO.



PATENTE DE HAUTHAWAY

PARA PULIR CUEROS

Sencillamente usado es una patente para volver los zapatos de cuero nuevo Muy útil para dar lustre á las cajas de piel.

73



PROPIEDADES

del AVENA-CACAO FOSFATADA

El Avena-Cacao fabricado por los señores FULLIE & CA., marca La India, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El Avena-Cacao marca La India, se vende en cajitas de 20 cubos y cada cubo da una taza grande de esta saludable bebida.

BUSTOS Y MEDALLAS

(CON 15 RETRATOS)

Por J. Ignacio Vargas Vila

2 BOLIVARES EL EJEMPLAR

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se Vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

75 POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entuslastas.

Rev. CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

PLANO E INDICADOR DE CARACAS

OBRA NUEVA

Editada en EL COJO

B. 2 EL EJEMPLAR

Tarjetas en blanco para Menus

De venta en esta Empresa

EL COJO ILUSTRADO

En contestación á las preguntas que frecuentemente nos hacen personas del interior de la República, acerca de la manera de tomar directamente suscripciones de EL COJO ILUSTRADO, decimos: que pueden efectuarlo enviándonos el valor por trimestres anticipados (\$ 3) en estampillas de correo.

TABLAS DE MONEDAS

De venta en esta Empresa.